

Ariadna Baker

MARCOS A. C.



Jenny.

LA CHICA
DEL BARRIO

Primera edición.

Jenny, la chica del barrio

©Ariadna Baker. Marcos A. C.

©Julio, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

[RRSS:](#)

Capítulo 1



Tres meses... ese era el tiempo que tenía para la mayor locura de mi vida.

Porque sí, la vida se compone de locuras, algunas salen bien, otras no tanto, y otras, simplemente, no salen.

Pero yo estaba dispuesta, no, dispuestísima, a que la mía saliera bien, pero bien, bien. Vamos, que yo acabara con un final de esos en los que ves hasta fuegos artificiales.

No, no soy “Antoñita la fantástica”, pero dejadme soñar un poquito, que eso es lo único que no me cuesta dinero.

Pues sí, a puntito estaba de cometer una locura, una de esas que no tienen ni pies ni cabeza, pero, ¿qué era la vida sin un poco de acción y emoción para el cuerpo?

Me presento, que se me ha ido la cabeza por otros mundos.

Mi nombre es Jenny, bueno, Jennifer, pero siempre me han llamado así en el barrio y ya como que hasta me molaba muchísimo, me sentía más chula, más guay.

Sí, pero ya no soy así, ahora me he transformado en pija, sí, a mis veinticinco años, es lo que tiene madurar de la noche a la mañana y más, cuando tienes un objetivo... Recuperar al hombre de tu vida.

Locura total después de tantos años, ¿eh? Para que no digáis que no iba a tener un verano de emociones fuertes. Vamos, ni puéting de ese, ni saltar de un avión, ni nada. Yo, a lo Indiana Jones, en, “En busca del ex perdido”.

¿Estará disponible James Cameron para llevar mi aventura veraniega al cine?

Pensamientos que le vienen a una de vez en cuando, disculpad mis divagaciones. Jesús, si ya hablo finamente y todo, quién me ha visto y quién me ve...

Volviendo a mi locura, o sea, mi ex.

¿Quién era él y en qué lugar se enamora de mí? Pues muy fácil, en el barrio, ¿dónde si no?

Kevin, así le puso su madre cuando lo parió, ni que hubiera nacido en la manzana esa de New York, en fin, cosas del barrio que quería ser fino.

Él, me conocía desde que nací, ya que era diez años mayor que yo, pero según decía mi madre, desde los cinco años yo ya iba diciendo y pregonando a los cuatro vientos que Kevin era mi novio, vamos que apuntaba fuerte. Si es que me veía llegando a la iglesia del padre Marcos en calesa y todo, con él esperándome en el altar, tan guapo como siempre.

Ay, Kevin...

Recuerdo que en mi comunión me hicieron increíbles regalos, pero ninguno mejor que cuando lo vi aparecer por el convite, ese sí que fue un regalazo. Estaba guapísimo y me sorprendió con un regalo en la mano de parte de su familia, él ya tenía veinte años, pero vamos, que yo tenía claro que a esa edad ya me había hecho hasta madre. De que me casaba con él, me casaba,

aunque él no lo supiera, me iba a convertir en el amor de su vida.

Solo hicieron falta cinco años, el mismo día que cumplí quince y salí a celebrarlo con mis amigas, y por suerte del destino, nos encontramos a mi Kevin, al que le pedimos que nos comprara la bebida, ya que a nosotras no nos la vendían por ser menores de edad.

Él, tan ricamente nos trajo ese surtido para hacer el botellón, y, no contento con eso, se apuntó con nosotras porque, como él dijo, no tenía otro plan mejor.

Interiormente yo estaba dando saltos de alegría, haciendo el pino puente, saltos mortales hacia atrás, la voltereta y un baile de la victoria, que para mí se quedó.

Y morí de amor ese día con él, lo veía tan guapo, tan macarrilla, tan líder de barrio...

Es que aquello fue como un sueño, ¿sabéis? Eso de que estás con el chico que te gusta, ese que te debe ver como una niña, pero que se queda para celebrar tus quince años, los conocidos como “la niña bonita”.

Me imaginé hasta a los del Dúo Dinámico cantando.

«Quince años tiene mi amor.

Es una chiquilla tan divina y colosal.

Tiene una mirada que nadie puede aguantar...»

Pero no, el famoso dúo no apareció por allí, ni mucho menos, eso sí, yo sentía de todo por el cuerpo, y más aún, cuando ocurrió lo que ocurrió.

Pues sí, nos liamos y nos volvimos a liar, así durante dos años que yo me sentía la chica más envidiada de la zona, pero claro, siempre pasa algo que jode los planes y... pasó.

A sus padres les tocó la lotería, y a lo grande, no tardaron en hacer las maletas e irse a vivir a Ibiza, allí tenían a la familia paterna, y Kevin, con todo el dolor de su corazón, se despidió de mí.

Mentiría si dijera que me hice la indiferente cuando lo vi marchar, puesto que no podía ser así.

Había estado durante dos años con el chico que me gustaba desde que era una niña, aquella que soñaba con un vestido blanco, una calesa, el cura diciendo eso de “puedes besar a la novia” y a Kevin, cogirme por la cintura, cual actor de Hollywood, y plantarme un beso de esos de película que te dejan con las canillas temblando.

En aquel entonces aún tenía diecisiete años, una niña a ojos del mundo que nos viera juntos, ayudaba a mi padre con la casa, ya que no tenía madre, bueno sí, la tenía, pero se marchó con otro y nos abandonó unos años atrás, así que seguía siendo menor de edad y con una responsabilidad que no me pertenecía.

Pensé que Kevin vendría a por mí en algún momento, pero no, desapareció como la espuma, como si yo no hubiese pintado nada en su vida.

Aquello dolió, y mucho, pensar que solo había sido un entretenimiento para él durante dos años, que no había significado más que aquellos encuentros a escondidas, me mataba.

Aunque yo, jamás lo olvidé...

Así que ahora estaba en Ibiza, me había alojado en un camping, ya que mi presupuesto era escaso y tenía para sobrevivir allí tres meses como dije.

¿Qué sabía de él? Nada, absolutamente nada. Solo que vi en una foto indagando a sus familiares en Facebook, que ellos habían montado un restaurante muy pijo en la playa, de copas y comida, casi estaba segura de que Kevin, estaba allí de encargado por unos comentarios que leí en la red.

Y allí estaba mirando de lejos para ver si lo veía, ya había dejado todo en el camping y me había ido en busca del amor de mi vida, ese que esperaba que no hubiera rehecho la suya porque me daría algo, pero claro, era diez años mayor que yo y ya podría tener hasta su propia familia.

Me acerqué y me senté en una de las mesas, pedí una cervecita, aunque cuidado, cuatro pavos que me iban a cobrar por ella, vamos, ni que la botella estuviera bañada en oro.

—Perdona ¿Kevin suele venir? —pregunté al camarero.

—Lo raro es que no esté ya por aquí controlando —sonrió—. Debe de estar al llegar. ¿Quieres que le diga algo?

—Sí, que su mejor amiga está en la mesa —sonreí.

—¿Y te llamas?

—Jenny, me llamo Jenny.

—Yo soy Paco —dijo el muchacho, extendiendo su mano.

—¿Se casó Kevin?

—No ¿Tiene pareja? —preguntó, como pensando que se había perdido algo.

—No lo sé —reí—, pero es que hace como ocho años que no lo veo.

—Buenos amigos sois... —dijo con ironía.

—En verdad era su novia, pero me dejó cuando se vino a la isla.

—¿Y ahora le quieres dar una sorpresa? —se reía.

—O matarlo de un disgusto, pero aquí estoy para descubrirlo.

—No, no le des disgustos que me lo estresas y luego no lo aguanta ni Dios.

—¿Es mal jefe?

—No —se rió—. Es buena persona, las cosas como son, un poco maniático, pero buena persona. Es muy fino, eso sí.

—¿Fino mi Kevin? ¿El chico más chulillo de mi barrio?

—Pues se ve que cambió, un poco pijo sí que es.

—Ay Dios, que voy a tener que hacerle una reverencia. Entonces, ¿no tiene novia?

—Novia en sí, no, pero algún que otro ligue, sí.

—¿Y me ves a la altura de recuperarlo? —Me puse de pie para que me viera.

—Si yo fuera Kevin, no perdía ni dos minutos en llevarte conmigo.

—¿Adónde?

—Nada, déjalo —se rió—, voy a atender a aquella mesa. En nada llegará tu ex —me hizo un guiño.

—Paco por Dios, ayúdame.

—Vale, seré tu aliado.

—Así me gusta —aplaudí emocionada.

No sabía qué acabaría pasando, si la locura que me había llevado a coger cuatro cosas e instalarme en un camping ibicenco saldría bien, regular, o mal, pero aquí estaba y, como suele decirse, “De Ibiza no, no me moverán, hasta que recupere a Kevin y me lleve al altar”. ¿O no era así?

Me persigné y pensé aquello de, “suerte maestro, y al toro”.

Capítulo 2



Me encantaba como me había dejado la chica de las manicura las uñas, me las había hecho de gel y a la francesa ¡Más mona que me habían quedado!

No dejaba de mirarlas mientras me encendía un cigarrillo y disfrutaba de esa cerveza que me iba a costar un riñón.

Y lo vi, apareció con unas gafas de sol que le quedaban de muerte e iba vestido un poco, ¿pijo? No, no, de poco nada, ese aire que se daba era todo lo contrario a lo que él era ¿Todo eso hacía el dinero?

Bueno, yo no tenía un duro, más que lo ahorrado limpiando escaleras, y ahí estaba con mis uñas de gel y un modelito de lo más ibicenco y bonito, un vestido blanco corto de piqué que me quedaba realmente precioso, eso sí, mis gafas eran del chino del barrio, pero daban el pego.

Mi corazón se puso a mil y miró hacia mí, pero ni cuenta se dio de quién era, le levanté la mano y le hice un gesto para que se acercara.

—Hola, Kevin —sonreí nerviosa.

—Hola —puso cara de no saber quién era y me quitó las gafas—. Eres... —dio unos chasquidos con sus dedos como que no le salía el nombre ¡Lo mataba!

—Sí, soy Jenny, de tu barrio de toda la vida —sonreí.

—¡Jenny! —sonrió y me dio un abrazo —Estás preciosa, irreconocible.

—Vaya, al menos me echaste un piropo, algo arreglaste, eso de que no me reconocieras...

—Hace ocho años y has cambiado un montón.

—Pues anda que tú... —me reí.

—¿Estás sola?

—Sí —sonreí.

Se giró y le pidió a Paco que nos trajera dos cervezas, este me hizo un guiño sin que Kevin lo viera y sonreí disimulando.

—Esta la pagarás tú, porque mi presupuesto para dos cervezas en un restaurante así, no me da.

—No vas a pagar ninguna —sonrió.

—Entonces que las traiga de dos en dos —me eché a reír.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde estás alojada?

—Bueno, vine a buscarte, pero tranquilo que no soy una acosadora ni nada por el estilo. Tenía una espinita clavada de cómo nos despedimos y reuní para venir este verano. Estoy alojada en el camping de la cala tres, ya sabes, chica de barrio, limpiadora, pues tienda campaña que me traje en la mochila —me reí.

—No me lo puedo creer... —Pellizco mi mejilla.

—Ni yo, ni yo —murmuré, apretando los dientes.

—¿Y cuánto tiempo piensas quedarte?

—Todo el verano —me eché a reír y la cara de él, era de incredulidad.

—¿En el camping todo el verano?

—Sí —seguía apretando los dientes.

—¿Y todo eso para verme a mí?

—Estoy loca, lo sé —cogí la cerveza y le di un trago.

—Hoy tengo unos compromisos, pero quizás mañana podríamos comer juntos.

—Vale —sonreí feliz, para mí eso ya era un mundo.

La verdad es que lo veía sonriente y feliz por verme, algo me decía que le había hecho gracia que estuviera allí, en la que ahora se había convertido su isla.

Estuvimos un rato charlando y lo puse al día de todo lo del barrio y de la gente de allí, le dio mucha alegría saber de muchos de ellos.

Un rato después me dijo que se tenía que marchar, pero que me podía quedar allí que estaba invitada a todo lo que quisiera comer y beber, quedamos en vernos al día siguiente.

Se tenía que marchar porque apareció la madre en escena y se acercó, él le preguntó si se acordaba de mí, que era Jenny la del barrio.

—No me acuerdo, había tanta chusma allí —murmuró, mirándome por encima del brazo—. Vamos, que nos espera Martina, a ver si por una vez ya os ponéis de acuerdo ya y os formalizáis que tengo muchas ganas de verte casado con ella.

—Mamá... —protestó a modo de riña.

—Vamos, no estamos para perder el tiempo.

Kevin negó, volteó los ojos y se fue con ella.

¿Será cabrona la madre? ¿La chusma? A ver si se pensaba que ella había nacido en “La Moraleja”. En fin, así se partiera una pierna y la boca de paso.

Me quedé con mal cuerpo y triste, me había parecido tan feo el comentario de su madre y luego lo de esa tal Martina, que me había contenido para no partirle el vaso en la cabeza.

Pero vamos, que Kevin tenía delito, con lo mayorcito que era y manejado por la bruja de su madre, en fin... Primer día y ya estaba deprimida.

— Kevin me ha pedido que te sirva lo que quieras de comer y beber.

—Gracias, pero no tengo ganas —murmuré con tristeza y casi me echo a llorar.

—Dame media hora que termine y te invito a tomar algo por ahí.

—No te preocupes, Paco.

—No es preocupación, es que me caes bien —me hizo un guiño y me sacó una sonrisa.

Y lo esperé, salía a las tres, ya que estaba de turno de mañana. Nos fuimos en su coche a otra parte de la isla y comimos en un asador de pollos.

Le conté lo de su madre y lo frágil que veía a Kevin ante ella, entonces Paco se desahogó y me contó que estaba totalmente manipulado y que ella quería que él, se casara con esa tal Martina, que pertenecía a una familia muy influyente de la isla.

—Te propongo algo...

—Menos abrirme de piernas, lo que quieras.

—Quédate alojada en mi casa.

—No puedo aceptar eso —me reí.

—¿Hacemos un trato?

—No me voy a acostar contigo —reí.

—Bueno, eso no sería trato, sería porque los dos quisiéramos —se rio—. Mira, yo no tengo

mucho tiempo para limpiar la casa y por las tardes me entra flojera, aunque la tengo limpia, ¿eh? Tú la recoges un poco por las mañanas y así te ganas la estancia.

—Acepto, además, limpiar es lo mío, así me ahorro los quince euros diarios del camping — me eché a reír.

—Pues vamos, te ayudo a recogerlo todo de allí.

La verdad es que Paco me caía muy bien, era mi Ángel de la Guarda, desde que había pisado el restaurante ese día y se veía un chico de lo más majo.

Tenía un empleo asegurado en septiembre, de lo que él quería y es que era Fisioterapeuta e iba a trabajar en una clínica que se iba a inaugurar, pero mientras tanto, tenía esta alternativa para el verano, que era el restaurante.

Recogimos todo del camping, sellé mi salida y nos fuimos en su coche para su piso. Era precioso, chiquitito, dos habitaciones, salón con cocina y baño, pero todo muy nuevo y reformado, se lo habían regalado sus padres y, además, tenía unas vistas al mar que eran impresionantes.

Me instalé en el cuarto contiguo al de él y luego bajamos a hacer una compra que yo le dije de pagarla, pero ni de broma aceptó, aunque claro, yo era muy viva y le dije ya en la caja, que se me habían olvidado las latas de refresco de naranja y fue corriendo, momento en el que le pedí a la cajera que me cobrara.

Se enfadó mucho, pero era un buenazo, su forma de enfadarse era hasta adorable, así que lo dejé que pagara las latas de refrescos mientras me miraba a modo de riña.

Llegamos a la casa con las bolsas y me puse a colocarlo todo con él, eso sí, le moví todo el frigorífico y se lo dejé que parecía un museo.

—En mi vida he visto el frigo así, parece un *Tetris*.

—Pues cuidadito con desordenarlo —le advertí con el dedo.

—Ni se me ocurriría —levantó las manos y fue a ducharse.

Me quedé preparando una ensalada de pasta para cenar y unos bocados de pollo.

Cuando salió de la ducha con ese pantalón corto deportivo y sin camiseta, me di cuenta la gravedad del asunto ¡Estaba como un tren!

Además, era guapísimo, rubio con el pelo al aire, ojos azules intensos y una cara que era para perder el sentido, pero vamos, que, hasta ahí, yo seguía bebiendo los viendo por mi Kevin, y a pesar de que su madre me había dado del disgusto del verano, pensaba luchar contra esa bruja para ganarme al hijo.

Paco tenía una humildad y sencillez que me encantaba, era muy bromista y me buscaba mucho la lengua, y eso que yo la tenía rápida.

Estuvimos charlando hasta las doce que nos fuimos a la cama, ya que el trabajaba a la mañana siguiente, yo había quedado allí con Kevin, pero iría más tarde, así que nos despedimos y quedamos en vernos en el restaurante.

Capítulo 3



Me desperté sola en casa, como la película. Preparé mi primer café del día y me fui a la ventana a tomarlo, las vistas eran lo mejor para comenzar esa mañana.

No tardé en ponerme a limpiar, vamos a la velocidad de la luz hice el baño, que lo dejé como los chorros del oro, barrí toda la casa y antes de irme le pasé una fregona, la había dejado niquelada.

Cogí un bus que me dejó a pie de la cala donde estaba el restaurante, al primero que vi fue a Paco, que vino a darme un beso en la mejilla y desearme un fantástico día.

Me senté y me traje un tinto de verano, me dijo que lo probara que, a él, le salía el mejor del mundo, me hizo mucha gracia, pero sí, me sorprendió lo bien que sabía.

No tardó en llegar Kevin.

—Hola, Jenny —se agachó a besar mi mejilla y se sentó.

—Hola, Kevin.

—Siento lo de ayer, mi madre no se calla ni bajo agua.

—Tú madre lo que se cree es algo que no es, por cuatro duros de más que tiene ahora se siente la Presley.

—Está empecinada que me comprometa con Martina, pero no hay *feeling*.

—Te terminarás casando con ella, te veo muy sumiso ante tu madre —le iba a decir ante la bruja de su madre, pero me mordí la lengua.

—No es eso, pero paso de malos rollos familiares, aunque estaré con quién me dé la gana.

—No lo veo yo muy claro... —sonreí falsamente, me molestaba hasta nombrar a esa mujer.

En ese momento y casi por arte de magia, apareció la bruja.

—Kevin, que hemos quedado en ir a comer a la cala del este.

—No creo que pueda hoy, mamá.

—A las dos allí —le dijo, como importándole una mierda que pudiera o no.

—Le reventaba la boca —murmuré en voz alta.

—Es mi madre.

—Ya, ya —sonreí con ironía, pero me había puesto como una moto esa mujer.

—¿Qué te parece si quedamos a las nueve en la puerta del camping y nos vamos a cenar?

—Mejor me recoges en la puerta de casa de Paco, me he trasladado allí.

—¿Y eso? —Su cara era de sorpresa total.

—Pues mira, me lo ofreció muy amablemente y llegamos a un acuerdo.

—No entiendo nada.

—Pues menos entiendo yo a tu madre y no me quejo.

—Me respondes como si nunca lo hubiéramos dejado —sonrió arqueando la ceja.

—Me dejaste tú, te lo recuerdo.
—Dejaba la península y me venía a la isla...
—Ya, ya.
—Me alegro mucho de que estés aquí, en serio.
—Yo también —sonreí, queriéndole dar una colleja y que se espabilara.
—Esta noche te llevaré a un lugar impresionante.
—A mí con que comamos un bocadillo en la playa, ya me es más que suficiente.
—Bueno, yo seré quién decida.
—Claro que sí, millonetis.
—No, no me hables así —reía—. No soy como mi madre.
—Ni tampoco el Kevin chulillo que conocí.
—La edad cambia a las personas.
—Sí, sí, ni que lo digas.
—Espero que no hayas esperado ocho años en aparecer para venir a ponerme de vuelta y media —hizo un carraspeo.
—¿La verdad?
—Siempre.
—No sé ni que hago aquí, no debí venir —lo de su madre me había dejado en un estado de rechazo total.
—Se supone que tenías ganas de verme.
—Se supone... —sonreí.
—Ah, ¿no?
—Kevin, te esperaba más hombre.
—A ver, explícame eso —arqueó la ceja.
—Lo de cómo te maneja tu madre, me ha dejado loca, sinceramente.
—Es mi madre.
—¿Y por eso ya tiene derecho a todo?
—Has acabado de llegar a Ibiza como quién dice, no lo esperaba, pero me estás dando hasta en el carné de identidad —negó riendo.
—Pues ya verás, señor pijo, la que te queda por aguantarme tres meses, eso o que...
—Te ponga a poner copas —murmuro riendo.
—No eres capaz, quiero trabajar aquí —dije habiendo sido iluminada por completo. Ibiza, vacaciones, curro y ahorrar, un chollazo por completo.
—¿Quieres trabajar?
—Afirmativo, y en el mismo horario que mi amigo Paco.
—¿Te gusta? —le cambió el tono que se debilitó y su rostro.
—A ver, Paco tiene un morbo que te cagas, puede llevarse de calle a la que le dé la gana, pero yo desde que tengo uso de razón, me perdí por un hombre y aquí estoy, intentando recuperarlo, u olvidarlo para siempre, pero vamos, te digo una cosa: como aparezca tu madre dos veces más, te termino odiando y cerrando este capítulo de mi vida —dije muy convencida.
—Me has pillado totalmente fuera de juego, piensa que esto para mí es como una película de Almodóvar, donde parece todo de cachondeo.
—Trátame como un cachondeo y te enseñaré como reírte, trátame de corazón y te enseñaré lo que había dentro de mí para ti —dije en tono gracioso para que no sonara muy *heavy*.
—Me gusta tratar a las personas de corazón.

- Pero eso es generalizar, yo quiero ser tu bendita primera opción.
- Por lo pronto te estoy invitando a cenar esta noche —hizo un carraspeo.
- Y también me has dado trabajo para que comience mañana por la mañana.
- Si quieres...
- Claro que quiero, no me tocó nunca una lotería —sonreí con ironía.
- Cuarenta euros diarios.
- Trato hecho, con eso me sentiré la mujer más rica del planeta.
- Bueno, tengo que irme, a las nueve debajo de casa de Paco.
- Vale, jefe.

Se lo conté a Paco, le hizo mucha ilusión saber que sería su compañera de trabajo. Le dije que me iba para el piso a preparar la comida para cuando él llegara. Es verdad que él podía comer en el restaurante, pero como decía, plato en la mesa de uno, es más satisfactorio y más cuando comes todos los días en el mismo sitio y encima es tu trabajo.

Preparé la comida, un salmorejo, una tortilla de patatas y unos pimientos fritos ¡Anda qué no!

Paco llegó y se le iluminó la cara al ver mi tortilla bien gorda, vamos que la había hecho bien grande.

- Entonces vas a cenar con él...
 - Sí, dice que me va a llevar a un lugar muy chulo, pero vamos, mejor que me lleve a un sitio donde la madre no pueda aparecer.
 - Esa mujer es tremenda, se mete demasiado en la vida de su hijo.
 - La chusma dijo... —negué resoplando y nos reímos.
 - Ni caso, ni pienses en eso. Por cierto, me hace mucha ilusión que vayas a trabajar conmigo.
 - ¡Sí! —Aplaudí —Mañana me levantaré temprano y limpiaré antes de irnos.
 - No mujer, que eso fue una excusa, no tienes que limpiar para pasar aquí el verano, pero, por cierto, has dejado la casa hoy brillante, con que recojamos la cocina, mañana seguirá intacta.
 - Tú déjame que yo soy doña lejía, todo el día limpiando, lo llevo en las venas.
 - Bueno, pero que esto es cosa de dos.
 - Tú este verano olvídate de limpiar —reí.
 - No, no, me sentiría mal, no soy tan flojo ni descarado.
 - Eres un buenazo. Tiene que llegarte tu cenicienta un día, te mereces ser muy feliz.
 - Con la suerte que tengo, me aparece una bruja que me termine de cargar —se rio.
 - ¿Has tenido mala suerte en el amor?
 - Digamos que entregué dos veces mi corazón y me lo devolvieron a cachitos —se río—.
- Pero eso es pasado, pisado y olvidado.
- Me alegro, pero a la tercera va la vencida.
 - Sin prisas, estoy aprendiendo a vivir sin necesidad de nadie.
 - Pues eso son problemas que te ahorras —me reí.
 - Y tú, buscando al chico que se marchó hace ocho años de tu barrio —nos echamos a reír.
 - ¿Te digo la verdad?
 - Claro.
 - Aunque sigo sintiendo por él y me salen las mariposas del estómago, por otro lado, se me cayó un poco el mito.
 - ¿Y eso?
 - No sé, está “apoyardado”.
 - “¿Apoyardado?”

—Sí, así se dice cuando uno no espabila y está con el pavo en todo lo alto.

—Vale —reía negando —¿Tú crees que le hizo ilusión verte aquí?

—Ni idea, por un lado, lo veo atento, pero puede ser que lo haga por compromiso. Por otro lado, creo que le gustó verme más mujer, como que no me reconoció, pero, por otro lado, pienso que su madre lo tiene majara perdido y no sabe ni para donde tirar. Te digo yo que, visto lo visto, se termina casando con la Martina esa.

—Cuando la conozcas te mueres —puso cara de miedo.

—Y, ¿por qué esa cara? Y, ¿por qué la tengo que conocer?

—Suele ir a desayunar por el restaurante.

—Joder, que buena noticia —hice como la que me daba un chocazo con la mesa —. Espero que al menos sea simpática y educada.

—Bueno, digamos que seca, tonta, prepotente y muy exquisita.

—Uy, pues como esa dé conmigo, voy a dejarla en ridículo, con los humos bajaditos y sin ganas de volver por allí.

—Yo no me la jugaría.

—¿Qué tengo que perder?

—¿El trabajo?

—Pues nada, me quedo aquí limpiando si me hecha —sonreí. Vamos a mí me va a venir esa a mirarme de arriba abajo, la cojo por el moño y se come todo el suelo, vamos que me lo deja brillante de lo que la iba a lamerlo.

Nos fuimos un rato al sofá después de recoger la cocina y tomar un café.

Él se tumbó en un sofá y yo en otro, comenzamos a charlar hasta quedar dormidos en una siesta que duró por lo menos dos horas.

Me duché, me puse un vestido negro pegado de hilo, era de tirantes y cuello de pico, me quedaba monísimo.

Paco me echó varios piropos al verme y me hizo venirme arriba, me dio un abrazo antes de bajar al encuentro con el “apoyardado”.

Capítulo 4



Ahí estaba mi Kevin, con un coche de lo más fino ¡Cómo había cambiado el cuento! Con lo que le gustaba un carro tuneado, en fin...

Sonrió y fue a abrir la puerta del copiloto.

—Escucha killo: a mí, no me vengas con caballerosidad que, a las mujeres del barrio nos gusta traernos la Luna sola y de paso, hasta bajamos el Sol —abrí la puerta, me monté y di tal portazo, que en su cara pude ver el dolor de escuchar ese golpe.

—La próxima vez, cierra más suavemente —dijo en bajito, montándose y arrancando el coche.

—Se me fue la mano, perdón.

—Nada. ¿Qué tal el día?

—Bien, estuvimos comiendo en casa y luego nos echamos una siesta.

—¿Juntos?

—No, cada uno en un sofá, ¿por?

—Por nada, no sé, os acabáis de conocer, te has ido a su casa, suena todo muy chocante.

—Gente guay que hay por el mundo, conecta, empatiza y te abren las puertas de su casa, además Paco, es muy buena persona.

—Sí que lo es, no podría decir lo contrario, mentiría.

—Pues aprende de él —le di un codazo, que por poco lo saco por la ventanilla, que “pechá” de reír me di.

—Joder, pues sí que tienes fuerza —ladeó la cabeza, creo que lo estaba poniendo nervioso.

—Te recuerdo que soy del barrio y más bruta que un “arao”, pero claro, ya se te olvidó lo bruto que tú también eras, ahora estás diferente, consumido, que sí, que aparentas elegancia y tal, pero el otro Kevin, era más puro y real, en esto es lo que os convirtió el dinero.

—Bueno, tampoco hace falta que des tu opinión, ni que sea la certera porque lo hagas, pero te veo muy enfilada conmigo ¿Te pasa algo?

—¿A mí? Nada, solo estoy siendo realista, pero ya cierro la boca y paz y amor.

—No, no tienes que callarte, solo que estaría bien que dejaras de atacarme —carraspeó y me miró sonriendo.

—Mira para adelante, que verás que muero fuera de mi tierra por tu culpa y te aparezco por las noches todos los días de tu vida.

—Lo que me faltaba —se rio.

—Entonces qué, ¿vas a volver conmigo? —pregunté bajándome del coche, cuando paró ante un impresionante restaurante ecológico que era una preciosidad frente al mar.

—Mujer, no corras tanto, tendrás que ganártelo un poquito —volteó los ojos.

—¿Yo? El que me dejó fuiste tú, así que eres el que se lo vas a tener que currar —sonreí con

falsedad entrando por delante de él, que extendió su mano hacia la terraza del restaurante.

Nos sentamos en la mesa donde nos indicaron, la verdad es que era espectacular el lugar y parecía de película.

Me pedí un refresco, pasaba de beber vino cuando al día siguiente tenía que madrugar y currar.

Miré el móvil y tenía un mensaje de Paco, deseándome mucha suerte. Sonreí al verlo y le respondí con caritas de besitos, me contestó con un gif de un chico desmayándose, era tan lindo ese hombre...

Kevin había pedido la cena y cuando comenzaron a traerla me quedé loca.

—¿Me quieres rellenar como a un pavo y que pierda mi figura?

—Sabes que te lo puedes permitir.

—Ni que conocieras mi genética —me reí negando.

—Bueno, la verdad he de decir que tu genética está siendo muy generosa contigo, luces impresionantes.

—¿Ya te estoy metiendo en el bote?

—Un poquito —acarició mi mano por encima de la mesa y un cosquilleo recorrió mi estómago.

—Bueno, como ahora seré tu empleada, me da tiempo a meterte del todo en el bote ¿Lo sabe la bruja?

—No la llares así —se rio.

—¿Lo sabe la Presley?

—Tampoco la llares así.

—Mira ¿Lo sabe tu madre? —Volteé los ojos.

—Sí —sonrió.

—Ya le has dado el verano.

—Un poco, pero el restaurante es mío y hago lo que quiera.

—Bueno, eso de lo que quiera, con permiso de ella.

—Ya vale —reía negando—. Disfrutemos de la noche —volvió a acariciar mi mano.

—Explícame eso de, por qué vives con tu madre aún.

—Tengo una casa y me la entregaron hace una semana, ya la amueblé, en cualquier momento me voy para allá.

—¿Tenemos casa para vivir juntos? —Me puse a aplaudir.

—Bueno, primero voy yo y ya si eso, vamos viendo —apretó los dientes.

—Ni te has acordado de mí en estos años —me reí—. Tranquilo, tengo la casa de mi Paco que me quiere más que tú —le saqué la lengua.

—¿Te has liado con él?

—¡Qué dices!

—Me da que sí.

—No, no, a ti que no te de nada porque es un no rotundo, si fuera así, no me lo callaría, aún no me pediste volver.

Su cara era de molestia, pero vamos, se espabilara, que no mostraba gran cosa por tenerme delante.

—¿Preparada para trabajar mañana?

—Hombre, pues claro, preparadísima.

—Mi madre suele ir al restaurante, cuenta lo que hay en caja y va a ingresármelo al banco, lo

digo para que no te pille de sorpresa.

—Encima te maneja el dinero —me eché a reír.

—Solo me lo ingresa —volteó los ojos.

—Bueno, a mí con que no me vuelva a llamar chusma de nuevo, vamos bien, porque como lo haga, va a parecer una aspiradora tragando tierra de la playa.

—Espero que reine la paz.

—Amén —sonreí con ironía.

A esa mujer es que la tenía atravesada, no me caía peor porque no me la había cruzado más veces, pero tenía claro que esa por encima de mí, no se ponía.

Estuvimos bromeando y discutiendo toda la velada, yo notaba que le sacaba muchas sonrisas de esas que salen por sí solas, pero es que lo veía y no era el Kevin decidido y fuerte de años atrás, era como si lo hubieran absorbido por completo y dejado sin fuerzas.

Nos dieron charlando y riendo cerca de las doce y media de la noche, que fue cuando me llevó a casa de Paco y quedamos en vernos por el restaurante al día siguiente.

Subí un poco rara, no era todo eso que yo había fantaseado ni idealizado, obvio que me gustaba, pero era como si se me cayera el mito.

Entré y Paco estaba en el sofá, me recibió sonriente y me senté junto a él a contarle, le expliqué que ahora Kevin parecía un extraño.

—Son ocho años los que pasaron, las personas cambian.

—Paco, sí, pero una forma de ser que tuvo durante veintisiete años, no se cambia en ocho, puedes madurar, volverte más serio, pero ese parece que nació en una urbanización pija y no en el barrio.

—Bueno, entonces que, ¿sigues con la idea de reconquistarlo?

—Claro, todo sea por matar de un infarto a la bruja —nos reímos.

Un rato después nos acostamos, ya que teníamos que trabajar a la mañana siguiente.

Capítulo 5



Me levanté una hora antes de que sonara el despertador y me puse a limpiar sin hacer ruido, pero Paco me escuchó y vino hacia mí a reñirme con cariño.

—No tienes que levantarte antes para limpiar.

—Tú prepara dos cafés y calla.

—Vaya, a tu casa vendrán...

—Y te la pondrán patas arriba.

—Ya veo —sonrió encendiendo la cafetera para prepararlos.

—Por cierto ¿Qué tal has dormido?

—Como una reina, pero estuve a punto de irme a tu cuarto.

—¿Y eso?

—Porque escuché un ruido y me cagué viva, luego me di cuenta de que era la ventana abierta que daba golpes y fui y le puse el seguro para que no se moviera.

—Lástima, salí perdiendo.

—¿Por? Qué si quieres que duerma contigo, yo voy y te protejo —me reí.

—¿Proteger y estabas asustada?

—Calla tonto, que me gusta hacerme la víctima y la chula a la vez.

—Es bueno saberlo —me hizo un guiño y ojo, le quedó de lo más sexy.

Tomamos el café y un rato después salimos hacia el trabajo en su coche, yo estaba feliz de saber que iba a sacar provecho de aquella locura de ir a buscar a mi ex, aquel nuevo extraño.

Llegamos al restaurante y me explicó lo que tenía que hacer por lo pronto, poco a poco me adaptaría a todo, pero oye, que yo aquello lo veía de lo más fácil, que una era de barrio, pero de lo más “apañá” y lista.

Serví un montón de desayunos y sobre las doce llegó la bruja, se me cambió la cara por completo cuando me miró con asco mientras contaba los billetes de la caja para llevárselos.

—Mírala, parece El Padrino, la muy bruja —murmuré a Paco.

—No has podido dar más en el clavo —me contestó aguantando la risa y marchando a tomar nota de una mesa.

Fui a la barra a dejar los platos y vasos sucios de una mesa y ya salía la bruja.

—Mira, no te quejarás, no te llevarás a mi hijo, pero trabajo conseguiste de lo tuyo.

—Lo mío es limpiar culos a viejas de su edad —le hice un guiño y la rodeé para pasar.

—Mira, chusmilla —me hizo un gesto con su dedo para que la escuchara —Tú a mí no me vas a ofender, más que nada porque no puedes, pero déjame decirte que antes de que mi hijo esté con una como tú, lo quemó vivo.

—¡Viva el amor de madre!

—Por eso mismo —me tiró un beso al aire y se marchó la muy pendeja.

Resoplé mientras me iba al lado de la barra donde había llegado un chico, otro con una pinta de pijo que no podía con ella ¿Qué pasaba en esta isla que se suponía que la gente era más hippy que pija? ¿Se habían comido a los de paz y amor?

—Hola, hijo de mi vida ¿Qué te pongo? Y no me digas que, caliente porque eso está muy antiguo.

—Hola —sonrió —¿Un mal día?

—Desde que nací, los días buenos en mi vida no existen, pero ojo, que yo lo llevo con mucha serenidad, menos cuando reviento, esos días son peores.

—No eres de aquí, eres andaluza.

—De pura cepa, pero si quieres saber más, me invitas a una cena de esas de pijos, que al final me aficiono y todo.

—¿Quieres que te invite a cenar? —arqueó la ceja con esa media sonrisa.

—Claro, hoy me recoges a las nueve en esta dirección —dije mientras se la escribía para que se enterara Kevin, que acababa de llegar y yo, como lo vi antes propiné esta conversación, no es que yo fuera pidiendo cenas a los hombres así porque sí, pero joder, ahora estaba a huevo hacerlo.

—Por cierto, me llamo Paolo.

—Bonito y sexy nombre, yo me llamo Jenny —le hice un guiño y me aparté para seguir trabajando y fue cuando salí de la barra que me agarró por el brazo Kevin.

—¿Qué haces quedando con ese tipo para cenar?

—Pues lo mismo que hice ayer contigo, hijo, cenar por la cara y, además, eso es lo que tiene ser libre como el viento —me mordisqueé el labio en plan sexy y me fui para recoger mesas de desayunos terminados.

Le conté a Paco lo sucedido con Paolo y Kevin, se echó a reír.

—¿Y cuándo me toca que te invite yo a cenar?

—Tú mañana, así que tienes tiempo para pensarlo bien y sorprenderme, para que dejes el listón de estos dos, muy bajos —nos reímos.

—Mañana tenemos una cita —me hizo un guiño.

De aquí me iba yo millonaria, curraba, me pagaban las cenas, no pagaba alojamiento, esto era un chollazo.

Kevin se pasó todo el resto de mañana sentado fuera de la barra mirando el móvil, tenía una cara que no podía con ella ¡Qué se jodiera el nuevo pijo!

Paco y yo nos fuimos para la casa, habíamos comido en el restaurante, así que nos tumbamos cada uno en un sofá a charlar hasta que nos quedamos dormidos.

Me duché y le di un beso a Paco en la mejilla antes de irme, vi algo en su rostro de tristeza, pero ojo, que podía ser cosa mía.

No veas con el cochecito que me apareció mi amigo Paolo, de esos deportivos que impresionan a leguas, vamos que este tenía más euros que todas las cosas. A este paso me estaba rodeando con la *Jet set* de la isla.

Me llevó a un restaurante que estaba donde Dios perdió el mechero y no fue a buscarlo, pues ahí, tirando un poco más a la derecha, en fin...

Aquello era como un antiguo castillo medieval remodelado y hecho restaurante, pero vamos, que parecía una cueva.

La novecita que me dio Paolo, madre mía, explicándome la historia de ese lugar ¿Qué

cojones me importaba a mí?

Mira si soy buena persona y educada, que lo escuché sin perder esa sonrisa de lo más irónica, pero que noche más mala.

Lo peor es que quería quedar conmigo para el día siguiente, pero le dije que ya tenía planes, así que quedó en que me mandaría un mensaje para otro momento.

A punto estuve de bloquearlo mientras subía a la casa, pero claro, si lo bloqueaba iría a buscarme al restaurante y no sé yo que sería peor.

Se lo conté a Paco, y este se murió de la risa, es que no era para menos.

Capítulo 6



La mañana en el trabajo iba bien hasta que apareció Kevin.

—¿Te lo follaste? —Así pasó de ser el nuevo pijo al antiguo Kevin.

—Como una loca —murmuré, mordisqueándome el labio.

—¿Lo ves? Es una zorra —dijo la madre, no nos habíamos dado cuenta de que estaba ahí.

—Señora, usted se calla y cuente dinero, que todavía se lleva el premio gordo.

—Hijo, deberías de despedirla inminentemente.

—De forma inminente lo que deberías de hacer es coger la escoba y volar —dije, acercándome a ella y me giré enfadada.

Kevin me miró avergonzado, pero más callado que un director de banco cuando lo están atacando.

Que asquito le tenía a esa mujer y para más INRI, apareció el Paolo de los cojones.

—Hola —sonreí con falsedad y le di un beso en los labios para que lo viera Kevin.

—Vaya, me has sorprendido.

—Eso por la cena de anoche, ya otro día veremos si te ganas el segundo —le hice un guiño y le eché su vino preferido.

Me puse a trabajar y lo veía con una cara sonriente, que hasta parecía que le había dado la felicidad, pobre hombre.

Kevin no, ese tenía la cara que le llegaba al suelo y parecía que iba a estallar.

—¿Le has besado?

—Paco eso fue para joder a Kevin, ya sabes lo que pienso de Paolo.

—Bueno —su tono era de no estar convencido ¿Qué le pasaba hoy a todo el mundo? Por Dios, que estaba más vigilada que cuando tenía diez años.

Me tiré una mañana de lo más agobiada y Paolo que no se iba, encima me dijo que me podía acercar a casa, pero le dije que iba con Paco, mi compañero de trabajo y piso.

Kevin ni dijo adiós, allí se quedó más tieso y serio que todas las cosas.

Ya habíamos comido, yo me tiré en el sofá y él se quedó en la cocina con el móvil, lo veía extraño y raro, pero yo prefería no preguntar, pues fijo que subía el pan.

Me levanté a las ocho de la tarde y vi que sobre la mesa de la cocina había una cesta de mimbre y que estaba metiendo cosas.

Olía que alimentaba.

—¿Nos vamos de Picnic? —pregunté acercándome a bichear.

—Eso es —sonrió.

—Buena cena —vi que estaba cargada a tope de todo.

—Pues cuando quieras te cambias y nos vamos.

—Ahora mismo me ducho y no tardo nada. Por cierto, ¿informal? —me referí a la ropa.

—Cómoda, sí —sonrió.

Nos fuimos cuando terminé de prepararme, me puse un vestido largo fresquito de tirantes y unas sandalias planas, nos montamos en su coche y me llevó a un lugar que era precioso, una maravilla, además no había nadie.

Era como en una colina que daba a la playa, allí echó una manta y preparó todo mientras comenzaba a atardecer, una maravilla de entorno.

—Es precioso —murmuré chocando la copa de vino contra la suya.

—Como tú —murmuró sonriendo.

—No estarás intentando ligar conmigo, ¿verdad? —me reí.

—Desde el minuto uno que te conocí, pero no lo quieres ver —hizo un carraspeo.

—Estas bromeando, ¿verdad? —Puse mi mano con la copa entre mis piernas, estaba sentada frente a él con las piernas cruzadas, nos separaba la comida.

—No —sonrió.

—Paco —le señalé con la copa a modo de advertencia—, no te creo.

—No me haces caso —sonreía.

—Bueno, voy a probar esta tortilla de patatas con verduras, a ver si está tan buena como dices.

—Solo lleva cebolla y pimiento.

—Pues está de muerte —dije gimiendo con ese primer bocado.

—Si es que yo te podría cuidar mejor que nadie, es muy fácil llevarse a un buen restaurante para sorprender a una mujer, lo difícil es tener la capacidad de preparar la cena con mucho cariño y llevarla a un lugar donde sea única.

—Yo en todos los lugares soy única.

—Por supuesto, pero me refiero que seas tú sola la estrella del lugar.

—La estás liando, Paquito —me reí.

—No, eres tú la que estás desvariando.

—Joder, ya lo pagué yo —volteé los ojos aguantando la risa.

Y tenía razón, de las tres cenas me quedaba con esta sin dudas, en la que mejor me lo estaba pasando, en la que más me habían sorprendido y en la que más cómoda me sentía y es que Paco, era mucho Paco.

Regresamos a eso de las doce a la casa, yo me acosté con la sensación de haber pasado una de las mejores veladas de mis últimos tiempos y es que a Paco, no le hacía falta impresionar con el dinero, lo sabía hacer desde el corazón y eso, eso pocas personas sabían hacerlo.

Capítulo 7



Me desperté con la sensación de estar en una historia que no era la que venía buscando: por un lado tenía a Kevin, que naufragaba entre la desilusión y el no reconocer al chico del que me enamoré un día, por otro lado el pijo de turno, Paolo, ese que no se enteraba de nada y que era un rollazo de tío y que me dio la cena más aburrida de mi vida, pero ahí estaba, insistiendo en otra cita, y por último, a mi querido Paco, que me confesó la noche anterior entre indirectas que yo le molaba y que me había hecho vivir la velada más mágica de las tres ¡Para rajarse el brazo y no echar ni gota de sangre! ¿No era así el refrán? De todas maneras, yo todo lo decía como me daba la gana ¿Y? Pues eso, que vaya marrón me había encontrado de la noche a la mañana.

Paco apareció sonriente y a la vez haciendo el gesto con la mano, de que me iba a pegar por estar limpiando tan temprano.

—No me riñas, no me riñas, que pueden enterarse nuestras cuatro niñas —le canté esa canción que cantaba mi padre de Requeibros, un grupo muy antiguo.

—Hostias, he escuchado esa canción alguna vez hace muchos años.

—Será de tu época, yo por mi padre, pero vamos que tú por la edad.

—¿Me estás llamando viejo?

—Bueno, me llevas una década y un poco más.

—Te has quedado sin café —encendió la cafetera.

—No serías capaz, es más, te lo quitarías de ti para dármelo a mí —dije, agarrándolo por la espalda y dándole un abrazo. Le había cogido mucho cariño.

—¿Te has levantado mimosa? —Se giró, me agarró por la cintura pegándome a él y me dio un beso en la frente.

—Estoy a falta de cariño, de abrazos, de un buen polvo y una hostia si lo anterior no me hace efecto —bromeé riendo.

—Creo que te puedo ayudar en todo menos en la hostia, en eso no me la juego —arqueó la ceja y me besó en la nariz.

—Pues venga, empecemos por el cariño, que capaz eres de querer empezar por el polvo —continué bromeando.

—No, no, jamás habrá polvo sin un buen preliminar —hizo un carraspeo y se giró a echar los cafés.

—Y me da la espalda, vaya manera de ganarse el preliminar y el final feliz —dije de forma chulesca, sentándome.

—Vamos ya justos de tiempo, pero si esta noche no tienes compromiso, podemos tener una larga conversación en el sofá tras una rica cena.

—Pues mira, hoy creo que no tengo plan aún, así que, con el tuyo, acabo de cerrar el cupo del

día, quién quiera, que se lo curre para mañana.

—¿Me puedo apuntar también para mañana?

—Veremos, según como te portes hoy.

—Pero, entonces que nadie te pida la cita de mañana.

Me reí, me hacía gracia la forma de decírmelo, además, esa cara tan sensual como me miraba, la verdad es que era un caramelo de hombre.

Llegamos al restaurante y comenzamos a servir los primeros desayunos de los madrugadores que venían a coger sitio en la cala, pero vamos, esos eran fiebre, a las ocho de la mañana ya estaban preparados para pasar un día de playa, uno más de los tantos que pasaban así.

A las once de la mañana apareció Kevin, vestido como cuando estaba en el barrio, por poco me muero al verlo, tuve que aguantar la risa al verlo con esas botas de Básquet, unos pantalones vaqueros cortos y anchos, con una camiseta blanca Adidas.

—¿Te han desheredado? —pregunté, estallando a reír.

—¿No querías encontrar al antiguo Kevin?

—¿Qué has venido en bicicleta? —pregunté riendo al ver que mucho cambio de ropa, pero venía en su flamante coche.

—Estás con la metralleta cargada...

—Qué va, jefe. Usted tranquilo y vístase como quiera, pero no enfade a la bruja.

—No la llames así —murmuró moviendo la cabeza a modo de reprimenda, pero con ese aire de haberle hecho gracia.

—Bueno, voy a seguir trabajando.

—¿Nos vemos esta noche?

—Tengo planes, he quedado con Paco para charlar.

—¿Otra vez?

—Jefe, ¿te tengo que pedir permiso?

—No —dijo con tono enfadado y se marchó hacia el otro lado de la barra a tomar un zumo.

Pues me había acabado de ganar diez puntos, de ir de estiradillo a estar asomando las orejas, pero se iba a cagar, ahora le tocaba a él luchar por mí si quería. Lo mismo solo buscaba un rollito, pero vamos, que se lo iba a poner difícil, aunque reconozco que, a pesar de todo, seguía siendo mi debilidad, aunque también reconozco que Paco, me daba ciertos celos cuando se ponía a hablar sonriente con las clientas y a ellas se les caía la baba con él y no era para menos, estaba bueno a reventar.

Un rato después estaba la bruja contando el dinero, desde luego que asquito le estaba cogiendo, se la veía una persona ambiciosa y sin escrúpulos.

—Niña, hazme un café.

—¿Me lo vas a pagar?

—El restaurante es de mi hijo, no tengo que pagar nada.

—Pues entonces que te lo haga él.

—¡Estás despedida!

—Pues que me lo dé por escrito.

—Te la estás buscando, chusma.

—Esta chusma tiene a tu hijo babeando.

—¡Os calláis ya! —dijo apareciendo Kevin, de la cocina.

—Tienes que echarla de manera inminente —dijo, mirándolo muy enfadada.

—Mamá, ve a ingresar eso y no te metas en mis decisiones.

—Eres un desagradecido —dijo enfadada tirando el dinero en la caja—. Hasta que esta —me miró con desprecio —no se vaya de aquí, no volveré, así que vas y lo ingresas tú.

—Lo haré —le dijo mirándola desafiante.

—Qué pena que haya dado la vida para esto.

—Nadie te lo pidió.

Se fue con una cara que no veas y yo me quedé alucinada por la contestación que él le había dado.

—Solo le tenías que haber puesto un café —me dijo y comprendí que lo había escuchado todo.

—Cuando me trate bien y no como si yo fuera una escoria.

—Da igual —hizo un gesto con sus manos de pasar del tema y se marchó.

Paco me preguntó y le conté lo sucedido, se echó a reír negando.

—No durarás aquí ni dos semanas.

—Pues mira, eso que me llevó —reí.

—Siempre te puedo ayudar a encontrar otra cosa y que te quedes para siempre en la isla.

—Bueno, o que me mantengas tú, todo es viable —me reí y fui a atender.

Comimos en el restaurante y luego nos marchamos para la casa, antes paramos en un supermercado para comprar algunas cosas para la cena que me quería preparar Paco.

Me metí dentro del carro de la compra y ahí fui más feliz mientras iba ordenando a un lado de mí todo lo que iba echando en el carro.

Antes de la compra ya habíamos parado a tomar un helado con lo que llegamos a la casa entre una cosa y otra cerca de las siete de la tarde.

Se duchó y luego me fui yo a la ducha mientras él ya comenzaba a preparar la cena.

Me había comprado un gel de fresa y nata que olía que daban ganas de comerme a mí misma. Me puse un pijama que me había comprado en Women'secret, era monísimos, una camiseta de tirantes suelta con un pantaloncito corto, eran de Snoopy.

Salí y ahí estaba él de lo más mono, con su camiseta negra y sus pantalones de deporte en color blancos.

—Huelo a fresa y nata, estoy a punto de comerme sola ¡Pedazo de olor ese gel que compré!

—Ven aquí que te huelo —me hizo un gesto con la cabeza sonriendo.

Me fui dando saltitos hacia él y levanté mi cuello, metió su nariz y comenzó a aspirar. Dejó el cuchillo sobre la encimera, me agarró por las caderas y se fue a mordisquear mi cuello mientras yo lloraba de la risa, me estaba poniendo toda la piel de gallina.

—Paco, para o comenzamos con los preliminares y a la mierda la cena —bromeé riendo.

—Confórmate hasta después con esto —me agarró la cara con las dos manos y me dio un beso en los labios que me supo a poco, ya podría haber estado ahí un ratito.

—Paco ¿Me has besado en “to” la boca?

—No, solo en tus labios, pero luego sí que te besaré toda tu boca —me hizo un guiño.

—Entonces ¿Es una cena trampa?

—Por supuesto, en toda regla.

—No —me reí negando apoyada en la barra que separaba la cocina del salón —¿Qué hice yo para de repente meterme en tanto líos? —no podía dejar de reír.

—No creo que estés en ningún lío, solo rodeada de muchas moscas cojoneras —me miró con esa sonrisa que me ponía de lo más tonta.

—Y tú ¿eres una de ellas?

—Puede, depende de como tú lo veas.

—Pues si te digo la verdad, de mosca no tienes nada —cogí una uva del racimo que había en la cesta de la fruta.

—No comas ahora nada que luego no llegas a la cena con hambre.

—Es solo una uva, es como lo que has hecho, un simple beso.

—¿Simple? —arqueó la ceja y vi la intención de que me la había buscado.

—Espera —me reí, pero no hubo tiempo.

Me apretó contra él, metió una mano suya en mi cuello y otra en mi cintura, me pegó a su boca que tenía una sonrisa permanente, mordisqueó mi labio y me besó de verdad, digamos que, casi me llega su lengua a la laringe.

Y como besaba...

Si se ganó un montón de puntos con aquella cena picnic, ahora con este beso, se había ganado toneladas de ellos y es que, jamás me habían besado de esa manera.

—¿Algo más que alegar? —preguntó separándose para mover la comida.

—Nada, nada —me metí otra uva en la boca mientras disimulaba mi estado de... ni definirlo podía, pero es que me había entrado una cosilla más buena por todo mi cuerpo, que aquello no era normal.

—Deja de comer uvas...

—Es por si me caía otro beso —dije echándome sobre la encimera a reír.

—¿Quieres otro? —se puso detrás de mi levantándose mientras me abrazaba.

—Déjalo para el postre —estaba ruborizada me imponía mucho Paco en estos momentos y es que, con ese beso, me había causado algo que hacía mucho que no sentía.

—¿Segura?

—Paco por Dios, que me cago toda.

—Viva la finura —murmuró riendo en mi oreja.

—¿Te recuerdo del barrio que vengo? Vamos, demasiado fina he salido —reí.

Se rió mientras mordisqueaba mi cuello y luego sacó la comida mientras yo me puse a preparar la mesa.

Nos sentamos y no sé por qué ya veía a Paco diferente, me tenía con una sonrisa tonta en todo momento y es que debía parecer idiota, pero, ese beso me había removido cosas que hacía mucho tiempo tenía en cierto modo dormidas.

—Dios, que rico te salió este revuelto.

—Te lo hice con mucho amor.

—Bueno, vale, pero me lo podrías decir de otra manera.

—¿Por ejemplo?

—Lo hice con mucho cariño.

—¿Qué diferencia hay? —se echó a reír.

—Amor es una palabra que abarca mucho y, además, me dijiste que me lo hiciste, no que lo hicieras en general para los dos —sonreí apretando los dientes.

—Lo entendiste, entonces —medio sonrió mirándome con esa cara de lo más sensual y bonita.

—Paco, que tú estás muy juguetón y me estás poniendo nerviosa.

—Eso es que enciendo algo en ti.

—Los vapores, eso me estás encendiendo —me abaniqué la cara con la mano mientras él sonreía mirándome.

Cuando terminamos de cenar, mientras recogíamos todo, miré el móvil ya que había escuchado un par de mensajes, uno era de Kevin y otro de Paolo.

Kevin: No hagas nada de lo que te puedas arrepentir.

Para mearse y no echar ni gota, ahora me iba a hablar este en ese tonito. Lo dejé en visto y fui a mirar el de Paolo.

Paolo: Desde que te conocí, no dejo de pensar en ti.

A saber, lo que hacía este pensando en mí, por Dios, otro que se quedaba en visto que yo estaba de cena con mi Paco.

Capítulo 8



Nos sentamos en el sofá y me ayudó a ponerme entre sus piernas. Él estaba sentando de lado con las suyas abiertas y sobre el sofá, yo me senté cruzando las mías.

Me rodeó con sus manos por la cintura mientras me miraba sonriente.

—No me mires así —me tapé la cara.

—Y, ¿cómo quieres que te mire?

—Con una cara menos sensual —me reí y escuché como se reía mientras me quitaba las manos de la cara.

—Eso es como me miras, soy normal.

—No, sabes que tienes algo que te da un toque muy seductor.

—¿Cómo de seductor?

—No te hagas el tonto, me da mucha vergüenza hablar de esto —me eché en su pecho y me rodeó con sus brazos.

—¿Cómo una chica de ese barrio del que eres puede sentir vergüenza?

—Solo contigo —reí.

—Eso, hasta me lo puedo tomar como un halago —me agarró la cara y me besó.

Y de nuevo las mariposas en mi estómago se echaron a volar, causándome un cosquilleo de esos que te hacen sentir que algo especial está sucediendo.

Y no era otra cosa que es que Paco, tenía muchas cosas que lo hacían inigualable y único, como, por ejemplo, cómo tratar a una mujer y a mí es que me trataba como nadie lo había hecho hasta entonces.

Era su forma de tocarme, acariciarme, mirarme, besarme, era todo, me dejaba como inmovilizada con una eterna sonrisa ante esos ojos que podía percibir lo que me quería decir.

Apretaba mis glúteos con esa sonrisa mientras me besaba y yo, estaba en un estado de shock por completo.

¡Qué yo había venido en busca de mi Kevin! Sí, pero mira ahora estaba en los brazos de Paco ¡La que estaba liando!

Estuvimos por lo menos una hora de esa manera tan acaramelada, hasta que me levantó en brazos y me llevó a su cama.

—¿Voy a dormir contigo?

—Y bien pegados —me dio una palmada en el culo.

—Eso que quiere decir, a mí no me asustes.

—Ven —estaba ya en la cama y abrió las sábanas para que me pusiera junto a él.

—Mira que yo soy de barrio, pero decente.

—¿Y quién dijo que fuera a pasar algo indecente? —Se puso frente a mí y me puso la mano

en mi nalga.

—No sé, ya tienes una edad...

—Ahora sí que te lo has buscado —dijo tirándose encima de mí y poniéndose entre mis piernas mientras yo me reía nerviosa.

Noté su miembro perfectamente y con ese roce casi me estremecí, vamos que me estaba poniendo más que... ¡Por Dios! Todo me pasaba a mí.

Me desnudó, pese a mi resistencia por la risa que tenía, esa que me quitó para transformar en placer con su boca, recorriendo todo mi cuerpo y esas manos estimulándome a la vez.

Madre del amor hermoso, aquello era que te regalaran uno de los instantes más emocionantes de tu vida y lo demás son tonterías.

Sensualidad en estado puro, eso era lo que estaba viviendo y me encantaba, me sentía más mujer a su lado sin perder esa juventud que de él me separaba.

Me hizo llegar a un orgasmo que en mi vida había sentido y luego me penetró lentamente, parecía que no me quería hacer daño, pero vamos, que yo estaba en un estado que me lo podía haber hecho de golpe, que iba a disfrutar igual.

Era verlo tan varonil, con esa sonrisa conteniendo ese placer que se le escapaba a modo de gemido por su boca y yo no querer que ese momento se parase.

—Me tienes loco, Jenny —dijo, cuando terminó dándome un beso en la boca y sonriendo.

—Loco de, ¿majara? —apreté los dientes.

—Loco de amor por ti —me hizo un guiño y casi tengo un orgasmo en ese momento.

Joder, ¿cómo me gustaba tanto y no me había dado ni cuenta?

Entró a enjuagarse al baño, yo me puse la braga y ya, me tapé con las sábanas con una sonrisa de niña tonta que no podía con ella.

Salió y sin ponerse la ropa interior, se metió en la cama, se dio cuenta de que tenía la braguita y sin mediar palabra me las quitó.

—Joder, que no puedo dormir sin ellas —me reí.

—Pues a mi lado vas a tener que aprender a hacerlo.

—A ver, Paquito de mi alma, no me dirás que voy a dormir todas las noches contigo —me reí.

—Por mi parte, eso espero.

—¿Y si quedo con...?

—Perderás tu oportunidad de volver a dormir junto a mí.

—Ay Dios, que me estás poniendo entre la espada y la pared.

—Para nada, pero en esta vida, hay que saber decantarse.

—Sabes que llegué a la isla por un objetivo.

—¿Y qué haces aquí desnuda conmigo?

—¡Yo qué sé!

—Pues eres mayorcita para saberlo.

—No me está gustando tu seriedad.

—Tranquila —sonrió, arqueando la ceja y haciendo un gesto de cariño en mi mejilla.

—Pero dime una cosa, Paco, en serio que me está entrando angustias.

—Dime.

—¿Por habernos acostado mi vida ya te pertenece?

—No, ni ahora, ni nunca, pero sí creo que, si quieres seguir estando con alguien, que mínimo que se le respete.

—¿Echar un polvo es estar con alguien?

—En absoluto, pero echar dos ya tampoco es un juego.

—Ay Dios, que no sé si te entiendo o me quiero morir.

—¿Morir por qué?

—Porque me siento entre la espada y la pared.

—Entonces mejor ni pienses en mí, a partir de mañana.

—No te pilló.

—Qué si vas a pensar en otro, no hace falta que entre los dos siga pasando más que una bonita amistad.

—Vamos, que no sueñe con acostarme contigo —dije en tono enfadado.

—¿Para qué?

—No sé, la verdad, me has dejado muy confundida.

—No pensé que te fueras a confundir después de esto.

—Mira, Paco, háblame claro, que no estoy para juegucitos de estos.

—Eres tú la que has comenzado porque yo, claro, soy mucho, si esto es un juego de una noche, nos los hemos pasado genial, pero si piensas seguir jugando, espero que sea con la misma ficha.

—Mira paso, porque creo que el que no te entiendes eres tú.

—Ya, por eso, debo de ser tonto o tú no querer entenderlo porque no te convenga.

Lo peor es que hablaba de lo más relajado, eso es lo que más me jodía, que no tuviera sangre, yo ya estaba en un tono cuatro veces superior al mío y él, seguía con el suyo tan intacto, pero dando donde más dolía.

Cerré los ojos mientras él me abrazaba pegado a mí por detrás y me puse a pensar en eso, la verdad es que entre sus brazos me sentía de lo más bien, pero joder, yo había venido a conseguir volver por narices con Kevin y eso lo tenía entre pecho y espalda, ahí metido, no iba a parar hasta conseguirlo.

Capítulo 9



Me desperté y Paco no estaba en la cama, me dirigí a la cocina y lo vi sentado sobre la encimera con el café en la mano y pensativo.

—Hola, compi de piso —dije, intentando hacer un poco de gracia, pero como siempre, la cagué. Su mirada fue suficiente para no tener que abrir la boca.

Me eché un café y me fui hacia la ventana, hasta el aire me faltaba, la verdad es que, de la noche a la mañana, parecía como si todo hubiera cambiado y ya nada fuera como antes. Lo peor es que echaba de menos esos abrazos que me daba al despertar cuando aparecía y yo estaba limpiando la casa.

A veces escuché, que cuando se tiene una relación de una noche, puede ser el principio de algo bonito y duradero, pero también puede ser el final de una magia que hubo antes de ello, entonces, ¿me lo había cargado o estábamos ante algo que cambiaría nuestras vidas?

Ni volvimos a hablar, salimos en su coche hacia el trabajo y se notaba la tensión que había entre nosotros, él no estuvo cómodo con mis respuestas la noche anterior ni con que lo hubiera llamado compi de piso esta mañana.

Llegamos y al primero que me encontré en la barra fue a Kevin, que, por cierto, ese día iba guapísimo.

—¿Te han echado de la cama? ¿Te levantó la bruja?

—No la llames así —hizo un carraspeo.

—La llamo como me dé la gana, cuando ella me trate como una persona normal, yo haré lo mismo, así que primero ve a educarla a ella, que yo sé hacerlo solita cuando vea los cambios.

—¿Tienes algo de lo que arrepentirte? —preguntó cuando vio que Paco, se alejaba a poner bien la terraza.

—No me arrepiento de nada, me lo pasé pipa y follé como una loca.

—O dejas ahora el piso de él y te vienes a la casa que tengo sin estrenar, o sales despedida hoy.

—¿Me estás diciendo eso en serio? —grité cogiendo un cenicero y estallándolo contra la pared.

—Totalmente en serio, tienes una hora.

—¿Para qué tiene una hora? —preguntó Paco, que al escucharme lanzar el cenicero y gritar se acercó.

—Para que se venga conmigo o sale despedida —murmuró Kevin, encendiéndose un cigarrillo.

—Te voy a decir una cosa, como la saques a ella, me tienes que sacar a mí y sabes que por despido y lo acordado en contrato, me vas a tener que pagar más que si hubiera trabajado los dos

meses.

—No me subestimes —dijo Kevin, levantándose furioso.

—Échala si tienes cojones, échala.

—No te metas en esto, Paco.

—Te voy a decir una cosa, no me toques los cojones que sabes que no te conviene hacerlo.

—¿Así por una mujer?

—Así por un desgraciado como tú —le señaló con el dedo—. No me busques, no lo hagas —lo miraba en tono muy amenazante.

—¿Os queréis callar? —pregunté entre lágrimas.

—Este se va a callar ya, te lo digo yo —dijo muy enfadado Paco y haciéndome un gesto con la cabeza para que me pusiera a trabajar, en ese momento parecía el jefe él.

—Mira, paso —me puse el delantal pequeño de caderas y me fui a atender una mesa que había llegado.

¿Cómo se atrevía Paco a hablarle así? ¿Me estaba defendiendo por encima de su trabajo? ¿A qué venía lo de despedirme? ¿A qué estaba jugando Kevin?

Una hora y media después, me di cuenta de que Kevin no me había atacado de nuevo, y eso que me dio una hora, pero parecía que lo que le había dicho Paco, había sido suficiente como para que no siguiera con su amenaza.

Y cómo no, a las once apareció la bruja, con esa cara mientras contaba el dinero para llevar al banco, la que decía que no vendría más.

—Tú —me señaló e hizo los palillos con sus dedos.

—¿Qué quieres? —le pregunté con mala baba delante de Kevin.

—Prepárame un café con mucha leche.

—Te lo preparas tú con el coño —dije con cara de asco y la cara de Kevin, era para haberle hecho un gif.

—No le hables así a mi madre.

—¡Qué te follen! —le saqué el dedo y seguí hacia adelante para limpiar una mesa.

Paco me miró y ni sonrió, estaba que se lo llevaban los demonios, a mí me daba pena porque él, sin beberlo ni comerlo, se estaba acarreado un problema por mi culpa, pero joder, es que yo no daba una, encima la bruja esa me ponía de mala hostia y el Kevin, ese, bueno, ese para echarle de comer aparte, encima iba de indignado cuando él por mí, no había movido ni un putito de dedo.

Estaba pasando una mañana de lo más angustiada cuando llegó el tercero en discordia, Paolo, el pijo que no se entera de nada.

—Hola, amigo —dije murmurando a ver si lo pillaba.

—Hola, preciosa ¿Qué tal si cenamos esta noche?

—No puedo, verás, el problema es que esta semana cuido a una niña por la tarde y noche.

—¿Le tienes que mentir? —preguntó Paco, al que no me esperaba por detrás.

—¡Qué dices! —lo miré enfadada.

—Qué deberías de dejar los juegos ya —murmuró entre dientes y se marchó enfadado a seguir atendiendo.

—¿Qué le pasa al camarero?

—Paco —solté el aire—, se llama Paco.

—Y es camarero.

—Vale, Paolo, sigue en tu mundo —negué resoplando y me metí en la barra para ponerle la

copa de vino.

—¿Qué te pasa?

—Paolo, no es momento para andar dando explicaciones.

—Bueno, veo tienes un mal día, ¿es el periodo?

—Ya —le puse la copa casi derramándola—. Hoy quiero a todo el mundo callado —dije de modo desesperado.

Ni comí ese día, esperé a que lo hiciera Paco y nos fuimos, encima ni me hablaba ¿Qué cojones les pasaba a todos?

Capítulo 10



Me duché y me fui directa a la habitación donde dormía sola, me metí en la cama, me sentía mal, triste, enfadada con el mundo y sin entender absolutamente nada.

Estuve un buen rato deseando que Paco entrara, pero no, no lo hizo, podía ser el orgullo más grande que todas las cosas o que hasta ya le molestara, me estaba volviendo loca.

A las siete me levanté y fui a la cocina, ni rastro de él por la casa, me sentía tan mal que me eché a llorar.

Llamé a mi padre y me puse a charlar con él un rato, aparentando que estaba bien y que en el trabajo todo iba genial, yo le tenía al tanto de todo, pero con un poco de camuflaje para no cargármelo de un susto.

A las ocho y media llegó Paco y traía unas pizzas, me saludó amablemente pero poco más.

—Las pago yo, dime que te han costado.

—Nada, ya están pagada.

—Pero...

—Jenny, déjalo, he invitado yo.

—Vale —murmuré con tristeza y sin saber que decir, aquella situación me dolía una barbaridad.

Puso las pizzas en la mesa del salón donde estaban los sofás y yo cogí los refrescos, se sentó en el otro sofá, parecía que me estaba evitando.

—Estoy pensando en alquilar una habitación durante un tiempo —murmuré sin mirarlo.

—No te vas a mover de aquí.

—Eso si me da la gana, tenlo claro.

—Lo tengo, no te vas a mover.

—Paco ¿Me estás intentando decir que estaré aquí si te sale de los huevos y contra mi voluntad?

—Sí.

—No me conoces, salto por la ventana.

—No me conoces tú, salto detrás y te vuelvo a subir.

—¿De qué vas? —ahí me tuve que reír, aunque estaba ya que ardía.

—Cena, por favor, no estoy muy de humor.

—No voy a cenar, quiero que me expliques eso, que me digas porque dices que me voy a quedar aquí quiera o no.

—No puedo explicártelo, pero mientras estés en la isla estarás aquí.

—¿Y si me quiero ir mañana?

—Yo seré quién te lleve al aeropuerto y asegurarme que te subes en ese avión.

—Vale, entonces regresar a la península, sí que me dejas. No entiendo nada, o es que lo que tú quieres es que por nada del mundo esté con Kevin, porque te jode un huevo y parte del otro.

—Piensa lo que quieras.

—Joder, pareces otro de ayer a hoy —tiré el trozo de pizza sobre mi plato y sin ganas ni de comer, no entendía nada y me estaba volviendo loca.

—No me compliques las cosas.

—¿¿¿Qué dices??? ¡¡¡Estás loco!!! Joder se te fue la olla.

—Escúchame, nadie va a mirar por ti aquí, más que yo.

—¿Obligándome a que si estoy en Ibiza tengo que estar por cojones en tu casa?

—Sí, así mismo.

—¡A la mierda todo! —Lancé el trozo de pizza con tan buena suerte que di a la ventana que estaba abierta y salió disparada a la calle.

—Para ya, por favor —murmuró muy enfadado.

—Paso de verdad, me iré cuando me dé la gana, ¿me vas a pegar acaso?

—¿Me ves cara de ser capaz de hacerlo?

—Pues por tus palabras...

—Mis palabras las puedes entender como quieras, pero solo tienen un objetivo.

—El objetivo lo tenía yo y era Kevin, pero mira, la que he liado fue menuda, ahora estoy ante un psicópata que me pretende secuestrar en...

—¡Calla! Deja de decir gilipolleces.

—Me voy a la cama, paso de aguantar más nada y mañana ten claro que me voy, así que ve preparando con qué atarme o amordazarme, porque irme, me voy, te doy ventaja —le saqué el dedo y me metí en la habitación que dormía sola.

Cerré la puerta de la habitación de un portazo y me puse a llorar ¿Quién era Paco? ¿El de ayer? ¿El de hoy? ¿El que me hizo sentir la mujer más deseada del mundo? ¡Qué puta locura!

Me estaba quedando dormida cuando entró en la habitación, me hice la que lo estaba, se sentó a un lado de la cama y acarició mi cabeza.

—Sé que estás despierta, siento haberte hablado así.

—No quiero hablar contigo.

—Siéntate, hablemos bien.

—¿Para qué? ¿Para qué mañana me vuelvas a hablar mal y luego bien y así me vuelvas loca? No, no quiero hablar contigo, no tengo ni idea de quién eres y lo que sí sé seguro es que yo estoy como una cabra de las del monte para haber terminado en casa de un extraño, follando y sin pensar las cosas.

—No quiero que nadie te haga daño.

—A mí no tiene cojones ni el nuevo rico ni el pijo a hacerme daño, no soy tan débil como me ves.

—No me entiendes...

—Pues explícate porque te juro que no puedo con todo esto, porque me estoy matando en vida y solo quiero disfrutar de esta puta isla este verano, porque ni me pienso casar con Kevin, así me lo pida de rodillas, ni pienso aguantar al pijo y menos, tener una relación contigo. Vine con un objetivo, conseguiré que me recuerde años como hice yo con él y ya, no me gusta el Kevin en el que se convirtió, eso me valió para no tener ese pellizco que llevaba arrastrando desde el día en que se marchó.

—Eres muy injusta conmigo.

—Yo soy la peor, yo me merezco el mal y yo, yo... Joder, ¡ni que fuera una terrorista!

—Nadie está diciendo eso, Jenny.

—Pues no entiendo nada, me siento en medio de todo como si fuera un saco de boxeo al que todos queréis dirigir.

—Para mí no eres eso —su cara se transformó en tristeza.

—Pues dime ¿Por qué cojones solo quieres que esté aquí?

—Te quiero proteger.

—¿Proteger de qué? ¿Te crees que me da miedo el Kevin ese?

—Sé que no te da miedo, pero... —se hizo un silencio y cuando menos me di cuenta había sujetado mi cara con sus manos y me había besado.

—Vete a la porra —dije llorando y mirándolo con desesperanza, no entendía nada.

—Confía en mí —me agarró las manos.

—Es que no entiendo nada.

—Confía en mí —acarició mi mejilla y se marchó.

Me quedé sin saber ni cómo actuar, ni que hacer, estaba bloqueada y con ganas de coger las maletas e irme de allí, así que intenté quedarme dormida por todos los medios y no pensar más, lo peor, es que echaba de menos a Paco a mi lado...

Capítulo 11



Eran apenas las seis de la mañana y me puse a hacer la maleta, no entendía nada y esto no me estaba gustando ni un pelo.

La saqué al pasillo y me preparé un café, no tardó en aparecer Paco.

—¿Y esa maleta?

—Después de trabajar, si duro toda la mañana en el trabajo, cosa que dudo, me iré, no me preguntes a dónde ni nada, me iré, quieras o no, de lo contrario —junté mis manos —átame, será la única forma que tengas de retenerme.

—No te voy a retener, pero te pido una semana, no más.

—¿Una semana para qué, Paco?

—No me preguntes, te pido de corazón, que me des una semana —su tono triste y desesperado me removía las entrañas.

—No me vuelvas a decir que estoy por cojones aquí, no me lo vuelvas a decir —me abracé a él y estallé a llorar, estaba ese día de lo más sensible.

Lloramos juntos, no sé por qué, pero lloramos y me abrazaba con una fuerza que parecía que nos sobrara la piel, era una sensación tan fuerte, que yo misma me asombraba.

Nos fuimos a trabajar y él no dejaba de hacerlo, pero también de hablar por el móvil ¿Con quién? Ni idea, lo hacía en voz baja y escueto, pero eso me ponía muy nerviosa ¿Por qué? Ni lo sabía...

A las diez llegó Kevin con un aire de chulo, sin mirar a nadie y los morros hacia fuera, ese tío no era feliz ni, aunque volviera a nacer, además, me daba rabia, nada del Kevin que me enamoró con su locura, fuerza y alocada vida.

—Jenny —me llamó desde la barra.

—Dime.

—No estoy en un buen momento, pero en una semana así creo que deberíamos de retomar las conversaciones y quedar para cenar —dijo en tono bajo y se me vino a la cabeza es, ¡qué cojones pasaba que todos necesitaban una semana!

—Ya lo iremos viendo —murmuré sin ganas de pelear, ni de nada.

—Gracias.

—¿Estás bien?

—Bueno, no como quisiera, pero pronto espero estarlo.

—Vale —sonreí con tristeza, le hice un gesto en su brazo y me fui para atender.

Vi que Paco nos había estado observando y le cambió la cara por completo, al final sabía que me iría de la isla como una chota, me estaba quedando loca perdida.

Y cómo no, un rato después llegó la bruja, pero como yo sabía que se podía desatar una

guerra y que no era momento, ni me acerqué a la barra hasta que vi que se marchó, eso sí, no sin antes girarse y echarme desde lejos una mirada de esas que, si fueran cuchillos, ya me habría fulminado.

Paco me dijo que comeríamos en la casa, que compraríamos comida asiática por el camino, le dije que estaba de acuerdo.

Cuando lo llegamos a casa y nos sentamos a comer, sabía que me iba a preguntar qué me había dicho Kevin y no tardó en hacerlo.

—Quiere que hablemos de buen rollo en unos días, que quedemos para cenar, me habló de una semana por ahí, lo mismo que tú ¿Pasa algo que yo deba de saber?

—Nada, tranquila, coincidencias —sonrió cogiendo mi mano por encima de la mesa y besándola.

—Bueno... —era como si no me creyera sus palabras, pero a la vez necesitaba confiar en él.

Comimos charlando sin discutir, sin soltarnos nada y luego me dijo que quería invitarme a tomar algo en la playa.

—Claro, además nos vendrá bien que nos dé un poco el aire.

—Conozco un sitio que te va a encantar.

—Quiero conocerlo —sonreí y entré a cambiarme.

Me morí de la risa cuando salió del garaje con una Vespa, sí, nada de coche.

—Bien que la tenías escondida ¡Yo quiero conducirla! —La miraba emocionada, era nueva, estaba brillante, en color blanca metálica.

—Claro —se levantó del asiento y cogió un casco de debajo del asiento y me lo dio.

Colgué mi bolsa atravesada en el manillar y por dentro, la arranqué y...

—¡¡¡Jenny!!! —escuché a Paco gritar de lejos y me di cuenta de que me había ido sin él.

Di la vuelta muerta de risa y lo recogí.

—Estás como una verdadera cabra.

—Tranquilo, que esto de las motos lo controlo mejor que nadie, verás cómo luego hago el caballito y todo contigo —dije riendo, mientras conducía y él estaba muy pegado a mí con sus manos delante sobre mis piernas, hasta parecíamos una pareja feliz.

—Ni se te ocurra por Dios, a ver si nos vamos a partir la cabeza.

—El casco nos protegerá ¡Agárrate!

—¡¡¡Nooo!!!! —gritó con todas sus fuerzas agarrándose a mí y me eché a reír.

—Es broma, tonto.

Llegamos a una cala que había que liar las de Dios, para acceder a ella entre grandes rocas.

—Joder, preciosa, pero me voy a poner los pies guapos.

—Vamos —me agarraba de la mano y él, iba delante ayudándome.

Cuando llegué abajo me quedé impresionada, una cala que no cabrían más de veinte personas, sobre una terminación en una especie de garganta de rocas. Me quedé sin palabras, encima no había nadie, estaba ahí apartada del mundo sola con Paco, y con ese escenario se me puso la mente más calenturienta que todas las cosas, pero claro, no se lo iba a hacer ver, ni de broma. Tenía yo un cacao de hombres y semana, que no quería tocar ni a Dios...

Buenos, eso sin contar que mientras lo pensaba, ya lo tenía por detrás levantando el vestido y dejándome en bikini, para cogerme de la mano y meternos en esa agua que era completamente lisa y sin olas, una maravilla que jamás hubiera imaginado.

—No me digas que hoy no me gané puntos como con aquella cena del picnic —dijo cogiéndome por las caderas y pegándome a él, mientras acercaba sus labios peligrosamente.

—Ni se te ocurra pensar que voy a follar.

—Ni se me ocurre pensar que lo vamos a hacer —carraspeó como en reprimenda por lo burra que había sido diciéndolo—, pero, ¿con qué podría convencerte para que lo hicieras de nuevo conmigo?

—El día que te sepas una canción entera de Camela, ese día me acuesto contigo.

—Trato hecho —mordisqueó mi labio.

—Pues hala, te recomiendo la de “Corazón indomable” —dije, muerta de risa.

Me separé para ponerme a nadar, cuando de repente escuché.

—“*Su corazón, es indomable y no me quiere y yo me muero por su amor...*” — estaba cantando la canción.

—¿Te la sabes?

—Es de mi época, no de la tuya —rio.

—En mi barrio siguen poniéndola todos los días —le saqué la lengua—, pero no entiendo como de verdad tú, como eres, te la sabes.

—¿Quién no escuchó Camela en mi época? Aunque no lo pusieras, pasabas por los sitios y la escuchabas, ya eran de lo más familiar para todo el mundo, fueron una revolución en la música.

—Bueno, me has sorprendido.

—Entonces... —me jaló hacia él y comenzó a besarme.

—Te lo has merecido, pero no tiene por qué ser ya —reí notando como me apretaba los glúteos contra él, mientras sonreía y me mordisqueaba el labio.

Creo que, estaba enganchada por ese hombre hasta la medula, porque lo deseaba y me encantaba el juego que se traía con sus manos en mi cuerpo y me hacían erizar.

Terminamos en la arena dándonos el revolcón del siglo, y no una vez, sino dos, con dos cojones, que Paco era mucho Paco.

Nos fuimos de aquella cala al atardecer, habíamos estado tan a gusto, que se nos pasaron las horas volando, eso sí, la moto de vuelta la llevó él, porque decía que no estaba para más sobresaltos.

Paramos en una hamburguesería antes de subir al piso y cenamos allí, estábamos tan bien, que parecía que nada había pasado el día anterior, la verdad es que no entendí nada y más, sabiendo como era Paco conmigo. Joder, que Paco no tenía pinta de mala persona.

Al llegar a la casa me dirigió al baño sin decir media palabra, entre besos, desnudándome y con esa sensualidad que era mi debilidad.

Así pasamos los cuatro siguientes días, trabajando, comiendo por ahí, de playa y desviviéndonos en algo tan bonito que se notaba que estaba surgiendo entre nosotros.

Pero esta mañana era diferente, noté un escalofrío por el cuerpo sin saber que era una señal de la vida y que algo inesperado iba a pasar. Y pasó...

No eran ni las once de la mañana, cuando ya estaba la bruja contando el dinero y de repente como en las películas de acción, aparecieron un montón de agentes por todos lados y a mí me gritaron que me echara hacia un lado, pero no de mal, ellos tenían claro a por quiénes iban, hasta la bruja cayó con su hijo Kevin y con Paco también. Se los estaban llevando detenidos por tráfico de drogas.

Pensé que me iba a desmayar, una chica que me conocía de trabajar allí se vino hacia mí, para intentar consolar mi llanto de rabia, dolor, decepción y tristeza.

Me fui a casa de Paco, después de hablar con un agente y me dijo que, sin problema, que sabían que yo no tenía nada que ver, que fuera tranquila a ese piso, que ni lo tenían en el ojo

porque sabía que allí no pasaba nada y cogiera lo que quisiera.

Conseguí un vuelo para esa misma noche. Hice las maletas llorando y escuchando las noticias que hablaban del tiempo que llevaban tras ellos, desde que Kevin, después de salir impune de una operación que salió ileso en la península, se había trasladado a la isla para seguir con la organización y aparentar que había venido tras ganar un premio de lotería ¡Era todo mentira lo que me dijo cuando me dejó!

Madre mía, y yo estos años pensando en un narco. Y bueno lo de Paco, ahora entendía que le echara cojones y eso, era otro más en esa organización que ahora habían desarticulado.

Cogí ese vuelo llorando, con el corazón partido y con un dolor muy grande, pues yo ya me había ilusionado con Paco, ahora sabía por qué no quería que me moviera de su lado, no se fiaba de Kevin, sabía qué clase de persona era, al igual que él.

Capítulo 12



Dos meses después...

—Jenny tía, deberíamos de salir esta noche —dijo mi amiga Susi, mientras tomábamos una lata de refrescos sentadas en la plazoleta de nuestra barriada.

—Yo no tengo ganas de salir aún, te juro que no he superado nada.

—Pero a ver, te diste cuenta de que Kevin no era quién pensabas y encima no te hacía mucho tilín después de haberlo visto, luego te volviste loca por Paco, ese que al final era otro narco y que follaría muy bien, pero que, al fin y al cabo, son peores que los de nuestro barrio, así que ahora que se coman esos años de cárcel y a ver si salen ya hechos unos hombres.

—Si no lo son ya a esta edad, poco van a cambiar, fijo que allí preparan otra de las tuyas para cuando salgan.

—Bueno, las que vamos a salir somos nosotras esta noche.

—Que no, de verdad, no tengo ánimos ni de quitarme la ropa deportiva.

—Tía, que sí, nos ponemos unos trapitos y ya arrasamos en la disco, somos las estrellas.

—Las estrelladas, mejor dicho —resoplé negando.

—¡Qué dices! Mira, al menos quedamos dos solteras y eso que no nos podíamos ni ver, pero has vuelto de allí tan suave que hasta te he cogido cariño, así que las estrellas están con nosotras —me dio un beso en la mejilla, apretándome con todas sus fuerzas.

—Me vas a hacer un boquete —resoplé riendo.

—Perdona ¿Nos puedes dejar a solas? —yo en ese momento estaba mirando hacia abajo, pero no me hizo falta levantar la cabeza para saber que era la voz de Paco ¡Paco!

En el momento que levanté la cabeza me veo lo siguiente, a Paco con los brazos cruzados y serio, con un aspecto buenísimo, vestido con unos vaqueros ceñidos que le quedaban de muerte, unas deportivas chulísimas y una camisa remangada hasta los codos en color rosa. No se podía estar más guapo, pero claro, era un narco, debía estar en la cárcel y estaba ante mí, en definitiva, estaba prófugo.

Pero detrás de él, estaba pasando una pareja de policías de barrio, lo primero que se me ocurrió fue...

—¡¡¡Un prófugo!!! —casi me parto la garganta.

—¿¿¿Qué dices??? —gritó Susi, separándose de Paco y haciéndome un gesto de que fuera.

Los dos policías desenfundaron hasta el arma y lo apuntaron, él levantó las manos y le pidieron que sacara su cartera lentamente y la echara hacia ellos.

Lo hizo a la vez que les avisaba que estaban cometiendo un error.

Uno de los polis pidió información de su DNI por radio, la plazoleta se estaba poniendo abarrotada y aquello parecía una feria, vamos como para que Paco intentara huir, ni a la esquina

llegaría.

—No aparece nada, está limpio —se escuchó tras la radio y los dos polis se guardaron las armas para darles el DNI.

—No puede ser, hace dos meses lo detuvieron por... —En ese momento Paco, les enseñó algo que llevaba en la cartera y los dos polis se pusieron firmes para saludarlo como si de no sé quién se tratara.

—¿Qué hacéis firmes? Es un narcotraficante con cara de ángel y cuerpo de demonio —dije causando una carcajada en Susi, que estaba flipando en colores.

—No, no es ningún narcotraficante —dijo uno de los policías defendiéndolo.

—Y ahora, ¿podemos hablar? —me preguntó.

—Si me enseñas eso que le has enseñado a ellos.

—Claro, cuando nos sentemos a tomar algo.

—Antes de comenzar a hablar — le señalé con el dedo y me despedí de Susi y de la feria que se había montado por mi culpa.

Me monté en un flamante Mercedes nuevo en color metalizado.

—¿Lo has robado?

—No —se rio negando.

—¿Eres narcotraficante?

—No —cogió su cartera, la abrió y la puso en mis manos con su identificación de Policía.

—¿Eres poli?

—Soy de lo que tú conocerás como la “estupa” ...

—¿De la secreta? ¡No jodas!

—Sí, además de la que se mueve, no soy de Ibiza, soy de Toledo, mi cara nunca trasciende en los medios y voy rotando por diferentes islas o ciudades de la península, para infiltrarme en bandas organizadas o simplemente estar en la investigación.

—Paco, ¿Cómo me vas a perdonar?

—Vente conmigo, comienzo en una nueva operación en Cádiz, tengo un chalé para mí durante el tiempo que dure.

—¿A Cádiz? ¿A comer pescado frito y a ver la tumba de Camarón y la de la más grande?

—Por ejemplo —sonrió.

—Yo me voy, te juro que me puso toda cachonda que seas “estupa” — me eché a reír.

—¿Te venderías?

—Claro, le dejo las dos casas que limpio a Susi, que ya me sustituyó varias veces, pero eso sí, que no tengo más que doscientos euros ahorrados.

—Te sobrarán ciento noventa y nueve —giró el coche y regresó de nuevo para la plazoleta, ni tomar nada, vamos ya estaba todo hablado.

—¿Y esto?

—Tienes diez minutos para bajar con la suficiente ropa para unos meses.

—Mi padre va a llorar de la emoción, más que nada porque se echó novia y sé que está loco porque me vaya y los deje en paz —le di un beso por la ventanilla de su parte.

Dicho y hecho, hasta cien euros que me regalaron como el que te dan para que tengas la vida solucionada, pero bueno, que yo los cogí, nunca se sabía si me podía hacer falta.

Paco vino hacia mí, cuando me vio aparecer para ayudarme con los dos maletones que llevaba, además de una mochila de montaña. La verdad es que había cogido toda la ropa y objetos personales, que a uno así no lo pensaba dejar escapar ya de por vida.

Capítulo 13



El camino estuvo marcado por todo un interrogatorio que yo le había hecho acerca de lo sucedido y de todo lo que me quedó en el aire, la verdad es que ahora comprendía todo y el dinero que iba la madre a buscar, era una estrategia y por eso le ardía también verme por allí y que complicara las cosas.

Y la muy hija de la gran p... me decía a mí que era chusma ¡Jodida bruja! Encima de delincuente, chula.

Llegamos a un pueblo de la costa de Cádiz, a una urbanización frente al mar, vamos, aquello eran chalés de lujos donde una parte del jardín cogía parte de la arena de la playa, jamás había visto algo igual.

Yo estaba alucinando, tenía alquilada una mansión con piscina y bar privado en el jardín, además de una casa que, más que espectacular era como salida de las pelis americanas de los ricachones.

—Esto sí que parece de un narco de verdad y no el pisito que tenías en Ibiza —murmuré riendo, notando como me abrazaba por detrás y se pegaba peligrosamente.

—Pues disfruta.

—Ahora que se va el verano —me reí.

—Aquí se puede aprovechar septiembre y casi octubre —subió su mano hasta mi pecho y lo acarició.

—Pronto comenzamos con los preliminares —sonreí con la sensación de que comenzaba a excitarme.

—Es hora de que recuperemos el tiempo perdido, te preparo un café y te lo tomas ahí relajada, mientras preparo una cosa.

—Aún no me has terminado de enseñar la casa y ni hemos colocado las cosas.

—Relajada —me ordenó y señaló la mesa del jardín para que fuera a sentarme.

Me encendí un cigarrillo y me reí mientras negaba, estaba de lo más sexy el jodido y me encantaba verlo así vestido, desenfadado y con ese aire de clase que él tenía.

Apareció con el café y me quitó el cigarro de la mano a modo de riña, pero se lo arrebaté de nuevo mientras él, me miraba desafiantemente sensual.

—Ahora vengo.

—No se me pierda usted, señor agente.

Joder que culo y que bueno estaba, pero, ¿qué iba a preparar?

Apareció quince minutos después y me hizo levantar, la gracia fue que me echó la mano por el hombro y me metió hacia dentro apretándome contra él y comiéndome a besos.

—Imagino que ahora me vas a enseñar el resto de la casa —murmuré agarrándole la nalga

con fuerzas ¡Qué ganas tenía!

—¿Está dura?

—Sí, sí, está perfecta —me eché a reír en su hombro.

—Y ahora —se puso ante una puerta grande de madera tallada que parecía que parecía que ibas a entrar a una iglesia, mezquita o algo y... —Toca que pases una experiencia de lo más relajante.

—¿¿¿!!!Un spa!!!??? —grité alucinando, viendo esos jacuzzis que tenían unos naranjas y otros limones, además de esos chorros, una camilla de esas de masajes y una vitrina entera de geles y aceites para el cuerpo —¡Me muero! —dije poniéndome las manos en la boca.

—Eso es —se adelantó y descorchó una botella de Cava que estaba sobre una cubitera a un lado de la camilla de masajes, sirvió dos copas mientras yo lo miraba alucinando en colores y observaba a la vez la maravilla de aquel lugar que parecía que estaba en otro sitio, además todo de roca y con una calidez de luz que hacía que la armonía fuera perfecta y no hablemos de los olores... —Por nosotros —chocó su copa con la mía.

—No me lo puedo creer, te lo juro, estoy alucinando.

—¿Y qué tal si comenzamos con meternos en la de las naranjas?

—Sí, por Dios, pero no cogí el bikini, déjame ir un momento.

—La ropa aquí sobra —se pegó tras de mí y lo escuché respirar en mi oído.

Solté el aire lentamente, me había entrado un escalofrío muy sensual por el cuerpo al tenerlo de aquella manera a mi lado, bueno a la espalda y de esa forma tan erótica.

Metió sus manos a cada lado de los tirantes de mi vestido y los fue deslizado por mis brazos, hasta presionar por las caderas para poderlo dejar caer en el suelo.

Di un sorbo a la copa de vino y noté sus dedos en mi espalda quitándome el sujetador que fue bajando por mis hombros hasta deslizar sus manos por mis pechos y dejarlo caer también hasta el suelo.

La siguiente jugada fue con mi braguita que terminó en aquel montón de ropa que había formado en un momento, menos mal que aún era verano, de lo contrario, habría que saltarlo.

—No te muevas —murmuró en mi oído y besó mi hombro.

Lo escuché y lo vi de reojo ir hacia la vitrina donde se detuvo a coger un botecito de cristal de esos de aceite. Miré hacia el otro lado para que no viera al girarse que lo había visto.

—¿Bien? —preguntó poniendo sus manos bañadas en aceite sobre mi cuello y comenzando a masajearlo.

—Claro —murmuré casi estremecida por esa humedad que iba notando en mis partes y ese subidón que me había entrado.

Sus dedos se fueron resbalando por mi espalda, esa que masajeaba de lo más sensual y excitante, yo ya quería que fuera al grano, me había puesto del uno al mil en menos de un minuto.

Noté como se giraba hacia la camilla a coger más aceite, ese que con sus dedos fue directo a mi entrepierna, las abrí ligeramente para dejarle más soltura de movimiento, ese día estaba yo que lo daba todo y no iba a ser menos en ese momento que, no quería reconocerlo, pero había deseado durante todo este tiempo.

Lo sentí sonreír cuando abrí deliberadamente mis piernas, estaba segura de que aquel movimiento le había gustado y no lo esperaba.

Llevó su mano hacia delante, agarró mis labios entre sus dedos y los apretó, produciéndome un roce que me hizo soltar más aún el aire, estaba que me subía por las paredes e iba a explotar.

—Vamos hacia dentro —murmuró en mi oído sacando la mano de mis partes y dándome una palmada en el culo.

—¿Me vas a dejar así? —pregunté boquiabierta, dando un trago a la copa y bebiéndomela de golpe mientras veía cómo se desnudaba y dejaba ese pecho moreno y brillante al descubierto.

Joder, me estaba entrando una, que me iba a tocar yo sola, vamos, que o me hacía él un favor o me lo hacía a mí misma.

—Vamos —sonrió cogiendo mi mano y tirando hacia dentro.

—¿Qué hice yo para merecer esto? —puse cara de tristeza y entré como a desganadas, en plan de broma, obvio, mientras él tiraba de mi mano y yo avanzabas quejándome —Por cierto, con todo el aceite que me has echado debería de resbalarme todo y no, no me resbala, estoy que, si pasa el feo del barrio, me lo tiro.

—Eres muy impaciente —se sentó dentro del jacuzzi sin soltar mi mano, me sentó encima de él, de lado.

—Tócame, por tu vida, tócame —agarré su barbilla con mi mano y lo besé mientras me reía.

—¿Qué quieres que te toque? —murmuró con esa sensualidad y tono bajo que me hacía ponerme más atacada aún.

—Paco —lleve mi mano a mi clítoris y me la quitó mientras medio sonreía y arqueaba la ceja.

—Jenny... ni se te ocurra —me hizo un guiño.

—No, joder, no, que estoy más caliente que los palos del churrero, lo que has hecho ahí fuera fue lo más sensual que me hicieron en mi vida —puse los ojos en blanco a modo de resignación.

—Pues hoy te espera mucha sensualidad —mordisqueó mi oreja, mientras me rodeaba por mis caderas y dejaba sus manos apoyadas en mis piernas.

—Mira, Paco —me levanté y me fui a uno de los chorros del suelo y me puse encima—, tú no me tocas, tampoco deja que me toque, pues listo, masaje acuático —me eché a reír, pero joder, que eso también tenía su punto, vamos que si lo tenía...

—Ven —esa jodida medio sonrisa y esa forma de mirar, me ponían peor aún—. Te cuento hasta tres... Uno...

—Joder, Paco —fui cagando leches, capaz era de tenerme sin sexo hasta el día siguiente y ya es cuando me iban a tener que atar porque me iba a rozar con todo lo que pudiera—, que manera tienes de hacer conmigo lo que te da la gana, desde luego que te pega el papel de poli, aunque ahora después del calentón que tengo, hasta te prefería gamberrillo como los narcos —dije sentándome encima de él de nuevo.

—Pues nada, cuando detenga a uno, te lo traigo para que lo disfrutes un rato antes de llevarlo a donde tiene que estar.

—No, no, lo llevas, lo metes en la celda y yo voy, allí me dará más morbo.

—¡Tonta! —me dio una palmada en la cadera mientras reía.

—Paco ¿Tú me lo estás haciendo pasar mal a posta?

—Claro, te debo una.

—¿Cuál?

—Cuando te busqué, no se te ocurrió otra cosa que llamar a la policía que pasaba por allí. Si de verdad sintieras algo por mí, aunque hubiese sido un prófugo, me habrías protegido —la cara le cambió por completo, era como si lo dijese con dolor.

—Joder, se suponía que eras un narcotraficante, casi nada, que de Kevin hasta cierto punto me lo puedo esperar, pero de ti ni de coña.

—Bueno... Yo a ti jamás te hubiese delatado.

—Gracias, cariño, por eso y por quitarme el calentón y no es ironía.

—¿Estás enfadada?

—Bueno, digamos que no me hizo gracia que me dijeras eso a modo de reproche y a eso hay que añadirle que me digas que me estabas dejando así a modo de castigo. Por cierto, que cuando me quiera tocar el moño yo, lo hago.

—No serás capaz.

—¿No? No me conoces entonces.

—No me hagas enfadar —murmuró, apretándose contra él y mordisqueando mi hombro.

—Déjame, estoy enfadada contigo —intenté separarme.

—Me encanta cuando te enfadas —hizo un carraspeo.

—Paco, hijo de mi vida, de verdad, no me toques la moral que habíamos empezado muy bien.

—Tenía todo esto preparado con mucho cariño y me dolió ver tu reacción, ni siquiera me diste la oportunidad de explicarte, cuando ya estabas chillando...

—¡Vete a la mierda! —Salí del jacuzzi, cogí mi ropa y me fui de ese *spa* de mierda, al que al final iba a odiar con lo chulo que era.

Capítulo 14



Llegué al jardín y me eché un chupito a palo seco de *whisky*, o me emborrachaba o comenzaba a repartir hostias, que no iba a tener cojones el Paquito de frenarme.

—Regresa de donde te has ido —dijo medio sonriendo, pero enfadado, apareciendo por allí.

—Me voy a echar un cubata, ¿quieres uno?

—Quiero que regreses allí.

—No voy a ir, cuando se te pase el enfado ese asqueroso que llevas, entonces iré.

—Tengo derecho a estar molesto —se metió detrás de la barra y se puso a prepararlos él.

—Y yo tengo derecho a hacer lo que me dé la gana ante esa actitud.

—No me hables en ese tonito.

—¿Ah no? ¿Y qué harás? ¿Ponerme cachonda otra vez?

—Lo puedo hacer mucho peor.

—Procura que no sea yo la que lo haga porque de lo contrario, te vas a cagar.

—Debo de reconocer que me encanta cuando sacas ese carácter tan rebelde —me hizo un guiño y puso la copa delante de mí.

—Paco, no me toques las palmas que me conozco, así que, calla, déjame en paz un ratito y tengamos la fiesta en paz.

—Ven —agarró mi mano y me solté de tal forma que le di en todo el costado.

—Esto es violencia —arqueó la ceja.

—Claro que sí, pero nada comparado con el palo que te vas a llevar en la cabeza como no cambies tu actitud.

—Eso intento, pero no te calmas.

En ese momento le sonó el teléfono y se apartó, la cara se le cambió por completo, algo le estaban diciendo que no le estaba gustando.

—Escúchame —vino hacia mí y me agarró la cara con las dos manos—. Tengo que salir, no te muevas de aquí, por favor te lo pido, ahí tienes comida, bebida y por nada del mundo salgas —me dio un beso en los labios y vi cómo iba hacia dentro.

Salió cambiado de ropa y metiéndose un arma detrás del pantalón.

—Paco...

—La tengo que llevar siempre, no te preocupes —me dio otro beso y se marchó.

Salió con el coche y las puertas se volvieron a cerrar, me quedé con una sensación de rara que no podía con ella.

Me bebí su cubata de golpe y me llevé el mío al *spa*, ahora sí que necesitaba relax.

Joder estaba todo apagado, pero fue traspasar la puerta y todo se encendió, aquello era una pasada.

Me asomé a la vitrina de los aceites y geles y abrí unas puertas laterales, ya sé que la curiosidad mató al gato, pero a mí no me iba a matar.

Joder, ¿qué cojones era todo eso? Vamos, por lo que veía, estaba claro que todo eso eran juguetes eróticos y a lo brutal, pero... ¿De dónde los había sacado, y para qué los tenía ahí? A ver, que la casa era alquilada, hasta ahí bien, pero no me cuadraba que la alquilaran con todo eso y, por otro lado, menos me cuadra que Paco fuera de usar eso y si fuera así... ¿Los tendría en Ibiza y los había mandado? ¿Los habría usado con otra? ¿Los pensaba usar conmigo?

La vista se me fue para el famoso *Satisfayer*, vamos, clarito en la caja lo ponía y, por cierto, estaba sin abrir, al menos eso parecía.

Lo abrí intentando no estropear ni lo más mínimo de la caja, venía con las pilas que le puse directamente, yo tenía que saber cómo iba aquello, vamos lo tenía claro.

Me senté sobre la camilla con las piernas cruzadas y por encima de mi braga lo comencé a meter hasta ponerlo en mi clítoris, ya iba a la máxima potencia, aquí o se probaba a lo grande o...

¡Joder! Tuve que dejar caer un brazo hacia atrás y comencé a gemir como una loca ¡Eso era la caña de España y parte del universo!

Me comencé a excitar tanto y tan diferente, que pensé que me iba a morir de placer.

Llegué al clímax de una manera tan intensa, que caí hacia atrás sin fuerzas, casi ruedo para el lado y termino abriéndome la cabeza.

Tuve que esperar un rato a que se me pasara el tembleque de las piernas, luego lavé el aparatito jurando que volvería a por él y lo metí en su caja, asegurándome que hasta las pilas estaban bien puestas fuera, eso sí, el envoltorio de las pilas lo tiré, esperaba que no se diera cuenta de ese detalle en caso de cogerlo algún día.

Me metí en el jacuzzi de los limones un rato, ¡qué bien olía! y que a gusto con toda esa agua brava que salía por todos lados, esto era la gloria y encima con mi cubata, ¿podía estar mejor?

Pues sí, podría estarlo, no me había esperado para nada esa aparición de Paco y menos sus reproches por mi reacción, pero es que todo de nuevo y tal como pasó en Ibiza, volvía a ser muy rápido, era como si de repente estuvieras amoldándote a algo cuando empieza a sucederse unas cosas tras otras en el mínimo tiempo.

Y ahora me encontraba con que Paco era de la secreta, infiltrado unas veces y otras, en operaciones para dar un gran golpe al narco, y encima lo tenía cabreado ¡Vaya por Dios!

Estuve un rato en el jacuzzi, pero no me atrevía a hacer ese circuito sin él, además una estaba congelada, otra caliente, otra no sé qué... Total, que con el bañito relajante en la de limón después de ese orgasmo que me llegó al alma, ya me sentía de lo más relajada.

Me fui a la cocina y metí en el horno una de las pizzas que había en el frigo, me la comí fuera, en el jardín, esperando a que regresara Paco.

Tenía una sensación tan extraña que no podía ni llegar a sentirme bien pese al relax, era como una corazonada de que no estaba en el lugar correcto, así mismo, como si de repente algo fuera a pasar y todo se pusiera patas arriba de nuevo.

De todas maneras, ahora mismo tenía una guerra en abierto con Paco, era evidente que no me iba a perdonar así porque así el que le hubiera delatado ante los policías, pero lo peor de todo, es que él debería de agradecer que, con personas como yo, ellos tenían el trabajo más fácil ¿Desde cuándo es sabido que, a la poli, le gusta más un chivatazo que a los españoles el jamón?

Sentía que Paco, era lo que yo necesitaba en mi vida, ese aire fresco, pero es que reconozco que él, tenía un carácter un poco controlador, receloso y rencoroso y yo, bueno yo era como era,

impulsiva, cabezona y contestona, como la mayoría del barrio, no me achantaba con nada.

No tuve noticias de él en toda la tarde, se cayó la noche encima e igual, así que me acosté y no quise ponerle ningún mensaje, si estaba en una operación encubierta no sería yo quién lo molestara.

Capítulo 15



Un ruido me despertó aquella mañana, que ni yo sabía dónde estaba, era como el de una cafetera...

Rápidamente me levanté y fui a la cocina donde me encontré a Paco, con el café en mano, apoyado sobre la encimera y pensativo, hasta que se percató de mi presencia, me miró y sonrió.

—No quise despertarte —sonrió.

—Tranquilo ¿Todo bien?

—Sí, todo bien —alargó su mano y me abrazó contra él, dándome un beso en el cuello.

—Paco, quiero hablar contigo.

—Claro ¿Te preparo un café?

—Yo, yo me lo preparo —dije metiendo una capsula en la cafetera y sintiendo esa necesidad de hablar y dejarle claro que no tenía ganas de guerra.

—¿Qué tal ayer?

—Bueno, me di un bañito en tu jacuzzi del *spa* —hice un carraspeo.

—¿Y?

—Bien, bien —evite contarle lo que había sucedido allí.

Salimos al jardín y nos sentamos, él me cogió de la mano y me miró con los ojos brillosos.

—Perdona lo de ayer —agarró mi mano con su otra mano también y la apretó a modo de cariño.

—Tranquilo, me desahugué con *el Satisfayer* de la vitrina —¡Mierda! Había pensado en alto.

—¿En serio? —se le escapó una bonita sonrisa.

—Bueno, a lo que íbamos ¿Otro café? —me lo bebí de golpe y me fui a levantar.

—Para —me agarró y me volvió a sentar—. Escúchame —sonreía—, yo voy por otro café, pero tú te quedas aquí y prométeme que me vas a escuchar.

—Palabrita de la niña del barrio —me llevé los dedos a la boca.

—Está bien, confío en ti —se levantó y fue a la cocina.

Apareció poco después con dos cafés y unas tostadas.

—Ah que bien, me vas a dar de comer y todo —dije riendo con ironía.

—Siempre, no lo dudes —acarició mi mano—. Lo que te decía, siento lo de ayer, estoy un poco colapsado con lo que pasó, con la nueva operación y cambio otra vez de lugar, no lo he pasado bien, lo reconozco y te he echado mucho de menos.

—¿Qué me quieres decir?

—Necesito que hagas tu vida a mi lado normal como si de una pareja asentada se tratara. Saldremos a comer, a comprar a pasear y tenemos que pasar inadvertidos.

—¿Inadvertidos y quieres hacer todas esas cosas?

—Sí, como una pareja normal que viven juntos y tienen una vida de lo más cotidiana.

—¿Pero?

—Pero te amo y es lo que cuenta, los dos sabemos que entre nosotros hay algo que va más allá de los deseos.

—Bueno, desde que descubrí el aparatito ese, hasta que puedo yo sola ser feliz conmigo misma.

—Eso, junto con lo que yo puedo aportar, te sentirás la mujer más deseada del mundo —se acercó y mordisqueó mis labios.

—Te juro que me saturo, a veces me cuentas y otras no, me quedo a medias en todo.

—Empecemos por acabar lo que dejamos en el *spa*.

—Te recuerdo que lo acabé solita.

—Déjame demostrarte que no es lo mismo.

—Sé cómo lo haces —me reí negando.

—No, te garantizo que no.

—¿Me vas a dejar desayunar y digerir todo?

—Por supuesto, además, necesito una ducha.

—Y yo tres mil euros y los billetes para el Caribe.

—Quizás un día te lleve.

—Anda, tira, ve a ducharte que me tienes contenta —resoplé.

—Dame un beso —se volvió a acercarse.

—No, dámelo tú, que te lo tienes que currar.

—¿Me lo vas a poner difícil?

—Te lo voy a poner durísimo.

—Eso llevas tiempo haciéndolo —murmuró sonriendo y besándome.

Se fue y me dejó con esa tonta sonrisa de oreja a oreja, que solo alguien como él podía conseguir.

Me terminé el café y me quedé pensativa hasta que regresó con una toalla por la cintura y ese cuerpo escultural que hacía volar mi imaginación más de la cuenta.

Le entró una llamada y se fue a un lado del jardín a hablar, bueno a escuchar, solo veía de lejos como escuchaba y no decía ni media, hasta que colgó y entendí que dijo un, *ok*.

—No me vas a contar sobre esa llamada ¿Verdad?

—Sabes que no puedo —volvió a besarme y sentarse al lado.

—¿Por qué no te has vestido?

—Nos vamos de *spa* —me hizo un guiño.

—No sé, no estoy yo muy de humor —medio mentí.

—Prometo sacarte ese humor del que ahora mismo careces.

—El *Satisfayer* también podría solo.

—Me estás retando mucho.

—Nada, estoy baja de moral y tienes suerte de ello.

—Escúchame —se agachó y se puso en cuclillas cogiendo mis manos, ahí que me lo imaginé con sus huevos colgando bajo la toalla y obvié el reírme —. Sé que no es fácil todo esto, que te has encontrado de repente en un mundo desconocido para ti y ahora todo te hace dudar, pensar y hasta sentirte extraña en una casa que desconoces.

—Bueno la casa no está nada mal, a esto se adapta cualquiera rápido.

—¿Y a mí?

—Eso es lo difícil, tengo un tira y afloja monumental en mi cabeza.

—Esa a la que no dejas de darle vueltas.

—Compréndeme...

—Siempre, pero debes dejarme demostrarte que lo que siento por ti es de verdad.

—¿Y por qué alguien como tú se fijaría en una chica de barrio que es mal hablada y que no tiene nada que ver con lo que te has criado y eres?

—Y, ¿por qué no?

—Eso no sonó convincente —me levanté y fui a sentarme al borde de la piscina, me sentía triste y agobiada.

No tardo en venir junto a mí, pero él se quitó la toalla y tal cual Dios lo trajo al mundo, se metió y se puso entre mis piernas apoyado.

—Te amo, Jenny, te amo como no te imaginas que te pudiese amar nadie, me da igual de dónde vengas, lo que hayas estudiado, eso no es razón para no poderte amar con todas mis fuerzas.

—Y, ¿por qué yo?

—Y, ¿por qué otra?

—Me respondes con otra pregunta, eso no vale, no dejas tu papel de poli ahí fuera.

—No seas así, anda, métete conmigo.

—Estoy con el pijama.

—Pues quítatelo.

—No quiero.

Ni tiempo a más me dio, cuando me agarró por las caderas y me metió dentro.

—Joder, me has puesto guapa —dije, despegándome la camiseta y quitándola, ya que se había quedado en mi cuerpo como si estuviera envasada al vacío.

—Yo te ayudo —me bajó el pantalón y me quedé en braga, bueno no, fue lo siguiente que me quitó y me pegó a él.

—Paco, no quiero pasarlo mal, confío en ti porque no me queda otra y porque es lo que he decidido, pero no quiero que ni tú, ni yo, estemos en riesgo.

—Jamás haría que lo estuvieras por eso te he dicho lo que vamos a hacer.

—Fingir...

—Naturalidad.

—¿Y con eso ya vale?

—Sí, cuando vea alguna aguja mareada te daré otras opciones —me besó.

—Explícame eso de las “agujas mareadas” y las opciones, ya me veo de vuelta al barrio.

—Jamás, te quiero a mi lado para siempre.

—Paco...

—Dime.

—No digas cosas que no estés seguro de ellas.

—Lo estoy, créeme que lo estoy.

Zanjó la conversación con un beso de esos que te deja sin habla, sin sentido y yo me dejé llevar, en el fondo quería creer que podía confiar en él y que todo iba a estar bien entre nosotros.

Metió las manos entre mis piernas y juro que fue una acción reacción inmediata, sentí como si mi zona lo estuviera esperando de forma desesperada, me salió un jadeo que no tuve manera de contener, ni quería.

Y de qué manera me tocó, mientras me besaba sonriente viendo como mi respiración

cambiaba y soltaba el aire constantemente hasta llevarme al clímax.

Luego me agarró y me alzó en sus caderas mientras me penetraba y movía con sus manos a ritmo de sus caderas, él sabía que yo estaba tomando la píldora y por eso ni se preocupó de más nada que hacerme vibrar y lo consiguió, me dejó temblando...

Capítulo 16



Salimos de la piscina después de una hora y hacer doblete.

Nos cambiamos y fuimos a comer a un restaurante de la playa, la verdad es que el lugar parecía de super pijos, porque aquello estaba impoluto todo, además con una terraza sobre la arena frente al mar, que era una maravilla, hasta me retiraron la silla para sentarme.

Pidió una botella de vino blanco para acompañar el pescado que había pedido a la sal.

—Este lugar es muy exclusivo de esos —murmuré, metiéndome un cacho de pan en la boca y mirando a todos los “pijos reunidos, jamás serán vencidos”, como el lema, pero tuneado en mi barrio.

—Bueno, esta zona y donde nos alojamos, digamos que es la *crème de la crème*.

—La *crème* de los gilipollas —me eché a reír sobre mi brazo y vi como el negaba sonriendo y sin dejar de mirarme.

—¿Qué tienes en contra de las personas que les gusta la elegancia y la exquisitez?

—¿Me estás vacilando? —me eché a reír y él también.

—Tienes cada cosa...

—Paco, pero una cosa, no es por nada, ¿eh? —Levanté un poco las manos.

—Dime, dime —su rostro era desafiante con esa media sonrisa que me volvía loca y que, además, sabía jugar con sus gestos perfectamente.

—¿Por qué vienes a este tipo de restaurantes que te clavan un puñal en el riñón con la de ellos que hay en la playa que se come bien y te sale cuatro veces menos?

—Exclusividad...

—¿Tanto ganas para que no te importe pagar estas barbaridades?

—Digamos que no me puedo quejar —sonrió arqueando la ceja.

—Vamos, que no me lo vas a decir.

—¿Te interesa mucho?

—No, pero curiosa soy un rato, si hasta me sabía la vida de toda la barriada, sueldos incluidos y teje manejes.

—Eres una cotilla —rio.

—Un poquito de nada —sonreí con ironía.

—Tú tranquila, que llegaremos a final de mes —sonrió y chocó su copa con la mía de nuevo antes de darle un trago.

—Más te vale, que no tengo ganas de ponerme a limpiar las casas de alrededor.

—No, tranquila —se echó hacia atrás cuando trajeron esa bandeja enorme con el pescado.

Me pasé toda la cena metiéndome con aquel sitio que, de verdad, era espectacular y precioso y con todos los lujos, pero que no, que estábamos en la playa y allí lo que pegaba era algo más

desenfadado, no sé, como los chiringuitos que hay por todas partes y hasta puedes cenar en ropa de playa.

Lo peor de todo es que a lo tonto, me había bebido tranquilamente como cinco copas de vino y ahora estaba con esa risa suelta y me daba igual ocho que ochenta, estaba feliz de estar con él, me daban igual los pijos, los repijos y toda la corte que había en ese sitio.

—Quiero bailar en aquel chiringuito que se ve a lo lejos y que seguro que es de gente guay.

—¿Guay? —se echó a reír.

—Sí, guay de guay, de gente normal.

—Ah claro, que aquí no son normales —arqueó la ceja bromeando.

—Venga, pide la cuenta que nos vamos a mover el cuca.

—¿Cuca?

—Ajá. Culo y caderas —me mordisqueé el labio y estiré mi pierna haciendo un roce entre las suyas.

—Por Dios, Jenny, habla bien —hizo un gesto por ese roce y me eché a reír.

—¿Yo? El que deberías de hablar bien eres tú, que dices palabras muy raras que ni yo entiendo.

—¿Palabras raras? —Levantó la mano haciendo señas al camarero para que le trajera la cuenta.

—Bueno, vamos a tomar esa copa, pero solo una.

Salimos de allí y fuimos andando hacia el otro chiringuito menos pijo y que era de copas.

—Yo quiero una copa de balón —dije, mientras levantaba las manos y me iba poniendo a bailar esa canción que sonaba en ese momento.

—¿Copa de balón?

—Sí, de las gorditas bien grande, nada de tubo, esos vasos son para cobardes.

—¿Cómo las copas de vino?

—Eso es.

—Vale, de balón —volteó los ojos riendo y pidiendo al camarero que las trajera.

Nos pusimos a un lado del suelo de madera que había como pista en la arena y apoyamos las copas en la mesa alta que estaba libre.

Y lo hice bailar, me tuve que reír porque se opuso, pero al final cayó y terminó agarrándose a mis caderas y bailando bien pegado a mí.

Me encantaba ese Paco que estaba viendo esa noche y con el que me sentía como si perteneciera a mi vida desde hacía mucho tiempo.

Me agarró en brazos y caminó hacia la casa, que estaba a nada de allí. Yo me lo iba comiendo a besos por todo el camino y es que no era para menos, me sentía la mujer más afortunada sobre la faz de la tierra.

Nos fuimos a la cama directamente donde me dejó caer con cuidado y se colocó entre mis piernas.

Me besó mientras movía sus caderas, causándome un roce que comenzó a ponerme de lo más excitada.

—Dios, que manera de ponerme como una moto.

—¿Qué te pasa? —murmuró con esa media sonrisa, mientras mordisqueaba mi labio.

—Nada, nada —solté el aire mientras notaba como sus manos iban levantando mi vestido para deshacerse de él, como también del resto de la ropa.

Y se desnudó en menos que canta un gallo...

Juro por mi vida que me tuve que agarrar a los barrotes del cabecero de la cama cuando comenzó a lamer y mordisquear mi zona, mientras con sus manos estimulaba mis pezones. Aquello fue increíble, ni respirar podía, solo gritaba de placer y excitación.

Luego, cuando tuve ese intenso orgasmo me giró, me puso a cuatro patas y me lo hizo mientras me daba unas nalgadas que me ponían aún más excitada.

Eso había sido terminar el día por todo lo alto, eso era el éxtasis en todo su esplendor.

Los siguientes días hicimos lo acordado: salir a pasear, comprar, comer, cenar, de compras... Algunas veces se iba durante un par de horas y el resto del día se repartía haciendo cosas en el ordenador sobre ese trabajo que tenía entre manos y del que me mantenía totalmente apartada. No quería que supiera absolutamente nada, solo sabía que había algo en el estrecho que provenía de Marruecos y la operación estaba entre ambos países.

Ese día lo veía muy inquieto, cariñoso y atento como siempre, pero algo nervioso y es que ya lo iba conociendo bastante.

Después de comer nos fuimos al *spa*, no lo habíamos pisado en todos estos días y me parecía extraño, pero bueno, intensidad no nos faltó en ningún momento.

Me desnudó mientras me miraba, que parecía que podía atravesar mi piel y luego me hizo tenderme en aquella camilla de masajes donde apoyé mi cabeza sobre mis brazos. Sus manos se fueron deslizando por mi espalda y todo el cuerpo con esos aceites que hacían que me fuera calentando sin evitarlo, a pasos agigantados.

Sabía que estaba disfrutando de tocarme. Noté cómo iba metiendo algo por mi vagina, era un miembro de esos juguetes que tenía en la vitrina, me había abierto las piernas ligeramente y podía manejarme a su antojo.

Me excité demasiado...

—Por Dios, termina la faena, Paco —dije resoplando y queriendo llegar al clímax.

—Gírate —murmuró sacando aquel aparato y luego me hizo sentarme en el borde de la camilla.

Vi cómo cogía el succionador y lo ponía en mi clítoris.

—Aguántalo tú.

Hice lo que me pidió y me penetró, sí, mientras me lo hacía aquel aparato ayudaba a que aquello fuera mucho más intenso aún.

Me volví loca a la vez que él, que llegamos al orgasmo a la vez.

Preparó dos copas de cava y nos metimos en el jacuzzi, allí seguimos con los besos y esos juegos tan sensuales que iban marcados por Paco, y que a mí me encantaban, me tenía continuamente excitada.

Estuvimos un buen rato en aquel *spa*, testigo de aquella pasión que existía entre nosotros.

Salimos y fuimos hacia la ducha directamente, como si no hubiéramos tenido bastante agua ese día en el cuerpo.

Una llamada hizo que me saltaran todas las alarmas y como no, que Paco, de nuevo me pidiera que me quedara en casa y que lo esperase, se tuvo que marchar sin saber cuándo volvería.

Eso me dejó mal, esa noche me fui a dormir temprano esperando que, al día siguiente, al amanecer, lo tuviera a mi lado.

Capítulo 17



Me desperté y lo primero que hice fue echar mano al lado de la cama de Paco. Estaba más perdida que el barco del arroz... Si él no había vuelto, ¿qué creía que me iba a encontrar? Al mismísimo *Satisfyer* hablándome, iba a ser que no...

Yo lo que de verdad necesitaba era un chutazo bueno de café, a ser posible que me lo inyectaran en vena, porque no podía con mi vida. Cada vez que parecía que algo iba saliendo medianamente bien, llegada el jodido del karma, que debía ser un buen cachondo mental y todo se iba al garete, ¿dónde estaba ese hombre, por el amor del cielo?

Quién me iba a decir que me quedaría más colgada del policía cachas aquel que el mono Amedio de Marco, lo que es la vida.

Lo dicho, que ese día no había mimitos que valieran, que me tenía que hacer el café yo solita. El café y lo que no era el café, con lo revitalizante que resultaba un polvo mañanero y, sin embargo, iba a ser que no.

Lo peor de todo es que no tenía ni una puñetera noticia de Paco, que más que un poli parecía un ilusionista, por lo bien que se le daba desaparecer.

Recordé que en la alacena de la cocina guardábamos unos croissants rellenos de chocolate exquisitos que compramos días atrás en una pastelería del pueblo. Y como dicen que el chocolate es el mejor sustituto del sexo, pensé que me vendría de perlas desayunarme uno de esos junto con mi litro de café. Bueno, un poquillo he exagerado, pero que más de una taza caería, eso fijo...

Lo que era tener dinero... Por muchas ganas que sintiese de desayunar me costaba levantarme de aquella cama que parecía que nos habían hecho a medida, con unas sábanas de satén que dejaban en bragas a las de las archifamosas “50 sombras...” del rubiales aquel, que ya podía aprender de mi Paco, que al final había resultado que Paco era mucho Paco.

Me desperécé, que me notaba una contractura en el cuello. En principio no sabía de qué era, aunque enseguida sonreí para mis adentros. Susi, mi amiga, lo habría definido mejor que nadie, que esa, si algo no tenía, eran pelos en la lengua, por lo que seguro que decía eso de que “de darle al matarile”.

Lo mismo no iba desencaminada, porque Paco y yo llevábamos unos días sin parar de ensayar villancicos para Navidad, porque lo que le dimos a la zambomba y al almirez no fue normal.

Si lo pensaba bien, hasta me venía de lujo que se quitara de en medio unas horitas, porque a mí me dolía hasta el roce de las sábanas, que debía tener la entrepierna al rojo vivo, como si me hubiesen pasado una plancha.

Cogí el móvil y, ¡qué arte más grande! Mi padre y su novia habían hecho un *Tik Tok*. Quién había visto a ese hombre y quién lo veía... Con lo serio que había sido siempre, que mi madre

decía que servía para juez, y ahora haciendo el canelo como un quinceañero.

Todos contentos, eso sí, que a ellos les había quedado la casa como un nidito de amor con mi marcha. Y yo también estaba como loca con mi Paco, que anda que me lo había pensado para coger mis bártulos y salir andando.

Lo bueno fue la cara que se le quedó a Susi cuando Paco apareció y yo alerté a la policía y toda la pesca... De ahí sí que habría salido un *Tik Tok* bueno, porque por mucho que quisiera, esa cara no la repetía mi amiga.

Hice una cosa a la que no estaba acostumbrada, que era poner las noticias. A mí, aunque pueda sonar a una burrada total, lo que pasara en el mundo me la traía al paio normalmente. Yo, con saber de mi vida y con agenciármelas para salir adelante siempre había tenido suficiente.

Sin embargo, las cosas habían cambiado un montón, porque ahora tenía a Paco ahí fuera, solo ante el peligro. Y, en honor a la verdad, me preocupaba un poco que no hubiera dado señales de vida desde la noche anterior.

En cualquier caso, yo me tenía que acostumbrar a que mi vida a partir de ese momento cambiaría. Si estaba con un poli, había de hacerme a la idea de que muchas veces viviría con más miedo que siete viejas.

Y luego decían de las mujeres de los toreros, lo que sufrían y tal... Que vale que sí, que lo de tener a un toro con unos buenos cuernacos por delante no tenía que ser ninguna gracia, pero que los policías se tenían que enfrentar a otro tipo de bicharracos como los narcos, que igual no tenían cuernos, pero muchos eran armarios de ocho puertas de ancho.

Qué pensativa estaba yo. Ya no parecía la Jenny de barrio de siempre, preocupada por el color de uñas que se iba a poner en el chino de la esquina para la siguiente tanda de fotos del Insta.

De golpe y porrazo me había convertido en una tía que se levantaba en una mansión y que contaba con el cuidado y protección de un guaperas que, aunque mostrara un carácter un poco raro a veces, se desvivía por mí.

Le puse un mensajito a mi padre, diciéndole que me gustaba mucho verlo tan feliz, y me correspondió con una foto de su churri y él poco menos que comiéndose los morros.

Otro que se había vuelto loco, ¿qué les pasaba a los hombres?

Enchufé la cafetera y, antes de que el deseado chorrito del café empezara a asomar, escuché un ruido en el jardín que me inquietó un poco.

Salí y, por mi padre de mi alma, que yo no me podía creer lo que estaba viendo, ¿habían puesto una cama elástica de esas de saltar los niños delante de la verja? Porque yo veía dos cabezas que se asomaban y se perdían, se asomaban y se perdían. Y así sucesivamente....

—¿Quién mierda anda ahí? ¿Esto es un chiste o qué? —les pregunté acercándome al muro.

—¡Que no, Jenny, que somos nosotros!

—¿Nosotros? ¿Y quién se supone que sois? Mirad que no estoy para jugar a las adivinanzas, ¡a que llamo a la policía! —traté de amenazarlos, que no estaba el horno para bollos. En el fondo, yo no sabía por qué Paco seguía sin volver.

—No, Jenny, ni se te ocurra, que no hace falta. ¡Somos Kevin y Paolo!

—¡¡¡¿¿¿Kevin y Paolo???! Ahora sí que llamo a la policía.

—Que no, Jenny, que te estás equivocando...

—Y una mierda me estoy equivocando, que vosotros sois dos narcos como la copa de un pino y que ahora mismo llamo a la policía.

—¡Jenny, que esto no es lo que parece!

—¿Y qué es entonces? ¿Que habéis venido a rodar un *reality*? Así, rollo “La isla de los

narcos”. Y un mojón para vosotros, aquí no entráis así tenga que echaros agua hirviendo a los dos con la manguera.

—¡Jenny, por Dios, no sea bruta! Que nos vas a escaldar... —Kevin no sabía cómo convencerme.

Paolo estaba más calladito, ese pesado, que parecía tonto cuando lo compré, no parecía tener tantos argumentos como mi Kevin, pues no debía haberse criado en un barrio.

Hablaba por hablar, porque si algo me había demostrado aquel verano es que mi relación con esos tres era como jugar al “Quién es quién”, que yo iba de sorpresa en sorpresa.

—Ni bruta ni nada, os vais u os enteráis de lo que vale un peine. Mira, Kevin, el pijo ese que se debió criar con el Pocholo igual no lo sabe, pero tú ya deberías conocerme. Tú sí que sabes cómo nos las gastamos en el barrio.

—Jenny todo esto está siendo una lamentable confusión, tienes que abrirnos la verja.

—Lo que os voy a abrir es la cabeza como un melón, dad un salto más y el palo os va a saber a gloria —Cogí el limpia fondo de la piscina para arrearles en toda la sesera.

—Jenny, que te estás equivocando, quítate.

—Que me quite, ¿de dónde?

—De delante de la verja, que vamos a saltar.

—No hay huevos.

—Jenny, que yo también me he criado en el barrio, que parece mentira que no me conozcas tampoco.

—Lo que parece mentira es que te hayas vuelto un sinvergüenza de esta calaña, que no te basta con traficar con estupefacientes que ahora quieres cometer allanamiento de morada.

—Jenny, ¿te has tragado un abogado?

—Me he tragado a tu madre la bruja, pero no te preocupes, que ahora voy a cagarla en la grandísima puñeta.

—Jenny, no metas a mi madre en esto, que ella no tiene nada que ver...

—Porque tú lo digas, tiene que ver desde que te echó al mundo, así que si eres capaz defiéndela otra vez, que te voy a abrir la cabeza para ver lo que tienes dentro.

—Jenny, quítate a la una, quítate a las dos y quítate a...

No, no me quité, buena era yo. Pero tampoco pude esquivarlos, porque aquellos dos zopencos saltaron a la vez, que los vi aproximarse como dos cohetes y fueron a caer justo encima de mí.

—¡Os mato! ¡Policía, que han venido a secuestrarme! ¡Socorro, me tienen tirada en el suelo y me quieren violar!

—Jenny, por lo que más quieras, cálmate. Paolo, haz algo, ponle la mano en la boca.

Cómo me conocía el tío, no tuvo huevos de ponerla él, sino que mandó al otro atontolinado, que no perdió un dedo de milagro del bocado que le arreé.

—Ea, uno a tomar por culo, y si tienes cojones, vuelves a por otro —le aclaré.

—Jenny, por Dios, que casi lo mutilas.

—A ti sí que te voy a mutilar, que lo que te voy a cortar es la cabeza.

—Jenny, por los viejos tiempos, tienes que oírme —me suplicó Kevin.

—Y un mojón despeinado, ¿cuántas veces quieres que te lo repita? Espera, que lo que voy a hacer es llamar a tu madre, que seguro que esa te quita todas las ganas de tonterías en cuanto te diga que corras a su lado y vayas como el perrito faldero que eres.

—Jenny, tú te estás equivocando con todo, mi madre no es más que una pieza más en este juego en el que todos interpretamos un papel.

—Ay, joder, que ahora resulta que los pijos están jugando al ajedrez, ¡yo me pido ser reina!

—¡Que te está diciendo la verdad, escúchalo, bruta, que casi me dejas sin dedo! —me chilló Paolo.

—Tú vuélveme a hablar así y lo siguiente que pierdes son los pelos, te lo juro.

—Mi pelo ni se te ocurra, por ahí sí que no paso.

—¿Y qué tiene tu pelo tan especial? Porque yo no te veo la melena de la Pantoja, no te jode.

—El pelo a este no se lo toques que, seguro que prefiere que le arranques el dedo, ¿no ves que se hizo un implante?

—Y yo qué sé de la vida de este ni de la tuya, qué finolis sois, yo lo único que tengo claro es que sois dos narcotraficantes de mierda y que os vais a caer con todo el equipo. Voy a llamar a la policía a la una, a las dos, y a...

Finolis se habría vuelto Kevin, pero también conservaba ese lado salvaje que un día me enamoró, porque le dio tal zarpazo a mi móvil que creí que había sido un león.

—Desgraciado, ¿qué haces? ¿Te crees que porque me quites el móvil te vas a librar de que llame a la poli? De hecho, tengo una noticia para ti, Paco sí que es policía y yo soy su novia.

La primera parte, que Paco era policía, ya tenía que saberla. Pero la segunda igual no.

—Pues claro que lo sé, que eres su novia, pero de lo otro... ¡bien se ha quedado contigo!

—¿Qué mierda estás diciendo? Y otra cosa, ¿cuándo te me vas a quitar de encima? Que estoy notando algo y sé que no es el móvil —Seguíamos tirados en el suelo.

—Si es que me pones más que nadie en el mundo...

—Y encima vienes calentito, así que no es verdad que en la cárcel hay sexo gratis ¡¡¡Qué te quites!!!

—Ya me quito, pero tú me vas a escuchar.

—Porque tú lo digas...

Capítulo 18



Por un momento me dejó fuera de juego. De no ser porque estaba segura de que era un mentiroso de libro, hasta habría creído que decía la verdad.

—Escúchame, por favor.

—¿Qué pasa? ¿Se puede saber qué es eso tan importante que tienes que decirme?

—Jenny, que tú no eres consciente, pero estás viviendo una mentira.

—Que no soy consciente dice el tío, claro que sí, la empecé a vivir desde el momento en que fui a buscarte, ¿y sabes por qué? Porque yo creía que merecías la pena y no veas si me equivoqué.

—No, Jenny, la equivocada eres tú; Paolo y yo somos los policías, y tu novio, Paco, el narcotraficante.

—¿Qué estás soltando por esa asquerosa boca? Mira que me están entrando unas ganas de lavártela con lejía que no sé si me las voy a poder aguantar.

—Lo que escuchas, que quien está huido de la justicia es él, que te ha contado una milonga y tú te la has creído.

—No, eso no es verdad, te digo yo que no es verdad —Negué con la cabeza, creí que se me iba la pinza en ese momento, hasta mareos me dieron.

—¿Y por qué lo crees a él? ¿De qué lo conoces? No te imaginas los días que llevamos Paolo y yo buscándote y lo mal que lo hemos pasado, tienes que creernos.

—No me creo ni media palabra, voy a empezar a chillar otra vez.

—Chilla todo lo que quieras, pero va a ser para nada. Ya te digo yo que la verdad solo tiene un camino y es el que te estamos indicando, ¿de quién crees que es este casoplón?

—Es de Paco, bueno no de Paco, la policía se lo ha asignado mientras esté en la misión que trae entre manos.

—Lo que ese trae entre manos es un tejemaneje muy gordo; esta casa es del jefe de la banda de narcotraficantes a la que él pertenece. Y si no nos crees, mira esta nota simple del Registro — sacó unos papeles.

—¿Y qué? Yo ahí veo el nombre de un tío, pero no sé quién es, podría ser el abuelo del pijo este y yo sin enterarme —señalé a Paolo.

—Esta casa no es de mi abuelo, porque la historia de mi familia es otra, podría hablarte de mi linaje —comenzó a contarme el pijo, pero de la mirada que le eché se le cortó hasta la voz.

—No, Jenny, mete en el Google el nombre del dueño de la casa y verás la sorpresa que te llevas. Sé que todo esto te está sobrepasando, pero tienes que creernos, nosotros hemos venido a protegerte.

—¿Que meta el nombre en el Google? Sí, y si te parece, también jugamos ya de paso a las

adivinanzas.

—Hazlo, por favor. Mira, Jenny, yo sé que no estuve a la altura de las circunstancias cuando llegaste a la isla, pero es que por la misión que traía entre manos no podía darte carrete, porque eso podría haberte puesto en peligro.

—Sí, pero tú no sabes el disgusto que tenía Kevin de que vivieras en casa de Paco, que no sabía cómo protegerte, porque tú solita te metiste en la boca del lobo —reforzó sus palabras Paolo.

—No, todo esto es mentira, Paco es inocente y vosotros los delincuentes.

Mientras, les hice caso y metí el jodido nombre en Internet, que resultó ser de uno de los narcotraficantes más buscados de España. No dije nada, pero Kevin respiró aliviado y siguió contándome.

—Porque tú lo digas, guapa, pero no. Yo me metí a policía después de que me tocara la lotería. No hay nada de mentira en mi historia, salvo, eso sí, que el restaurante nos servía de parapeto para pillar con las manos en la masa a Paco, pues nos ganamos su confianza y no veas si hacía negocios allí.

—No, no puede ser verdad, me estáis engañando.

—No, Jenny, ya te acabamos de enseñar una prueba. Y tenemos muchas más, ¿quieres verlas?

—No, todo esto me hace mucho daño.

—Paolo es mi jefe, él estaba al tanto de todo lo ocurrido desde el principio y también venía una y otra vez a intentar que salieras con él para que pasaras menos tiempo con Paco.

—¡Dios, qué lío!

—No es ningún lío, es la pura verdad. Fuimos nosotros los que nos infiltramos en la banda de Paco, los que nos hicimos sus colegas para propiciar que siguiera haciendo de las suyas hasta el día de la detención.

—¿Y por qué está en la calle?

—Porque se ha escapado, lo que ocurre es que no quisimos dar la voz de alarma porque supimos de buena tinta que había venido a Cádiz a encontrarse con otros de los suyos. La idea es detenerlo in fraganti, pero mientras tú no estás segura, tienes que venirte con nosotros.

—¡Un momento, un momento! No tan rápido... Yo vi cómo un par de policías corroboraban que él estaba limpio el día que vino a buscarme. Y lo vi con mis propios ojos, me estáis engañando...

—Paco es un tío muy listo y sabía que tenía que convencerte rápido, antes de que le echáramos el guante. Sabemos por otras personas que se armó la marimorena en tu pueblo, pero esos dos que supuestamente acudieron no eran polis de verdad, sino miembros de su banda que estaban allí para respaldarlo, de modo que tú no sospecharas nada.

—¿Lo llevaba todo pensado desde el principio? —Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas.

—Así es, pero ¿qué esperas de un narco? Has salido súper bien parada, porque te ha puesto en peligro y podrías haber resultado herida. ¿Te imaginas lo que habríamos sufrido de tener que entrar en esta casa contigo en su interior?

—Joder, que no he salido en las noticias de milagro, ¿no? —Me sentía más vulnerable que en ningún otro momento de mi vida.

—Así es, pero por fin hemos dado contigo y podemos brindarte nuestra protección, eso es lo más importante para mí... y para Paolo —el otro asintió mientras se envolvía el dedo ensangrentado con un pañuelo.

—Y ahora, ¿qué se supone que va a pasar?

—Que Paco está en Marruecos y allí será donde vayamos todos.

—¿A Marruecos? Venga ya...

—Sí, podemos necesitarte. Tu intervención quizás sea crucial en algún momento, pero siempre protegida por nosotros. Son las órdenes que tenemos y vienen de lo más alto. De hecho, mira...

Kevin sacó un pasaporte con mi nombre de su chaqueta.

—¿Eso qué es? Si yo ya tengo mi propio pasaporte...

—Es un duplicado, por si te hacía falta.

Capítulo 19



Tocada y hundida, así me sentía tras unas explicaciones que, de nuevo, acababan de poner mi mundo patas arriba.

—¿Y cuándo se supone que nos vamos? —les pregunté.

—Nos vamos ahora mismo, tenemos que salir de esta casa ya, te repito que aquí estamos en peligro.

Kevin llevaba la iniciativa, porque Paolo tenía bastante con tratar de parar la hemorragia de su dedo. Si es que cuando yo me ponía a morder le decía “échate para allá” a un Pitbull.

—¿Ya? Venga, ahora mismo recojo mis cosas.

Me cagué de miedo, para qué voy a decir otra cosa. Todavía me retrasaba y se armaba allí un tiroteo que ni en la guerra de Vietnam.

Kevin no pudo ser más amable, pues subió conmigo al dormitorio y me ayudó a recoger todas mis cosas.

—¿Estás bien, bonita?

—No, cómo quieres que esté bien, me siento engañada, ultrajada, no puedo más...

—No te preocupes, te doy mi palabra de honor de que yo te voy a proteger.

—¿De verdad? —murmuré como un corderito que de pronto se encuentra solo en el bosque.

—De verdad, ¿tú sabes cuánto te he buscado en estos días? Me estaba volviendo loco. Piensa que yo te he querido siempre, siempre, nunca me olvidé de ti, por mucho que tuviera que hacerme el tonto cuando te vi aparecer por el restaurante.

El viaje en barco fue un auténtico desastre y eso que el trayecto no es largo, pero de Tarifa a Tánger eché hasta la primera papilla. No me acordé de comprar la Biodramina y, con el disgusto que llevaba encima, me puse malísima.

En su defensa diré que Kevin no se apartó en ningún momento de mi lado, cogiéndome por los hombros como si fuéramos una pareja de novios. Recelaba de todo y de todos, a sabiendas de que aquellos a los que nos enfrentábamos eran tíos súper peligrosos, auténticas máquinas de matar a las que les daba lo mismo ocho que ochenta.

En la vida he tenido el estómago más vacío que cuando llegamos a Tánger. El trayecto hacia la medina lo hice medio en volandas, sin apenas poder disfrutar nada de la visión de ese lugar que tantas veces había soñado con pisar.

Suerte que Kevin lo tenía todo preparado y, junto con Paolo, nos instalamos en una casita a dos pasos de la citada medina, muy bien situada. Tanto reelaba mi exnovio que incluso tuvo la mosca detrás de la oreja cuando los niños, con su típica algarabía, nos persiguieron felices hasta la entrada de la casa.

A la hora de dormir, afortunadamente, ya mi malestar quedó atrás, pero aun así Kevin insistió

en acostarse conmigo por si volvía a encontrarme mal.

No sé cómo ocurrió, pero en el fondo estaba cantado, porque fue meterse entre las sábanas conmigo y notar cómo mi piel se iba erizando súbitamente al contacto con la suya...

No le dije nada, solo dejé que sus expertas manos comenzaran a recorrer cada centímetro de mi piel y que la despojara de la poca tela que la recubría.

—Siempre, siempre, he tenido tu piel en mi mente. Durante años he cerrado los ojos pudiendo describir hasta el último de tus lunares...

—Qué cosas más bonitas me dices, sí que te has refinado, sí.

—No hables, mi vida, solo déjate llevar...

Los besos que comenzó depositando en mis labios, me los fue dejando luego en el cuello, en el escote y, todavía con mucha más intensidad en mis senos, ante cuya visión tuvo que expulsar el aire de sus pulmones.

Tomándolos, los masajé con las manos mientras su travieso miembro, totalmente erecto, avanzaba en dirección a mi entrepierna, que ardía en deseos de recibirlo.

Lo que menos podía imaginar estaba sucediendo; había pasado de las manos de Paco a las de Kevin en menos de dos días, pero tenía claro que era el aroma de este último el que quería que desprendiera mi piel.

Después de tanto tiempo no nos importó que no hubiese preámbulos; el deseo era tal que cerré los ojos y me dejé elevar hasta el infinito cuando su miembro me penetró.

—Me parece mentira que por fin seas mía, Jenny, he soñado tantas veces con este momento...

—Kevin, no me des más palique, que ya me tienes en el bote —le solté una de las mías porque en otro caso no sería yo, que vale que tenía mi punto de romántica, pero que a mí ese hombre me había puesto siempre que tenía que correr a por la fregona.

—Eres la mujer de mi vida y te voy a amar tanto que no volverás a dudar.

Se ve que yo no lo sabía y que lo de amar venía a consistir en embestir, porque la fuerza de Kevin entrando y saliendo de mí me elevó tanto que me sentí como Heidi en lo alto del columpio.

Embestida tras embestida recordé por qué siempre quise caer en sus brazos; Kevin me daba un morbo sensacional, algo que parecía trascender este mundo para situarse en otros; en otros mucho más placenteros y lujuriosos.

Huy, que ahora soy yo quien se ha vuelto finolis; lo único que puedo decir es que de aquella ración tan generosa de sexo que me regaló salieron varios orgasmos como soles por mi parte... Y precisamente el sol fue lo que vimos salir mientras todavía estábamos dándole al tema.

—¿Descorro las cortinas? —me preguntó al amanecer.

—Va a ser que sí, que ya toca descorrer... No me hagas hablar.

Capítulo 20



Amanecí escuchando unas voces que, aunque hablaban en español se sabía que eran marroquíes.

Salí de la habitación y me encontré a Kevin y Paolo, con dos hombres. Di los buenos días y me fui a la cocina donde para sorpresa mía, estaba una chica con velo y chilaba.

—Hola —sonrió y me extendió la mano para que me sentara en la mesa—. Me llamo Fátima —sonrió poniendo una tetera y un café delante de mí.

—Hola, yo soy Jenny —sonreí.

—Bienvenida, eres muy guapa —puso esta vez todo un desayuno que aquello parecía un banquete.

—Tú también, además debes de ser de mi edad.

—Tengo treinta años.

—Un poquito más que yo nada más —sonreímos.

—Ahora saldré al mercado ¿Te apetece venir mientras ellos trabajan?

—Claro, jamás estuve en Marruecos.

—Pues bienvenida, espero que te guste lo que verás estos días.

—¿Trabajas aquí?

—Trabajo para Mustafá, es el mayor de los dos chicos que están ahí y donde están trabajando voy yo para llevar la casa y la cocina.

—Entonces te ayudaré en todo.

—Tranquila, tú disfruta y relájate.

—Soy un culo inquieto —me reí.

—¿Eres la mujer de alguno de los dos?

—No, no soy la mujer, pero bueno, digamos que era la novia de Kevin, que pasaron muchas cosas y ahora nos hemos reencontrado.

—Entonces puede que algún día lo seas.

—Ni idea, me siento más perdida que todas las cosas, la verdad es que ayer me levanté en una vida y por la noche me acosté en otra.

—Y tu corazón, ¿qué te dice?

—Pues mi corazón está en un punto que, si sigue así, habrá que meterlo en un psiquiátrico.

—Noto tristeza en tus ojos.

—Sí, puede ser, es que como te digo estoy descolocada y es una larga historia.

—Si necesitas desahogarte puedes hacerlo.

—En cualquier momento te suelto todo y necesitarás una tila —murmuré y se echó a reír.

—Bueno, puede que me la tenga que tomar, soy de la antigua tradición.

—Pues entonces no te lo cuento —me reí y vi que ella, también de nuevo.

—Tranquila, sé que al otro lado del charco lleváis una vida más liberal.

—Bueno, liberal y algunas la llevamos de lo más alocada e incrédula.

—¿Tanto es lo que te pasó? —preguntaba mientras recogía la cocina.

—Digamos que demasiado para una chica de mi edad y de barrio, porque soy de un barrio que parece independiente al mundo, teníamos allí nuestro propio planeta. Por cierto, este pan está riquísimo y no digamos la crema de cacao.

—Ya veo, estás probando todo.

—Digamos que me levanté hambrienta, será el desgaste —apreté los dientes y por su risa y la forma de negar, supe que lo había comprendido.

—Quiero conocer tu historia, quiero saber que pasó, ya es por curiosidad.

—Entonces eres cotilla como yo.

—Creo que sí.

Le dije a Kevin que me iba con Fátima al mercado. Su cara no era de estar muy por el beneplácito, pero vamos, lo que me faltaba a mí es tener que quedarme encerrada en otro país, además que con alguien de ese lugar sería todo más fácil y, ¿qué mejor que conocerlo con una persona autóctona de ese lugar?

—Deberías de ponerte un velo.

—Paco —lo miré sonriendo, pero de forma seria—. Hasta luego.

¿Velo? ¡Este se había fumado ya algo de lo de Marruecos!

Salí a la calle con Fátima, bueno, a la Medina, la parte antigua de la ciudad, esa que estaba amurallada y era como si estuvieras en otro mundo.

Unos niños intentaron seguirnos pidiendo que yo le comprara unos llaveros, de sobra sabían que era una turista, pero bueno, rápidamente Fátima, les metió dos chillidos en su idioma y se marcharon.

Me impresionaba aquellas calles llenas de tiendas que tenían de todo en las fachadas para llamar la atención. Llamó la mía esos olores que venían de un puesto de especias que estaba todo de lo más bonito colocado, me impresionaba mucho ese cambio de país, y eso que estábamos tan cerca de ellos.

No podía ni imaginar cómo sería la vida detrás de aquellos muros, pues parecían casas en decadencia y, sin embargo, luego te las encontrabas como la nuestra, que era una auténtica pasada, aunque era obvio que ahí había mezclada gente con dinero y sin apenas recursos.

Me quedé mirando el muelle donde había llegado el día anterior, al otro lado estaba España, mi país, aquel lugar que dio comienzo a toda esta locura en la que estaba envuelta y, para ser sincera, echaba de menos a Paco, malo o bueno, pero lo echaba de menos, me iba a volver loca.

Se me saltaron las lágrimas y Fátima se dio cuenta.

—Jenny ¿Estás bien?

—Sí —dije encendiéndome un cigarrillo apoyada en ese muro y ella puso las bolsas ahí.

—No, no estás bien.

—Tengo tristeza, aún estoy en *shock* con todo lo vivido.

—Debió ser muy fuerte.

—Demasiado —las lágrimas no dejaban de caerme.

—No deberías de fumar.

—Lo sé, pero al final termino haciendo otras cosas que hacen más daño —dije provocándole una sonrisa.

—Bueno, a veces un poco de locura viene bien, imagino —se echó a reír como diciendo que la pobre, pocas locuras había hecho.

—Lo mío no son locuras, es acercarme al precipicio —negué entre lágrimas y risas, así de loca estaba en ese momento.

—¿Y si en el precipicio está lo que buscas?

—Pues terminaré muerta y quedándome con las ganas de lo que sea que la vida tuviera preparado para mí —negué y di una calada.

—¿Amas a Kevin? —Me acarició la barbilla.

—No lo sé, creo que mi corazón se enamoró de la persona equivocada y que no me lo voy a poder quitar de la mente.

—No hablas de Kevin.

—No...

En ese momento escuché por todos los altavoces de la Medina como de forma sincronizada se escuchaba una voz llamando a la oración, ponía los vellos de punta.

—Vamos, tenemos que ir a comprar el pan —me agarró con cariño del brazo.

—Fátima ¿Estás casada?

—Sí y tengo dos niños.

—¿Qué edad tienen?

—Uno siete, se llama Abdul y la niña tiene cinco y se llama Sora.

—¿Dónde están ahora?

—En la escuela —sonrió y puso cara de alivio.

—Esa edad agota.

—Sí, además que son dos bichos y se andan todo el día matando.

—Es normal —me reí —¿Y tú marido?

—Trabaja en una fábrica, viene por las tardes, solo quiere té y fumar antes de dormir. Esa es su vida.

—¿Lo amas?

—Lo respeto, es el padre de mis hijos y mi marido, me debo a él.

—No, no te debes a él, es porque te han educado así, pero nadie puede estar al lado de alguien sin ser completamente feliz.

—¿Y qué haces tú aquí con Kevin, cuando tu corazón está en otra parte?

—Buena hostia me acabas de dar, aunque reconozco que me atrae y no me amarga un dulce.

—Cada uno vive la vida como quiere y desea, soy feliz de tener dos maravillosos hijos y mi marido trae el sueldo cada mes para cubrirnos.

—Pero tú también trabajas.

—Claro.

—Entonces no puedes admirar algo que tú también haces y no te lo aplauden.

—Le debo mis respetos.

—Y él a ti.

—Creo que me respeta.

—¿Te prepara la cena o el desayuno?

—Eso es cosa de mujer.

—No te respeta entonces, porque tú también trabajas y que mínimo que colabore en la casa.

—No le pido que me ayude.

—No es ayuda, es contribuir.

—Jenny... —me riñó con cara de broma.

—A mí un hombre me tiene que tratar como una princesa, aunque sea una princesa de barrio —me reí.

—Eres cabezona.

—No, soy mujer y me quiero —le saqué la lengua.

En el fondo le hubiera dicho diez cosas más para que espabilara, pero para una primera toma de contacto estaba bien.

Regresamos a la casa y no había nadie. Me puse con ella a ayudarla a cocinar, no quería, pero yo no me iba a quedar cruzada de brazos, además, quería aprender algún plato típico de allí.

Un rato después llegó Kevin y Paolo con esos dos hombres, venía muy sofocado.

—Escúchame, a partir de ahora no puedes salir de la casa, están en la Medina y puede pasar algo gordo.

—Kevin ¿Quién está en la Medina?

—Paco y sus hombres, le vamos a dar caza en breve.

—¿Piensas que Paco me haría algo a mí?

—¡Calla! No sabes lo peligroso que es —dijo, mirándome muy enfadado.

—A mí no me hables así, pero vamos, ni mijita —me fui a la habitación enfadada. Realmente solo haber escuchado el nombre de Paco, me había puesto ya de esa manera.

—Escúchame —me agarró del brazo y lo miré con asco, como diciéndole que me soltara—. Aquí vas a hacer lo que yo quiera, entiéndelo y si te tengo que atar, créeme que lo haré.

—Atrévete... —le escupí en la cara y me dio una bofetada que casi caigo al suelo —Ni se te ocurra moverte de aquí o volverás a España en la caja de pino.

—Eres un cerdo —dije con asco, poniéndome la mano en la cara que la tenía ardiendo por completo.

Se marchó y me quedé llorando, apareció Fátima.

—Escuché que te pegó.

—Es un desgraciado, al menos el otro era un delincuente, pero no me hubiera puesto una mano encima.

—Lo provocaste.

—Vete a la mierda, Fátima, vete a la mierda.

Me fui a buscar el pasaporte y me di cuenta de que no lo tenía, me lo había quitado el desgraciado ¡Mierda! Solté un chillido de rabia que no pude contener.

A la embajada, tenía que llegar a la embajada...

Cogí el bolso donde al menos estaba la cartera con la documentación y a la mierda la maleta, no podía perder el tiempo antes de que llegaran.

—No salgas por la puerta o será peor.

—Fátima, no soy como tú, no me criaron para ser esclava de nadie.

Salí por la puerta y me aseguré de que no estaba por allí, así que comencé a correr cuesta abajo por esa callejuela para salir a la ciudad nueva.

De repente y por desgracia del destino, me topé con ellos, Kevin me cogió en hombros y comenzó a andar hacia la casa mientras yo pedía socorro y gritaba sin que nadie hiciera nada, todos miraban impasibles esa situación, era increíble.

Me bajó en la puerta poniéndose detrás para que entrara cuando escuché una voz muy familiar.

—Un paso y eres hombre muerto —me giré y me quedé blanca.

Paco le tenía puesta una pistola en la sien a Kevin y detrás muchos policías apoyándolo.

—Quedas detenido y esta vez a ver si eres capaz de escaparte de la cárcel de Tánger, te quedas a disposición de sus autoridades.

Capítulo 21



Les pusieron las esposas a los dos y se lo llevaron, Paco se quedó con una cara que no podía con ella.

—Entra, coge tus cosas y nos vamos —dijo con tono fuerte y decidido.

—Paco ¿Quién eres?

—No te voy a repetir la historia que no te has querido creer, ahora es evidente quién soy. Entra, tenemos que salir de aquí rápido.

Entré, cogí las cosas y Fátima me miró.

—No estabas con el hombre acertado, tenías razón, pertenece a una banda organizada —le solté una hostia, la misma que Kevin me dio a mí.

—Eres una desgraciada y sabías que estaba en peligro, lo sabías todo.

—Trabajaba para ellos...

—Jenny, vamos —dijo Paco, cortando la conversación.

Un coche apareció por allí, nos montamos en él y nos llevaron directamente al puerto.

—No tengo pasaporte.

—Contaba con ello —dijo sacando mi maleta del maletero.

Lo seguí y sabía que estaba tan enfadado conmigo, que me iba a costar que volviera a confiar en mí.

Enseñó la placa, un certificado en el control policial y salimos directos hacia el barco.

Pidió dos cafés y nos salimos del ferry, me encendí un cigarrillo.

—¿Sabías que estaba aquí?

—Y que te lo has follado —dijo mirando al mar con el rostro de lo más enfadado.

—Eso lo dirás tú —intenté que se quitara eso de la cabeza, aunque era la verdad, habíamos follado la noche anterior.

—No te creo ya, Jenny, no te creo ya.

—Y, ¿por qué me traes de vuelta?

—Te dejaré en tu casa, lo que hagas a partir de entonces, es tu problema.

—¿¿¿Me vas a dejar en mi casa???

—No, te voy a pagar un viaje a las Seychelles ¿O prefieres Caribe?

—A tu lado, pero donde sea.

—No, a mi lado no, ya me has demostrado dos veces que no crees en mí, no soy tan tonto para tropezarme una tercera.

—La he cagado a lo grande —me di una palmada en la frente.

—No lo sabes tú bien.

—Bueno, deja de dar en la llaga, ya tienes al que quería de nuevo en la cárcel.

—A los que quería.

—Bueno, pues eso ¿Acaso no tengo derecho a equivocarme?

—¿Y ponernos en riesgo a los dos haciéndome venir?

—Tú estabas en Marruecos.

—¿Quién te dijo eso, ellos? —se echó a reír.

Mierda, me habían mentido en eso también...

El trayecto lo pasamos en silencio, más que nada porque lo que le dijera lo iba a utilizar en mi contra y, además, que tenía una cara de querer comerme y no de la forma que yo quisiera.

Bajamos y pasamos otro control sin esperar cola ni nada, salimos directos a la zona de la Policía, donde estaba su coche.

—No quiero que me dejes en mi casa —dije con tristeza cuando arrancó el coche.

—Pues dime entonces donde te dejo.

—Quiero irme contigo.

—No, conmigo no, me estarías vendiendo cada vez que a alguien le diera la gana.

—Te juro que jamás creeré a nadie.

—No me lo jures ahora, Jenny, ya no.

—Pero yo te quiero.

—Yo quiero muchas cosas que no puedo tener.

—Y a mí ¿Me quieres?

—Está claro que sí, a la vista está que adelanté todo para protegerte, pero por mucho que te quiera, repito, que quiero otras muchas cosas y no las tengo y no por ello me muero.

—Eres muy cruel.

—Te deberías de mirar al espejo y hablar con él.

—Me he equivocado vale, pero no por eso he dejado de amarte.

—Si me amaras un poco, no me hubieses puesto en riesgo ni a ti tampoco, ni te hubieras acostado con él.

—Eso lo dirás tú.

—Eso lo sé yo, me juego las dos manos y no la pierdo.

Comenzó a ir cada vez más rápido, parecía que estaba deseando llegar y soltarme.

Lloré mirando hacia la ventanilla, lloré con una tristeza y una pena que no podía contener y es que lo amaba, lo amaba como ni el mismo se podía imaginar.

Llegamos a mi barrio y salió para sacar del maletero mi maleta.

—Espero que a partir de ahora pienses las cosas más, te irá mejor, te deseo suerte —dijo poniendo a mi lado la maleta y marchándose.

El coche cogió velocidad y yo comprendí que, con él, se me iba la vida, se me iba el amor que había llegado sin previo aviso para quedarse instalado en mi corazón, se me iba, lo había perdido...

Capítulo 22



Llevaba cinco días que no levantaba la cabeza. Y encima, para una vez que Susi se había ido de vacaciones, coincidió con ellos.

La esperé al pie del autobús y, cuando por fin la vi bajar, no sabía si abrazarla o darle un buen zosqui.

—¿Tú te crees que esto se le hace a una amiga, niñata? —le pregunté en el colmo de los cabreos.

—Mírala, ¿qué haces tú aquí, Jenny?

—Que qué hago, que qué hago, que Paco me ha dejado...

—Mira, mira, mira, no llores, ¿qué estás haciendo? ¿Vas a llorar por un tío?

—Susi, que no puedo más, que esos tres se han propuesto volverme loca y lo han conseguido, con lo cuerda que he estado yo siempre.

—Sí, bonita, será eso... Anda, quita, vámonos de aquí, que nos está mirando todo el pueblo.

—Me cago en tó, Susi, con lo feliz que estaba yo con mi Paco en Cádiz.

—Sí, hija, que ya lo sé. No veas el susto que me diste cuando me soltaste que te ibas a Marruecos con los otros dos, porque a mí en el fondo me daban mala espina.

—Pues anda que me lo dijiste, no te jode...

—Guapa, cualquiera te dice nada, buena eres tú cuando se te mete algo en ese molondrón que tienes por cabeza. Pero a mí, eso de que se colaran de un salto en la casa de Cádiz...

—Y menudo salto, no te puedes imaginar, que me cayeron en lo alto, todavía tengo moretones hasta en el cielo de la boca.

—Sí, mucho quejarte, pero que también te habrás llevado buenos gustazos para el cuerpo, si te conoceré yo.

—Sí, sí, que el Kevin da mucha caña, pero no como mi Paco. Y ahora lo he perdido, lo he perdido para siempre. Y lo peor es que los zumbidos se los llevará otra, alguna lagarta, yo desmoño a la que sea, te juro que la desmoño.

—Tú tranquilita, a ver si de esta vas a acabar en la cárcel.

—En la cárcel, pero de Marruecos, los que han acabado han sido el Kevin y el Paolo, que no te digo nada.

—¿Con esa pinta de pijos y en la cárcel de Marruecos?

—Sí, sí, con sus politos de Lacoste y Spagnolo, que parecían los dos sevillanos de los “Ocho apellidos vascos”.

—Madre mía, hasta por soleares los van a hacer cantar a esos dos allí, no saben dónde se han metido.

—Que se jodan, que para eso me han reventado la vida con sus mentiras.

—¿Que no era verdad que los policías fueran ellos a que no? Si a mí me quedó un run run en la cabeza que no veas, que no me cuadraba.

—Ya, gilipollas, qué lista eres tú, ¿no? Porque a mí me metieron por las narices las escrituras de la casa en la que estábamos a nombre de un gachó que parecía el Pablo Escobar español, lo mismo así te lo hubieras creído.

—Supongo que la formarían gorda para convencerte, pero que a mí algo me olía mal y no había pisado una mierda de perro. Y mira, poco me equivoqué.

—Pues a mí no me dio tiempo a oler nada, que nos tuvimos que ir de la casa a carajo sacado, tú ya me entiendes.

—Te entiendo, te entiendo, que de esos dos se te habrán pegado otras cosas, pero la finura no...

—Mira, habló la Tamara Falcó, ¿no te jode?

—A ver, que yo comprendo que tú vengas más cabreada que una mona, pero que conmigo no lo vayas a pagar.

—Perdona, tienes toda la razón, pero es que estoy de una mala leche... Sí, me la metieron doblada los dos...

—¿Los dos a la vez? Qué gusto y todavía te quejas... —Puso cara de guarrilla.

—Como no te tomes en serio lo que te estoy diciendo, cobras. Advertida quedas a la una, advertida quedas a las dos...

Viendo mi monumental cabreo, bien se abstuvo de hacer ningún comentario más al respecto.

—Vale, vale, guarda el puñetero puño, que me siento amedrentada. Total, que ya me imagino el final del cuento; que ni polis ni nada y Paco se lo ha tomado regular.

—Ya te digo si se lo ha tomado mal, porque he puesto en riesgo mi vida y dudado de su palabra.

—Por no decir que te habrás zumbado al Kevin a base de bien, que yo te conozco.

—Ya, Susi, pero es que yo lo creí. Kevin siempre fue el hombre de mi vida, por el que hubiera cruzado océanos con tal de estar.

—Bájate de la moto, chochete, que tú lo único que hiciste fue coger el barco para Ibiza, a ver si vas a querer que te demos ahora un premio.

—¿Y te parece poco? Dejé toda mi vida por él y, como recompensa, me encontré a Paco, que ese sí que es mi alma gemela —le dije, toda peliculera.

—Sí, porque en el alma será el único que se parezca a ti, que lo que dices que tiene en la entrepierna eso ya es otra historia.

—Oye, ¿a ti no te han dado un buen zambombazo en Benidorm? Porque veo que vienes más caliente que el cenicero de un bingo, guapa.

—Claro, como a ti te han megafollado unos pocos en las últimas semanas es muy fácil hablar, pero que yo, lo más erótico que me he encontrado en Benidorm ha sido a María Jesús y su acordeón.

—Hay que ser desgraciada.

—Tú riéte, que para una vez que salgo del pueblo... Ahora, que reírme me he reído allí con mi tía, que la pobre ve menos que un gato de escayola, ya te contaré.

—Sí, ya quedamos y me cuentas, que ahora no tengo yo mis nervios para aguantar las historias de tu tía, bastante tengo en mi casa con mi padre y la novia.

—Sí, que dice mi madre que a tu padre parece que la tía esa le ha dado “la torta”.

—¿Qué puñetas en “la torta”?

—Joer, eso que se les daba antiguamente a los tíos para tenerlos comiendo de la palma de tu mano, que lo hacían las que entienden de hierbas y eso.

—Sí, sí, lo que me faltaba, que ahora han embrujado a mi padre... Desde luego que tienes unas cosas....

Capítulo 23



A mí aquellos dos me tenían amargada, yo no podía más. Y ahora no estoy hablando de los que debían estar pasándoselo en grande en la cárcel de Marruecos (dicho sea, con toda la ironía del mundo), sino de mi padre y su novia.

—Pichoncita, enséñale el nuevo Tik Tok que hemos grabado a la niña.

—Papá, que no hace falta...

—Que sí, hija de mi vida, que te va a hacer un montón de gracia.

—Papá que no.

—Jenny, no seas malaje, que tu madre y yo queremos que lo veas para que nos des tu opinión, que los jóvenes sabéis mucho de esto.

—¿Qué has dicho? Repítelo si tienes valor, papá.

—Mujer, no te pongas así, que solo he dicho que nos des tu opinión.

—No, eso no, lo de “tu madre...”

—Ah, que yo he pensado que va a ser mejor que la llames mamá a partir de ahora, que ella está contigo que no caga.

Algo de eso debía haber, porque la mujer se había ido para el baño, momento que aproveché para hablar con él.

—Papá, yo no la voy a llamar mamá ni de coña, que a esa mujer la conozco de dos días. Y que yo madre ya tuve una y para el resultado que me dio, virgencita, que me quede como estoy.

—Jenny, hija, no seas arisca, que ella no tiene la culpa de que tu madre no estuviera centrada.

—Papá y vosotros estáis sirviendo de cachondeo de todo el pueblo, que ya anda la gente diciendo que si te ha dado algo para volverte gilipollas.

—¿Yo parezco gilipollas? Yo lo que estoy es enamorado y quiero gritarlo a los cuatro vientos.

—Pues estate enamorado un poquito más para ti y no grites tú tanto, que estáis en el punto de mira.

—Bueno está con la niña esta, que le va a quitar a uno la ilusión, pues de eso nada... Ahora mismo te metes a hacer un Tik Tok con nosotros, así en plan familia feliz.

—No te lo has creído ni tú, me voy con la Susi un rato.

Acabábamos de cenar y yo lo que necesitaba era airearme un poco que, con tanto algodón de azúcar en el aire, me estaba empalagando. También reconozco que yo el corazón lo tenía dolorido, pero dolorido como si lo hubieran cogido los niños del pueblo y hubieran jugado a la pelota con él...

Encontré a Susi en la plazoleta, comiéndose un paquete de pipas y charlando con las palomas.

—¿Tú tienes papeles de lo tuyo o todavía no te han diagnosticado?

—¿Qué dices? ¿Ya vienes avasallando? Joer, pues anda que no me queda nada que

aguantarte. A ver si hay suerte y aparece Paco como la última vez y te lleva, rollo un cuento de esos de Disney.

—Sí, en eso debe estar pensando él, en aparecer montado en un corcel blanco...

—En un corcel, qué fina, algo de los pijos sí que se te ha pegado, aunque tú no te des cuenta.

—Pasa de mi culo... Oye, ¿qué haces aquí?

—Estoy esperando a que venga a recogerme Arón Piper, el de “Élite”, pero parece que se retrasa.

—Qué cachonda, ese es el que sale ahora en el anuncio de Loewe, con el perfume de Ibiza, ¿no?

—Ya ves que sí, el que está para pedirle un hijo, aunque ya luego una lo mantenga, a mí me pone “toa” perra el tío.

—Pues ya ves, el anuncio lo grabaron en San Fernando, un pueblo muy cercano al que yo estuve con Paco allí en Cádiz.

—¿Sí? Oye, pero no me compares. Que yo a Paco lo he visto y sí que está para hacerle un favor, pero lo de Arón Piper son palabras mayores.

—Y una mierda para ti, porque tú lo digas, que mi Paco está mucho más curtido, que ya es un hombre hecho y derecho.

—Vale, vale, vale, Dios qué bruta... A ver si te cortas las uñas, que me has arañado como un gato, joer, cómo escuece...

—De eso nada, que a Paco le parecen muy sensuales y no me las pienso cortar.

—Pues yo no es por desanimarte, pero Paco lo mismo ya es historia, si es que está tan enfadado como tú dices.

—Sí que está enfadado, mierda... es que él no lo entiende. Los otros se lo montaron muy bien y me dieron coba. Y eso que yo al principio estaba un poco reacia.

—¿Un poco reacia? Eso suena a que la liaste.

—Bueno, al pijo de Paolo sí que le di un buen bocado en el dedo cuando saltaron la verja.

—Yo me meo, cuando saltaron la verja dice, ni que estuvieran en la aldea de El Rocío.

—Ya ves que sí, pero le di un bocado en el dedo que por poco lo dejo desgraciado.

—Por eso no te culpes, que según lo que me has contado, ese ya venía desgraciado de fábrica.

—También es verdad, ¿me das pipas?

—Si me juras por la gloria de tu abuela que no me vuelves a arañar, animal de bellota.

—Eso será según te portes.

—Y si te digo que puedo conseguir mañana entradas para un concierto.

—¿De Camela? —le pregunté con la sonrisa en la cara, que para eso ella sabía que me hacía una ilusión tremenda escucharlos en directo.

—No, no te pases, que eso ya es mucho nivel...

—¿Entonces?

—Del grupo de mi primo, ¿te acuerdas de ellos?

—¿De esos que cantan heavy? Por mí te puedes limpiar el culo con las entradas, que yo no estoy para escuchar esas peleas de perros.

—Qué brutísima eres, es una música como otra cualquiera.

—Sí, pero una que me da un dolor de cabeza que luego me tengo que tomar los Ibuprofenos a manojos, como los boquerones. Yo no voy.

—Vale, vale. Qué señoritinga te has vuelto, ningún plan te parece bien, pero habrá que empezar a salir o nos vamos a quedar para vestir santos.

—A mí plin, yo duermo en Pikolín.

—Lo que yo diga, una señoritinga.

Capítulo 24



La siguiente noche yo ya estaba que daba chillidos como La Martirio en las sevillanas, después de aguantar todo el día a mi padre y a su “pichoncita”. Total, que como dicen otras sevillanas también muy conocidas, “cogí la puerta y me fui...” En mi caso a buscar a Jenny.

En la plazoleta no estaba y esa, para no variar, no le hacía puñetero caso al móvil, por lo que terminé tirando piedrecitas a su ventana, porque el telefonillo de su portal tampoco iba.

—Quilla, ¿tú estás loca? Que vas a partir un cristal.

—Pues baja, que me tienes de mala leche.

—¿De mala leche? De mala leche naciste tú, que yo no he hecho nada, que ni siquiera te he visto en todo el día.

Anda que no tardó en bajar, que me dieron ganas de morderme las uñas a la altura de los muñones, pero al final lo hizo, monísima con una minifalda nueva.

—Cacho perra, esa quiero que me la prestes a la voz del ya.

—Sí, sí, como quiera la señoritinga, si le urge me la quito ahora mismo y me quedo en bragas.

—Como que sería la primera vez que tú te quedaras en bragas en algún sitio. Vamos, no me hagas hablar.

—¿Y ahora también me estás llamando pilingui? Porque no veas las ganas que me están entrando de cogerte por los pelos y arrastrarte por toda la plazoleta.

—Tranquilita que yo no he dicho nada, que la película en la cabeza te la estás montando tú, ¿cuál es el plan?

—¿Qué plan? De manera que te he dicho mil veces que salgamos y tú que no, y ahora me tengo que sacar un plan de la chistera, ¿tú te crees que yo soy un jodido mago?

—Claro, porque un conejo ya tienes, ahora saca un plan.

—Un conejo tengo, pero muy desaprovechado, que le van a salir telarañas, no como al de otras, que se han hartado de zanahorias últimamente.

—¿Y eso te da envidia, guarrilla? Pues sí, hasta que se le ha escaldado el hocico al conejo. Y si eso te pica, te jodes como Herodes.

—¿Me has sacado de casa para decirme que me joda o cómo va esto?

—Te he sacado para que te espables, que te hace falta. Y ya de paso también para que pienses en algún plan, que necesito pasármelo bien.

Me pasaba el día mustia sin noticias de mi Paco. ¿Dónde estaría? ¿Y cómo? Su ausencia me dolía tanto que pensaba en cursiladas que me costaba soltar por la boca, pero las sentía.

—Eso, muy bien. Y encima me echas a mí la responsabilidad encima, ¿vamos al sitio ese de los bailes latinos?

—Venga, vale, que tengo ganas de que me saquen a bailar para volver a sentirme deseada.

El sitio aquel dependía del día y ese, iba a decir que ni fu ni fa, pero sería mucho decir. La cosa allí estaba fatal porque había feria en un pueblo cercano y casi toda la gente habría ido.

—Madre mía, cómo está el patio, mejor nos vamos —le dije a Susi cuando vi el percal.

—No os vayáis, guapas, porfi —nos pidió Lázaro, el dueño, que estaba detrás de la barra.

—Pero si esto está de pena, aquí voy a terminar de coger una depresión —resoplé.

—Es que lo que aquí hacen falta son caras bonitas como las vuestras.

—Sí, porque como sean como las de aquellos —me referí a un grupo de tres que los pobres, que Dios me perdone, pero eran más feos que un tiro de mierda.

—Por eso, bellezas, si os quedáis, yo os invito a las copas.

Eso ya tenía otro color, la verdad.

—Nos invitas a las copas y nos das 20 euros a cada una o no hay trato —le soltó Susi.

—Joder, a ver si me va a salir más caro el collar que el perro, guapa.

—Eso es lo que hay, Lázaro. Y son lentejas, las tomas o las dejas.

—Vale, vale, venga... Pero tenéis que bailar con alguno si os lo pide.

—Entonces la tarifa acaba de subir a 30 por cabeza.

—Joder, que parece que os ha hecho la boca un fraile, no paráis de pedir.

—Pues eso es lo que hay, te lo estoy diciendo.

—Vale, vale, reinas moras...

Lo de “reinas moras” me dolió en el alma, porque me recordó a todo el episodio de Marruecos. Qué pena, con la ilusión que siempre tuve por visitar ese precioso lugar y resulta que tuve que hacerlo con Kevin y Paolo, que entre los dos sumaban un anormal.

Bailar, con lo poco que nos agradaban los de aquel grupo y algunos otros babosos que llegaron luego, no bailamos mucho, pero lo que toca beber... Nos lo bebimos absolutamente todo.

—Me vais a dejar todas las botellas con un culillo, qué barbaridad —se quejaba Lázaro.

—Te jodes que para culo el que estamos moviendo al bailar.

—Sí, vaya, os estáis dando una “pechá” de bailar que mañana vais a estar baldadas.

—Pues es lo que hay. Y si no, hubieras pasado del trato.

—Para haberlo sabido, desde luego...

No se quejaba nada Lázaro. Total, que le hicimos la cruz y nos sentamos a beber en un ladito. Yo ya estaba un tanto perjudicada y me dio llorona.

—Susi, esto es muy deprimente.

—Ya lo sé, bonita, ¿y qué le hacemos? Es que no hay ningún guapo a la vista.

—Si no es por eso, es que yo tengo que recuperar a Paco, me lo he propuesto.

—¿Cuándo te has propuesto eso? Porque yo es la primera noticia que tengo.

—Ahora mismo, ahora mismo...

—¿Y qué se supone que vas a hacer?

—Mandarle un mensaje, eso voy a hacer.

—Mira, Jenny, yo de ti no haría nada de lo que mañana me pudiera arrepentir.

Capítulo 25



Abrí los ojos en mi cama y no recordaba absolutamente nada. Seguro que Lázaro, viendo la aguja mareada, nos metió garrafón a tutiplén. Ya iría por allí a vestirlo de limpio.

Cogí mi móvil para curiosearlo y fui entonces cuando vi el mensaje... Un mensaje que no recordaba y que le envié a Paco a las cuatro de la mañana. Donde quiera que lo hubiera recibido, porque yo desconocía su paradero, debía haber flipado.

Yo: Te voy a dar una última oportunidad. Piensa rápido que no tienes ni 24 horas. Mañana cojo el último ferry de la tarde. Si no vienes a por mí al puerto de Tarifa, cruzo a Marruecos y me convierto en narco.

No sé qué hice más, si asustarme o reírme, porque yo misma me tenía que partir con mis cosas. Dicen que los borrachos, igual que los niños, sueltan toda la verdad y yo llevaba días con esa idea en la cabeza. Que fuera por la depre que tenía, lo mismo sí, pero...

No había respuesta a mi glorioso mensaje y eso que él lo leyó sobre la marcha. Si lo pillé dormido tuvo que hacerle una gracia tremenda, qué se le iba a hacer. El caso es que el jodido me había dejado en “visto”, no hay derecho.

Me fui a buscar a Susi para ver si ella se acordaba de algo de eso.

—“Escúchame, compréndelo, es imposible nuestro amor...” —cantaba por Camela a todo pulmón, con el mocho de la fregona por micrófono mientras limpiaba la escalera de aquella comunidad.

Le di un toquecito en la espalda y ella dio un salto que casi se convierte en “La niña del exorcista”, trepando por la pared.

—Joer, qué susto me has dado, Jenny.

—¿Te creías que era el coco o qué?

—Muy graciosa, como todas no tenemos una vida tan emocionante como tú, entre polis y narcos, ni derecho a asustarnos tenemos, por lo visto.

—Calla y mira esto, que yo sí que me he asustado —le enseñé la pantalla del móvil.

—Joer, ¿y tan pedo íbamos que no nos acordamos?

—Yo acordarme no me acuerdo, pero estoy encantada con la idea.

—¿No le vas a escribir para decirle que es una carajotura?

—Ni muerta. A lo hecho, pecho. Y ya está.

—Pero Jenny, ¿te vas a gastar lo poco que tengas en ir para allá otra vez? ¿Y si él no aparece?

—Si no aparece, plan B, me voy para Marruecos.

—No lo estás diciendo en serio. Dime que no lo estás diciendo en serio, que estoy acojonada.

—Mira esta, claro que sí, yo he decidido que no me muero pobre.

—¿A ti te falta un tornillo?

—Pues lo mismo un tornillo sí, pero es lo único que me va a faltar, porque voy a tener de todo.

—Y la posibilidad de ingresar en la cárcel, esa también.

—Déjate de chuminadas, yo voy a ser la nueva Ferrer.

—¿Quién es Ferrer?

—Un tío que vive en Marruecos, el que lo mueve todo y que es más listo que el hambre. A ese no lo han cazado y yo voy a ser tan buena como él o mucho más.

—¿Te vas a convertir en capo de la droga?

—Creo que sí, porque una capa es otra cosa, así que tendrá que ser en capo.

—Ay, mi madre, a ti se te ha ido la chota.

—Tonterías, que no.

—Jenny no hagas nada de lo que luego puedas arrepentirte.

—Claro que no, lo haré y no me arrepentiré, es así de simple.

—Muy fácil lo ves tú todo, a mí me tienes cagada de miedo.

—Pues yo no huelo nada, perdona que te diga. Debes cagar con esencia de Heno de Pravia.

—¡Me desesperas! No veas si me dan ganas de meterte con el mocho por los hocicos.

—No hay ovarios —le dije, pero enseguida recordé que ella sí que era del barrio como yo y que me comía el mocho, así que salí corriendo.

Llegué y mi padre y su novia debían estar haciendo “guarreridas españolas” como diría Chiquito de la Calzada, aprovechando que yo había salido. Por suerte, escucharon el ruido de la puerta y echaron el telón.

—¿Qué haces, hija? Nos has asustado —me preguntó cuando salió con el batín.

—Si no hicierais guarrerías a destiempo, no pasaría eso. Me voy, papá.

—¿Y ahora dónde se supone que vas?

—No te preocupes por mí, que voy a vivir una nueva y excitante vida.

—¡Pichoncito, busca otros 100 euros que la niña se va!

Pues nada, los cogería porque podían hacerme mucha falta, pero anda que se estiraban aquellos dos, con eso ya tenía para empezar una nueva vida.

—¿Tú estás segura de lo que estás haciendo, hija?

—Segurísima, papá.

Capítulo 26



Me sentía como en el juego aquel de “Buscando a Wally” en el puerto de Tarifa, solo me faltaba la camiseta de rayas.

Miraba incesantemente para uno y otro lado, tanto que me iba a dar tortícolis en el cuello. A mi lado había un chico que no me perdía de vista, ese quería tema. Y mal no estaba, pero yo tenía otros planes para mi vida.

—Hola, me llamo Polo.

—¿Como Marco? —enarqué una ceja.

—No te entiendo, perdona.

—Que si te llamas como Marco Polo, tampoco hay que sacarse un máster para entenderlo.

—Qué graciosa, ¿cómo te llamas?

—Yo, Jenny —seguí a lo que me interesaba, mirando a mi alrededor.

—¿Vas a Tánger?

—Anda, ¿pero esta cola es para ir a Tánger? Si yo creía que era la del INEM.

—Sí que eres graciosa, ¿te molesto?

—No, tranquil.

Ni me molestaba ni me dejaba de molestar, que yo estaba a lo que estaba; buscando a Paco con los ojos.

A medida que pasaba el rato, reconozco que me iba poniendo más y más nerviosa. ¿Sería capaz de no perdonarme y de dejar que me metiera a narco con tal de no dar su brazo a torcer?

El Paco que yo conocía jamás haría eso, así que por la cuenta que le traía, ya podía espabilar o me perdería para siempre.

Pasara lo que pasase, yo estaba muy digna; o venía a por mí o yo no volvía a pasar hambre, que para eso me había empapado más de una vez “Lo que el viento se llevó” enterita, con sus dos o tres paquetes de palomitas y medio kilo de chucherías, que esa película era más larga que un día sin pan.

Entre tanta gente me fue entrando un agobio de no te menees. Yo lo tenía muy claro, como eso siguiese así, me las ingeniaba para que me colasen.

Mirad que había llegado con tiempo, pero allí había más gente que en las fiestas del Orgullo Gay, y me estaba entrando un poquito de velocidad en la sangre.

Por más que miraba, todavía me quedaba un ratito para pasar el control español para enseñar el pasaporte, por lo que decidí “aligerar” un poquito la cola. Y así, de paso, si Paco estaba por allí, me encontraría rápidamente.

—Polo, yo me encuentro fatal, ¿por qué no me acercas al control?

—Mujer, que esto está a rebotar de gente, como intentemos colarnos nos van a apedrear, ¿tan

mal estás? Yo te veo buen color.

—Estoy preñadísima, eso es lo que estoy. Y me siento tan mal que creo que voy a echar el niño por la boca como no te des prisa.

—¿Qué dices? A ver empezado por ahí, espera, espera que yo te ayudo.

—Si es que te lo estoy diciendo, pero no haces caso.

—Mujer, perdona.

El chaval, en el sumun del agobio, me cogió en brazos y salió corriendo conmigo, ante la atónita mirada del personal, polis incluidos.

—Esta chica, que está embarazada y se encuentra mal —los informó.

—Ya me puedes bajar. Y no seas tan exagerado que apenas ha sido nada —le espeté y el chaval se quedó alucinado.

—¿No necesita un médico? No debería subir a bordo si no está en condiciones —me preguntó uno de los polis.

—¿Le vais a hacer caso a este tarado? Quitate de mi vista antes de que te dé una cachetada, anda —el chaval estaba alucinando.

—¿Cómo dices?

—Policía, me está acosando, este tío me está acosando. Qué agobio, yo me quiero subir al barco ya.

—No se preocupe, señorita, denos el pasaporte. Y usted, no moleste más, vuelva a ponerse en la cola —le indicaron.

Yo me meaba de risa con la cara del chaval, que no podía creerse lo que acababa de pasar; un pardillo de la vida, alguna vez me tocaba a mí lo de dar coba.

Me dispuse a sacar el pasaporte y entonces sí que la vida me la devolvió...

—¡Queda detenida! Suelte lentamente el pasaporte y ponga las manos donde yo las pueda ver.

—¿Qué dices, gilipollas? —le pregunté a Paco, que había llegado con esos humos.

—Perdone, no sabíamos nada —Los dos polis se pusieron firmes como velas a ver a Paco, que venía con su uniforme y sus galones de inspector.

A mí no me dio un síncope porque Dios no quiso, y no lo digo por la supuesta detención, sino por lo guapo que venía, pero aun así lo puse verde.

—Señorita, queda detenida —me recalcó sacando las esposas.

—Qué te gusta a ti un cacharrito de esos, si tienes huevos me las pones.

Y qué me gustaba a mí una provocación, sabiendo también cómo se las gastaba él.

—Se las voy a poner ahora mismo y le voy a leer sus derechos.

—Sí, y luego me lees un cuento también para que me vaya a dormir, pero un cuento chino.

—Absténgase de hacer ningún comentario, está siendo detenida.

—Yo soltaré por la boca lo que a mí me dé la gana, que no ha nacido quien me tenga callada, que lo sepas, carajote.

Los otros dos polis estaban flipando de que le hablara así, como para no... Lo mío no era para detenerme, sino para encarcelarme de por vida.

—Si necesita que pidamos refuerzos... —le indicaron y Paco los miró como diciendo que los gilipollas eran ellos.

El corrillo que se formó fue poco; en las noticias iba a salir por su culpa. Y es que toda era de él, que yo no había hecho nada. Total, por decirle que si no venía me metía a capo, qué tontería.

Con las esposas puestas me llevó hasta su coche.

—¡Que me sueltes! —le chillé, dando coces con las piernas a diestro y siniestro.

—No pienso soltarte hasta que no entres en razón.

—Pues la llevas clara, porque yo no sé lo que es eso.

—Mira, Jenny, me tienes hasta la punta del pelo, ¿tú te crees que es normal que me pongas así entre la espada y la pared?

—¿Y tú te crees que es normal que no me perdones por un errorcito de nada?

—¿Por un errorcito? No me hagas hablar.

—Ni tú a mí, que se me calienta el pico. Y lo que no es el pico también, cuando te veo, que lo sepas —le solté un poco más zalamera.

—Por ahí no vayas que esto no es tan sencillo, que esto no se arregla con un poco de sexo.

—Porque tú lo digas, ¿qué te juegas a que sí?

Se me caía todo cuando lo veía y, por muy enfadada que estuviera (que motivos me sobraban), no podía evitar sentir unas ganas irrefrenables de tirarme encima de él.

—¿Y tú? ¿Qué te juegas a que no?

—Déjate de tonterías y vamos a comprobarlo, ¿dónde me vas a llevar?

—De vuelta a tu casa.

—No serás capaz.

—No me pongas a prueba.

—Si me llevas, me volveré a escapar a la primera de cambio y no volverás a saber nada de mí. Ya te enterarás por las noticias, cuando me convierta en el capo más grande de todos los tiempos.

—Capaz eres, Jenny, yo no puedo más.

—Déjate de tontunas y llévame al catre ya, que lo estás deseando.

—Jenny, no puedo contigo.

—Sí que puedes, venga, que estás que no vives por darle al matarile...

Capítulo 27



No fue una empresa tan fácil como imaginé en principio. Durante las primeras horas de viaje, Paco fue más callado que en misa, a excepción de algún monosílabo que soltó por educación cuando le pregunté alguna cosa.

—No es que me importe demasiado, pero, ¿dónde se supone que vamos? —Ya llevábamos un buen rato de camino y yo seguía sin tener ni pajolera idea.

—Eso ya lo sé, que no te importa demasiado. Tú, con tal de joderme la vida, te sacas un ojo y te vienes conmigo al fin del mundo.

—Cuidadito con lo que dices, que yo no he venido hasta aquí para discutir, que te recuerdo que has sido tú quien me ha metido en el coche esposada.

—Y tú la mar de triste, como que no era lo que buscabas.

—Preferiría que me hubieras esposado en el cabecero de la cama, pero bueno, ¿me vas a soltar? —le enseñé las muñecas.

—No debería hacerlo, porque eres un peligro en potencia, pero qué remedio. Si no lo hago, en cualquier momento formarás un numerito de los tuyos y el que acabará detenido por sus compañeros seré yo.

—Cómo te sienta el uniforme, estás de infarto —le confesé mordisqueándome el labio inferior.

—Jenny, para, no me pongas esa cara. Sabes igual que yo que lo tuyo y lo mío no puede ser.

—Ah, no, no, de eso nada. No pongas en mi boca cosas que yo no he dicho. Pero que, si quieres poner algo en ella, ya te doy yo alguna ideíta que te va a gustar —le guiñé el ojo.

—Te lo dije antes y te lo repito, no puedo contigo.

—Y dale, no eres pesadito, ya es súper de noche y no hemos cenado ni nada, tengo hambre.

—Perdona, no me he dado cuenta.

—Es que, claro, llevo desde esta mañana que salí de casa sin comer, por la emoción de verte.

—¿Por la emoción de verme? —no pareció creérselo mucho.

—Sí, por la emoción de verte, ¿qué pasa? Que una puede parecer bruta y todo lo que tú quieras, pero que también tiene su corazoncito.

—Supongo, supongo que en algún lugar lo tendrás, lo que pasa es que debe estar bastante escondido.

—Tú también tienes lo tuyo, ¿eh? Que me estás tratando fatal y yo no digo nada.

—Menos mal que no dices nada, ¿quieres que paremos a cenar? Es que estoy tan alterado que ni siquiera había caído.

—Sería todo un detalle por tu parte, que me vas a dejar como la gallina Turuleca, esa que cantaba el Miliki, ya sabes la que “tiene las patas de alambre, porque pasa mucha hambre...” —

comencé a cantar y ahí vi que el muro que había puesto entre los dos se venía abajo.

—Qué cosas tienes, vamos a parar a cenar, anda.

—Mira, allí hay una estación de servicio, seguro que ponen unos bocatas que estén de vicio.

—No me hables de vicio, hazme el favor.

El short tejano que yo llevaba, que era poco más ancho que un cinturón, hizo que pusiera sus ojos en mis muslos y que no pudiera apartarlos.

—Aparca un poco más para allá y quítame las esposas, anda.

—¿Y por qué no puedo aparcar en la puerta del restaurante?

—Porque quiero hacer pis y no estaría bonito que lo hiciera en la puerta. Ahora, que si tú quieres...

—No, no, ni se te ocurra, aparco allí donde aquellos árboles, pero ¿tú no puedes hacer pis en el baño como todo el mundo?

—No, no, que mi problema es que soy muy escrupulosa. Tú sabes que una de las cosas que te enamoró de mí es mi naturalidad. Y yo soy como un gato callejero, lo mismo echo ahora el chorrillo en tu rueda para marcar territorio.

—En mi rueda ni se te ocurra y trae esas manos que te quito las esposas.

Yo ya tenía mi estrategia, que para eso habíamos aparcado donde Cristo pegó las tres voces y no lo escuchó ni Dios, por lo que, tan pronto me liberó, le eché mano al cinturón de los pantalones.

—Tú me quitas una cosa a mí y yo otra a ti, es lo justo.

—No empieces, que no puede ser...

—Porque tú lo digas. Sabes que vas de duro, pero que lo estás deseando...

—Por favor, no, no puede ser...

No podría ser, pero, de repente, tiró de la palanca de su asiento y lo echó para atrás. Sobre la marcha, me acuclillé delante de él y, apartando sus pantalones y bóxer, llegué hasta su miembro, ese que estaba deseando lamer.

—No sé cómo te las apañas para salirte siempre con la tuya.

—Claro, y tú estás sufriendo una barbaridad, cierra los ojos y déjate llevar...

Paco era un portento en la cama, por lo que yo, que tampoco quería quedarme atrás, me afané en lamer aquel miembro hasta que viera las estrellas sin necesidad de mirar al cielo.

Primero me recreé en su escroto, para después ir subiendo lenta y libidinosamente por todo su miembro, sin dejar de mirarlo en un solo momento. Indescriptibles sus ojos de placer mientras se dejaba hacer, pues él tampoco me apartaba la mirada ni un solo momento.

Di cuenta de su miembro como quien degusta un polo de hielo, saboreándolo al milímetro y disfrutando de él de principio a fin. Al contacto con mi lengua, su erección iba aumentando hasta hacer que su miembro alcanzara un tamaño y dureza inusitados.

—Me gusta tanto que podría llevarme horas lamiéndolo —le confesé mientras me lo sacaba de la boca un momento.

—¿Y qué vas a dejar para mí? Yo también tengo derecho a saborearte, ¿no? —Se apartó y me cogió por las axilas.

No sé cómo terminé en el asiento de atrás, solo sé que su erecto miembro se rozaba con mis piernas mientras su hábil lengua se sumergía en mis profundidades... En mis profundidades y en lo que no que no eran mis profundidades, pues sentía fijación por mi clítoris, cuyo sabor debía haber añorado, a juzgar por la cara de ansia que puso al deleitarse con él.

—Yo a ti te dejo todo lo que tú quieras, ¿ves como estabas deseando jugar conmigo?

—Jugar contigo y empujarte en el columpio de Heidi ese que dices tú, ¿no? —A él también le había hecho ese comentario alguna vez.

—En tus brazos sí que me columpiaba yo, guapo, que son como dos columnas de esas de los templos griegos.

—Tú sí que pareces una griega, pero una diosa. En el sexo, digo, que en lo demás me traes de cabeza...

—Eso, la cabeza, ve metiendo la cabeza —bromeé, porque no había cosa que más me gustara en el mundo que comprobar que por fin iba cediendo a mis caprichos.

El hecho de que hubiera luna llena debió motivarle especialmente para hacerme aullar como una loba, porque los que lancé no fueron gemidos normales.

—Al final vas a lograr que acabemos detenidos de nuevo —murmuró mientras paladeaba mi esencia después de que estallara en su boca.

—Deja de hablar, ¿o es que ahora te voy a tener que suplicar?

—¿Para que haga esto? No, nada de súplicas, no te preocupes...

Esperaba su embestida con nervios contenidos, ya que aquel jodido me hacía temblar hasta la campanilla.

Se tomó su tiempo, para que le rogara con la mirada, y luego me levantó, sentándose en el asiento trasero y poniéndome a horcajadas sobre él.

En esa postura noté su miembro en mi interior, primero entrando con lentitud, indagando en cada recoveco de mi húmedo interior, moviéndose con toda la sensualidad que su extrema dureza le permitía.

—¿No me vas a dejar que bote para ti? —le pregunté con la intención de subirme sobre él y tratar de compensar las trastadas que le había hecho (por mucho que yo me hiciera la ofendida).

—¿Votar? Pero si ahora no hay elecciones.

—No, elecciones no hay, lo que hay son erecciones, y bien grandes.

—No, nada de erecciones, una sola y mía... Los juegucitos se han acabado, ¿me oyes? —me lo dijo en un tono que sonó a orden y más me puso.

—Vale, vale, pero no pares, por favor...

—¿Crees que tengo intención de parar? Para tú de hablar, pequeña.

—Vale, volveré a gritar...

—Tampoco te pases...

—Tampoco te pases tú —lo reté con la mirada y, ¡sí, sí que se pasó! Comenzó a poseerme con total desenfreno, siendo él quien manejaba el cotarro, aunque desde abajo. Sus férreas manos me sujetaban por las axilas y, si bien yo botaba sobre él, lo hacía a su antojo, algo que me proporcionaba placer a raudales.

Su boca, esa boca que tanto había echado de menos, no paró ni un solo momento, yendo de mis labios a mis senos y así sucesivamente.

Para cuando Paco vino a dar el que yo bromeé llamando “el pepinazo final”, me negaba a aceptar que saliera de mí.

—Quédate un poco, ¿qué prisa tienes? —murmuré en su oído.

—Es que tenemos un largo viaje por delante.

Capítulo 28



Salí del cuarto de baño del restaurante como quien no ha roto un plato.

—Mírala, si parece buena y todo —me dijo en tono de riña.

—¿Y tú lo dudas? No solo soy buena, sino que soy la mejor. Y aparte, la que ha conquistado tu corazón, no lo niegues.

—No des tantas cosas por sentadas.

—¿Y por qué tu boca me dice una cosa y tus ojos otra?

—Porque tú lo quieres ver así.

No iba a porfiar con él. Bastante había conseguido ya, que nos habíamos dado un revolcón de primera en el coche.

—¿Y ahora a dónde vamos?

—Vamos a Cantabria, me han asignado un nuevo caso allí. Pero no te hagas ilusiones, tú y yo no volvemos a estar juntos.

—¿No? Pues cualquiera lo diría, a juzgar por lo que acaba de pasar en el coche.

—Un desliz lo tiene cualquiera y yo soy de carne y hueso, pero paso de volverme a complicar la vida contigo, Jenny.

—Muy bonito, ¿y entonces por qué me llevas a tu casa?

—Porque estás como una regadera y no me puedo fiar de ti, por eso.

—Ah, no, no, a mí por pena, no. A ver si te has creído que yo estoy loca y que me vas a dar una terapia de choque o algo.

—¿Una terapia de choque? Más bien un chocazo será lo que me dé yo si sigo contigo. Mira, yo quiero protegerte y que estés bien, que no te pase nada.

—Pero eso ¿rollo “por los viejos tiempos”?, porque si es así yo te voy a indicar por dónde puedes meterte tu jodida obra de caridad.

—No te subas a la parra, que no es caridad; es solo que quiero cuidarte, pero sin mezclarme demasiado contigo, que cada vez que lo hago salgo escaldado.

—Eso no es verdad, te ha pasado una sola vez y estás haciendo una pelota de nieve enorme de todo esto.

Las pelotas también se las debía estar poniendo enormes, porque su cara de mosqueo era total.

—Jenny, a mí todo esto me está sobrepasando. Mezclé más de la cuenta en Ibiza, yo no debí acercarme a ti de aquella forma, soy más profesional que eso.

—Pero me sedujiste y ahora no puedes echar el freno —me quejé. Qué fino me había quedado lo de “me sedujiste”.

—Puedo echar el freno cuando me dé la gana, como cualquiera.

—No puedes, porque estás hasta las trancas de mí, enamoradito perdido te tengo, por eso no

me dejaste ir a Marruecos.

—Más bien para que no crearas un conflicto internacional, que eres más que capaz.

—Disimula todo lo que quieras, ¿cómo es la nueva casa donde nos alojaremos?

—Es otro casoplón, también con jardín y piscina. Vas a estar muy bien allí y podrás reflexionar sobre lo que quieres hacer con tu vida.

—Unirla a la tuya, eso es lo que quiero hacer —Le enseñé mi dedo anular en señal de compromiso junto con una risita maléfica.

—Dios me libre, acabarías conmigo en dos días.

—Y en uno si quisiera, pero no es eso lo que quiero; lo que yo quiero es hacerte feliz, y lo voy a hacer, estoy segura.

—Déjate de seguridades y termínate el sándwich, que nos quedan tela de kilómetros por delante.

—¿Puedo conducir yo? —le pregunté con carita de angelito.

—Por encima de mi cadáver.

—Qué aburrido, ¿me dejarás tu arma?

—¿Cuál de ellas? Porque hay una a la que le has dado un buen tute...

Nos subimos en el coche y vi que por fin estaba más relajado. A su modo de ver las cosas era porque “había puesto los puntos sobre las íes”, ¿se podía ser más iluso?

Mientras sus labios me echaban la bronca, sus ojos me devoraban. Ya podía decir lo que diese la real gana, que yo caso no le hacía ninguno.

—Estás feliz de que volvamos a estar juntos y lo sabes —le aseguré mientras sintonizaba la radio.

—Tú y yo no estamos juntos, cuanto antes te lo metas en la cabeza, mucho mejor.

—Sabes que estás luchando contra tus sentimientos y que eso es una tontería, tienes que dejarte llevar...

—Dejarme llevar, ¿hacia dónde?

—Hacia la luz, Paco, camina hacia la luz... —Dejé en pañales a la de “Poltergeist” apuntándolo con la linterna de mi móvil.

—Quita eso, anda, que me vas a deslumbrar y nos la vamos a pegar mortal...

—Sí, pero tú te has reído, ¿a que estás encantado de la vida?

—Encantadísimo, quítalo por favor.

Apagué el móvil, pero la sonrisa seguía en la comisura de sus labios. Hacía todo lo posible por no darme cancha, pero le era imposible.

Capítulo 29



—Jenny, ya hemos llegado —murmuró Paco y abrió los ojos.

—¿Ya estamos en Cantabria? Parece que me he quedado sobada.

—Sí, menos mal que me dijiste que me ibas a hacer compañía —se rio.

—Y te la estaba haciendo, pero te pones muy cansino con las cosas y es mejor dejarte con la palabra en la boca.

—Ya lo he visto, hasta has roncado...

No me pudo decir peor cosa, con el coraje que me daba.

—Sabes que esa es una mentira cochina, yo no ronco.

—Porque tú lo digas —lo notaba mucho más burlón, incluso me sacó la lengua.

—Me estás provocando y después dirás que no quieres una relación conmigo.

—Y es que no la quiero, ya te lo he explicado, solo quiero protegerte...

Nos bajamos del coche, en medio de aquel espectacular jardín... Anda que me llevaba a sitios feos, qué pasada.

—Esto es el paraíso, además aquí no hay vecinos por ningún lado.

—Por ninguno, aquí estaremos solos tú y yo.

—Mejor, así podremos ir todo el día en bolas, como Adán y Eva, y me dejarás que chille todo lo que quiera.

—¿Es que vas a dar un concierto? —me preguntó mientras bajaba mi equipaje.

—Lo que te voy a dar es un pellizco en ese culo, que no hay derecho a que un poli lo tenga tan bien puesto.

—¿Y eso por qué?

—Porque luego a una le dan ganas de hacer esto —le cogí y el culo—, y esto —le eché mano al mandado—, y seguro que la acusan de desacato a la autoridad.

—Jenny, Jenny, Jenny, no empieces, que todavía ni siquiera hemos entrado —me señaló a la casa.

—Eso ya lo sé, que lo habría notado, listo. ¿Tú no sabes el chiste que dice...?

—Madre mía, ya echaba de menos tus chistes.

—Mis chistes y todo, me estabas echando de menos al completo, calla... El chiste dice: “¿Señora, la notaría?” Le pregunta un hombre a una mujer por la calle y ella responde “vaya, según por dónde me la meta”.

—Jenny, Jenny, que eres mortal...

—Mortal es eso, ¿se trata de...?

—Sí, de una piscina cubierta, pero no entres todavía que antes tenemos que ver la casa.

—Porque tú lo digas, cómo se nota que eres inspector de policía.

—Y cómo se nota que tú me tomas por el pito del sereno.

Cuando él llegó, yo ya me estaba quitando la ropa y metiéndome en el agua.

—Policía, ¡me ahogo, me ahogo!

—Usted lo ha dicho, soy policía, no socorrista. Además, veo que tiene un par de buenos flotadores ahí delante.

—No seas malo, tírate...

Le iba a costar mantenerse fiel a su idea, porque solo tuve que dar un salto, sacando todo el esplendor de mi cuerpo del agua, para comenzar él a quitarse todas las prendas del uniforme, quedándose como su madre lo trajo al mundo.

—Pero ¡qué bien terminado estás! Tírate, que necesito un tubo para soplar, que voy a hacer submarinismo.

—¿Un tubo? Ven aquí, anda...

—Quita, quita, que soplo...

—No, no, déjame a mí....

Por la gloria de Cotón que casi necesito un socorrista de verdad, porque llegó a mí con tal ímpetu que estuve a punto de caer exhausta.

—Espera, que antes vas a tener que aguantar un poquito —me aclaró mientras me sentaba en el borde de la piscina y me abría las piernas, quedando él frente a ellas.

Mis labios empapados fueron dando paso a sus dedos, que no lo estaban menos, y dejando al descubierto mi clítoris, que le pedía a gritos a su lengua que comenzara a actuar como ella sabía.

Paco disfrutaba viendo mi cara de deseo y, para cuando su lengua vino a satisfacer mi deseo, no pude permanecer erguida. De puro placer me eché hacia atrás, quedando tumbada y completamente expuesta ante él.

Mis gemidos se acompañaron con el movimiento de su lengua, en un compás que se me representó el más sugerente del mundo. Cómo pude disfrutar de aquellos círculos que describía en mi clítoris y de aquel mordisqueo, cuando lo sostenía entre sus dientes, causándome el más estremecedor de los placeres.

—Si sigues así me va a pasar en tu boca —le informé.

—Si no te pasa en mi boca, me pego un tiro.

El mismo delirio que yo sentía por él, lo sentía él por mí. Y en la cama, o donde quisiera que practicáramos el sexo, nos volvíamos puro fuego... Un fuego que ni el agua de la piscina estaría en condiciones de sofocar.

Y me pasó, vaya si me pasó. Y vi el brillo en sus ojos cuando tiró de mí de nuevo hacia el agua, cogiéndome por las piernas.

—Cuidadito, que me das con el bordillo y me desnucas.

—Yo he dicho que te voy a proteger y te voy a proteger, aunque sea lo último que haga.

—Cómo me pones cuando hablas así, ¡ay, es que te comía!

No fue decirlo y ya, sino que mis labios llegaron hasta los suyos y él, que estaba deseando que lo besara tanto como yo, los envolvió con tal fuerza que creí que me había quedado pegada para siempre a él.

Mientras disfrutaba de esa envoltura, y del caramelo que llevaba debajo, su mano resbaló hacia mi entrepierna y, sin más, sus dedos fueron abriéndose camino. Lo hizo con tal fuerza que solté un gemido que deposité en su oído, si bien ese fue el prolegómeno de una larga serie de ellos, que terminaron con auténticos gritos que no se molestó en sofocar puesto que allí, efectivamente, no nos escuchaba nadie.

Cuando sus dedos hubieron terminado de recorrerme al completo, le imploré que me penetrara.

—Aquí no y así tampoco —arqueó una ceja y salió de la piscina, sacándome con él.

—Pero yo creía...

—Tú, déjame, que no te arrepentirás.

La forma en la que tomó aquel albornoz y me secó con él dio también la señal de alarma; con sumo cariño se dedicó a retirar la humedad de cada pliegue de mi piel, tumbada como me tenía en aquella camilla que había al fondo, a pocos metros de la piscina.

—¿Me vas a dar un masaje? —le pregunté cuando lo vi con el aceite en la mano. Loca, me volvía increíblemente loca cuando veía cuánto se esforzaba por llevarme a lo más alto en lo que a las cotas de placer se refiere.

—Te voy a dar mucho más que eso.

Menos mal que no quería nada conmigo, que si lo llega a querer...

Con total lentitud, vertió el contenido del aceite en un cuenco y, sin que yo lo esperase, me rocío todo el cuerpo con él.

Noté cómo el aceite, de textura gruesa, pensado básicamente para llevar al cuerpo al relax total, se deslizaba por mi piel.

El intenso olor a corteza de canela fue lo primero que penetró en mí, y no seáis mal pensados porque lo hizo por la nariz, mientras Paco me obsequiaba la mejor de sus sonrisas y ponía toda la carne en el asador para que disfrutara en sus manos.

—Si sigues así me voy a dormir y ya, me temo que no habrá más sexo.

—Haz lo que te pida el cuerpo, solo quiero que te relajés.

—Tú no te habrás vuelto un rarito, ¿no?

—No, no es eso, es solo que hay tiempo para todo. Y ahora es momento para la relajación.

Yo no es que hubiera recibido muchos masajes en mi vida, todo hay que decirlo, pero aquel era especial. Y no solo porque fuera erótico hasta decir basta, sino también porque no era solo el masaje, sino las ganas que le ponía el masajista lo que lo hacía tan especial.

Lentamente, fue masajeadando todo mi cuerpo, desde la punta del pelo, hasta la punta del pie, por espacio de más de media hora.

—Me vas a provocar un orgasmo solo así, eso va a ser para ponerte un monumento —le advertí en varias ocasiones, mientras se recreaba en mis zonas más erógenas.

—No hables, solo relájate, nada me haría más feliz que eso.

Paco estaba en versión zen total y yo sentía que con sus manos podía llevarme al punto que quisiera, pues me tenía al de caramelo.

—Lo estás logrando, te digo que lo estás logrando —le aseguré cuando sus manos estimulaban con ahínco mis pezones.

—Vamos a ayudar un poco —susurró en mi oído y, mientras una de sus manos seguía arriba, la otra bajó hacia mi sexo, afanándose en que mi clítoris volviera a cobrar vida, al mismo tiempo que varios de sus dedos, ayudados en esta ocasión por el aceite, acababan de nuevo en mi interior.

—Quiero sentirte más, necesito sentirte más —le supliqué mientras me sumía en la vorágine de un intenso orgasmo que me hizo chillar cuánto lo deseaba.

Su sexo, preparado cual hacha de guerra afilada, como canta Estopa, ya estaba al acecho; parecía haber sido diseñado para satisfacerme, mostrando esa erección que hacía mi boca agua.

—Espera, todavía no —me dijo en el último momento y no me eché a llorar de milagro.

—Paco, no se te ocurra dejarme así porque me tengo que terminar yo sola, palabra del Niño Jesús que me meto algo, aunque sea el palo de la escoba —cómo no iba a soltar una de las mías.

—Estate quietecita, que el juego no ha hecho más que comenzar...

—Paco, no te vayas...

—No tardaré nada en volver, espera...

Cumplió su palabra; fue y volvió raudo, con su miembro en pie de guerra y con un Satisfyer que empleó a fondo en mi clítoris mientras me penetraba con fiereza.

—Esto ya es otra cosa, Paco, creí que me dejabas a medias, dame candela —le pedí.

—¿Que te dé candela? No me hagas reír, Jenny, qué arte...

—Arte el tuyo, y luego dicen que los hombres no pueden hacer más de una cosa al mismo tiempo, pues yo a ti te tengo pluriempleado y no veas si funcionas bien.

—En eso tienes mucho que ver tú, que me revolucionas.

—Sí, sí, como que todo esto sale así por las buenas y tú no has hecho prácticas antes ni nada.

—¿Quieres callarte un poquito y vamos a lo que vamos?

—Vamos, vamos, sí y ven que te voy a chillar lo que me viene otra vez...

De locura, me estaba volviendo multiorgásmica, pero es que Paco debía tener complejo de topo, porque se metía como nadie por los agujeros.

Capítulo 30



Fue una sesión que nos dejó completamente agotados. Y digo “nos dejó” porque él también tenía una cara de cansado que impresionaba.

—¿Ves como todo funciona mejor cuando no tratamos de ignorar nuestros sentimientos y damos rienda suelta? —le pregunté arreándole un beso después de que hubiéramos terminado.

—No empieces, Jenny, no empieces otra vez, por favor, ¿entramos ya en la casa?

A lo tonto, a lo tonto, llevábamos allí ya un buen rato y su estómago empezó a rugir.

—Lo que yo te diga, un león, sueñas como un león. Ahora me toca cuidarte a mí, que llevas toda la noche conduciendo.

—Va, no pasa nada, no hace falta.

—Sí que hace, entremos en la casa, que todavía no has tenido ni el detalle de enseñármela.

Se carcajeó, sin más.

—Será eso, que soy un maleducado, no puedo contigo.

—Ni vas a poder nunca, así que será mejor que asumas lo que hay entre nosotros y te dejes llevar.

—Jenny no hay nada entre nosotros, no le des más vueltas.

—Mira, Paco, a mí no me toques las narices, te lo voy a decir ya clarito, ¿tú te crees que no me doy cuenta de que lo intentas, pero no te salé? Déjalo ya, que es más fácil.

—Jenny, es que yo no quiero hacerte daño ni hacérmelo yo...

—Pero darle al fornicio bien que le damos, ahí no te cortas —le reproché.

—Porque es superior a mis fuerzas, pero te prometo que no es algo que entrara en mis planes.

—Qué aburrido que eres, ¿tú todo lo tienes planificado? Venga, entremos.

La casa, si por fuera era bonita, por dentro era ya como decía Susi en casos así “la polla en verso”.

—¡Toma ya...! Pedazo de cocina, ¿qué quieres desayunar?

—Sabes que no quiero...

—Que te sirva el café ni nada, no estoy diciendo que sea tu sirvienta, solo que quiero ponerte un café, ¿me quieres hacer tú también el favor de relajarte un poco?

—Lo siento, Jenny, estoy un poco sobrepasado.

—Eso es por el enamoramiento que genera un no sé qué, a ver que yo lo sabía, que lo dicen los científicos, son como unas mariposas, pero que no es que lo sean de verdad, vaya que te da un subidón.

—Jenny, te estás explicando que da gloria, como un libro abierto.

—Pues bien que me estás entendiendo, ladrón, que te hablo y se te entornan así un poquillo los ojos como a un chino, y eso es el enamoramiento.

—Joder con el enamoramiento, sí que es completo.

—Completo va a ser el desayuno que te voy a poner, que no va a faltar ni gloria bendita en esta mesa. Cómo se nota que hay nivel, tienes el frigorífico a reventar...

—Jenny, que yo te agradezco mucho todo esto, pero que me da pena que pienses que va a cambiar nada entre nosotros.

—Y dale la burra al trigo, ¿tú no sabes hablar de otra cosa? Mira, lo que tienes que hacer es ponerme musiquita mientras cocino, que me siento inspirada. Y no te duermas, que se están quedando los ojos chiguatos.

Paco no podía más, entre la tensión y tantas horas conduciendo estaba derrotado. Y para colmo, el tute que le había dado nada más llegar a la casa. Si es que era para matarme, pero yo tenía que atraerlo de nuevo y el sexo une mucho, que eso lo sabe todo el mundo.

—No me duermo, pero no tardes mucho, por favor.

—No, y lo que te digo, ve poniéndome una versión que me encanta, que tengo ganas de canturrear.

—¿De Camela?

—Tú me ves muy encasillada, ¿no? Que a mí me gustan más cantantes aparte de Camela.

—Lo imagino, dime.

—Yo quiero esa versión tan bonita de Kiko y Sara con Andy y Lucas, la de “Puede ser”, ¿la conoces?

—Esa no la conozco, pero estoy seguro de que la voy a conocer enseguida.

—Sí, porque ya sabes que cuando se me antoja una canción no paro de canturrearla.

—Y cuando se te antoja un hombre, no paras hasta que lo tengan que ingresar en el manicomio.

—Justo, es eso o pedirme matrimonio, que también es otra opción.

—¿Y si te dejo aquí y me voy yo? Es que me está entrando un agobio...

—Es la presión típica de la responsabilidad. Un día eres joven y al siguiente estás empujando el carro de un bebé con otro niño de la mano. Y te cagas, es lo que hay.

—Será eso, sí... Oye que esto está muy bueno, gracias...

No es porque hubiera salido de mis manos, pero bordé el desayuno, aunque los últimos bocados le costaron más porque estaba que no podía de sueño.

—Se te cierran los ojillos, ¿dónde nos acostamos?

—Jenny, en esta casa tendremos dormitorios separados.

—Muy bueno el chiste, ¿cuál es nuestro dormitorio?

—Que no es ningún chiste, te lo estoy diciendo en serio.

—Yo te veo muy perdido en la vida, ¿eh? Pero no te preocupes, nada que no arregle el tiempo. Tira para el dormitorio, que nos vamos a acostar, ¿o tú te crees que después del homenaje que nos acabamos de dar pegan esas tonterías? No me busques que me encuentras, que parece que no me conoces todavía.

—Lo que tú digas, Jenny, mi reino porque te calles un poquito, que ahora sí que necesito desconectar.

—Y vas a desconectar. Yo ahora me meto en la camita contigo y me haces la cuchara, que eso refuerza el vínculo.

—¿Qué vínculo ni qué niño muerto, Jenny?

—El vínculo marital, pero eso ya te lo explicará el padre Marcos.

—¿Quién me lo explicará?

—El padre Marcos, que será quien nos case. Tú relájate y déjalo todo en mis manos, verás la boda tan bonita que celebramos.

El ruido de su respiración me indicó que ya estaba tieso como un ajo, por lo que fui yo quien le hizo la cucharita a él, ¡todo fuera por reforzar el vínculo!

Capítulo 31



Qué poco se podía imaginar él lo que pasaba por mi cabeza cuando se durmió. Aunque yo aparentara ser la misma loca de siempre, en el interior de mi pecho yacía una profunda tristeza por todo lo ocurrido.

A Paco, por mucho que dijera que no, se le terminaría pasando, estaba a un tris de perdonarme, pero no era ese el problema, sino yo, ¿me perdonaría yo? Y todavía voy más allá, ¿cuánto tardarían en sanar las heridas de mi corazón?

Paco no lo sabía, nadie lo sabía, pero Kevin se portó muy mal conmigo mientras estuvimos en Marruecos. Cierto que fue muy poco el tiempo que permanecimos allí, pero suficiente para que me costara olvidarlo.

La deslealtad en estado puro, gente peligrosa como Ferrer, a la que había que huirle como a la peste... ¿cómo es posible que yo solita me hubiera metido en este ambiente? No es que nunca tuviese demasiado juicio, pero en los últimos tiempos lo perdí del todo.

Algo vale, eso sí, que yo no era consciente de con quién me estaba mezclando, pero mi única neurona debía ser muy buena haciendo acrobacias, porque patinaba que daba gusto.

¿Qué podía reprocharle a Paco? Yo le había fallado, había traicionado la confianza que me brindó desde el primer día y, cuando decidió alejarse de mi vida, le di un ultimátum. Eso está muy bonito. Y con todo y con eso, se había plantado a por mí, en el puerto; me quería, claro que me quería, pero también sabía que yo era más peligrosa que una caja de bombas y solo pretendía protegerse.

En mí estaba demostrarle que había cambiado, que la Jenny alocada dejaría paso a otra mucho más pausada y serena, a otra Jenny de la que él estuviera orgulloso.

No estoy diciendo con esto que me fuera a dar la vuelta como un calcetín, porque yo no era como Kevin y no quería tener que convertirme en una marquesita para que Paco me quisiera. Además, qué tontería, si él ya me quería... Para que Paco aceptara estar conmigo...O eso quería pensar.

Velé su sueño durante un par de horas. Aquellos pensamientos habían espantado el mío; velé su sueño y caí en que era la primera vez que velaba el de alguien.

No había duda; no era él solo quien me quería, yo también lo quería a él; Paco era el hombre de mi vida y yo la mujer de la suya. Solo faltaba que tomara conciencia de ello, que viera un cambio... Y, como estaba diciendo, que ese cambio se tradujera, simplemente, en que viera que podía confiar en mí.

Finalmente, dormí unas horas y a eso del mediodía me levanté. Paco seguía descansando y yo procuré no hacer ningún ruido.

Salí al jardín y decidí preparar una deliciosa carne a la brasa para cuando él se levantara. En la

soledad de aquel lugar, que por cierto era una auténtica maravilla rodeada de verdes montañas, me imaginé por primera vez con un montón de enanos corriendo por allí. Y no me estoy refiriendo a enanos de esos de jardín de los de piedra, ¡que conste! Sino a enanos suyos y míos.

Me fumé un cigarrillo mientras la carne se terminaba de hacer y en esas que salió Paco.

—¿No crees que es un poquillo temprano para fumar? —me recriminó.

—O un poquillo tarde, según se mire, son las tres de la tarde.

—Huele muy bien, ¿has encendido tú sola la barbacoa?

Fui a decir una de las mías, que no, que había sido el butanero y tal, que había entrado y que de paso me lo había zumbado, pero comprendí que resultados distintos requerían comportamientos distintos y me callé.

—Sí, habilidosa que es una. He visto unos solomillos impresionantes en el frigo y he pensado que te apetecerían.

—Sí que me apetecen, muchas gracias, voy a lavarme la cara, a ver si me espabilo, y vengo enseguida.

—No te preocupes que aquí te espero, no vas a librarte tan fácilmente de mí.

—Y yo que me lo temía.

—Mucho miedo y muy poca vergüenza me parece que tienes tú, pero venga, ve a asearte.

—Jenny, Jenny, no empieces que es muy temprano.

Se marchó, pero me miraba por el rabillo del ojo. Yo tenía puesta la parte superior de un bikini rojo que realzaba mi bronceado y que, falsa modestia aparte, me hacía un escote que era para perderse en él.

Y la cara de Paco me decía justamente eso, que quería perderse otra vez, por mucho que procurara mantener la compostura.

Volvió y puso la mesa, mientras yo servía la carne, que debía estar para chuparse los dedos, aunque a mí se me iban los ojos a otra, a la suya, comprimido como estaba en aquella camiseta blanca bajo la que se dibujaban sus músculos.

—Jenny, tendré que ausentarme en muchos momentos, deberías pensar lo que quieres hacer con tu vida, no puedes depender de mí.

—Tranquilo, que acabo de enviar mi currículum a la NASA y creo que me cogerán, porque si no lo hacen voy a entrar en depresión —le saqué la lengua.

—Jenny, no es una cuestión económica, sabes que no es por eso, pero no puedes estar dependiendo de mí, tú tienes que hacer algo, no te digo que trabajes, pero te sobra cabeza para estudiar.

—¿Para estudiar? No me digas eso, que se ponen los vellos como escarpas, yo veo un libro y me pongo mala.

—No digas tonterías, tú tienes un gran potencial en ese sentido.

—Pero estará muy oculto, porque no lo he visto nunca. De hecho, no nos han presentado.

—No digas bobadas, podríamos mirar algo juntos, comprarte los libros. Yo podría ayudarte.

—Mira, ya te adelanto que hay cosas que son para nada, y esa es una de ellas. No insistas Paco, te lo pido por favor.

—Pues a mí no hay nada que me moleste más que una persona que no intente las cosas, que tire la toalla antes siquiera de ponerse a prueba.

—Oye, a mí no me hables en ese tonito que yo no he tirado ninguna toalla, te recuerdo que esta ha sido una idea tuya, a ver si voy a tener que entrar ahora por el aro de todo lo que tú quieras.

Joder, que yo con él aspiraba a sacarme un marido, no una carrera. Y no digo con esto que quisiera que me mantuviera, que a mí ningún hombre me había dado nunca nada, pero que no me veía yo comprándome una mochila y yendo para el cole.

—Insisto en que serías buena estudiante.

—Pillín, ahora lo cojo, tú lo que quieres es que yo me vista de colegiala para ti. Pues nada, luego cuando vayas a currar me llevas a la ciudad, verás el look que me voy a comprar, se va a cagar la perra, ¡esta noche tenemos numerito!

—Me temo que no, esta noche tengo servicio...

Capítulo 32



La tarde fue más apacible; no hubo sexo porque entendí que estaba molido como una caballa y que tampoco se iba a acostar hasta el día siguiente y no era plan de que a mi Paco le pasara nada por no tener sus cinco sentidos donde debía tenerlos.

—¿Me vas a explicar algo de tu nueva misión?

—No puedo, Jenny.

—Venga, tonto, que hay confianza —le di con mi codo en el suyo.

—Que no, Jenny que, aunque pueda sonar a tópico, cuanto menos sepas, muchísimo mejor para ti.

—¿Tan peligrosa es esa gente?

—Solo puedo decirte que a su lado, Kevin y Paolo eran como Zipi y Zape.

—Pues sí que me lo pintas bonito, no veas el sufrimiento que me está entrando por el cuerpo.

—No me digas eso, bonita, que no quiero que sufras —estábamos tumbados en dos hamacas y me hizo una caricia en el brazo.

Por mucho que quisiera evitarlo, no podía, los gestos de cariño le salían solos. Cada vez estaba más cerca de volver a ganarme su corazón. O, mejor dicho, de que él lo reconociera, porque su corazón me lo tenía ganado sobradamente.

Esa noche lo eché mucho de menos, la cama no era la misma sin él y hasta temí que le pasara algo, por lo que tuve pesadillas.

—Voy a tener que comprarme un gato o algo que me haga compañía, porque esto es un sinvivir —me dije a mí misma en alto a medianoche, cuando bajé a tomarme un vaso de leche.

Sin embargo, cuando Paco llegó me pilló durmiendo a pierna suelta, por aquello de que había descansado fatal durante toda la noche.

—¿Cómo te ha ido, amor? —le pregunté todavía medio dormida.

—¿Y ese “amor”? —me preguntó bromista.

—Porque eso eres, mi amor, lo que pasa es que “no te quieres enterar, ye ye, que te quiero de verdad...” —le canté esa antigualla de “La chica Ye Ye” y él se partió de risa.

—Anda, duérmete otro poco, que me doy una ducha y ahora salgo.

Hice como que me quedaba dormida, pero yo lo había echado demasiado de menos, de manera que cuando quiso darse cuenta, ya estaba yo en el interior de la cabina con él y con algo en la mano, ¡no era mi culpa que esta tuviera un imán y su mandado otro! Se quedaron pegados y claro... ¡jal lío!

El polvazo estaba servido y allí di yo un concierto de gemidos que lo volvió absolutamente loco.

Sin embargo, no fue eso lo que más me gustó, sino el hecho de que después no hubiera

remordimientos por su parte. Por fin parecía entender que era lo lógico y que él estaba destinado a ser mi marido.

Tan solo una sonrisa al entrar en la cama y, esta vez sí, fue él quien me hizo la cucharita.

—¿Tú quieres dormir un poco más? —me preguntó.

—Sí, un poco, que esta noche he descansado regular.

—¡Y eso por qué?

—Eso porque te echaba de menos.

—Venga, Jenny, que nos conocemos...

—No me busques que me encuentras, te echaba de menos y mucho. Paco yo...yo te quiero y esto no es ninguna broma, yo te quiero de verdad.

—Jenny, no juegues más conmigo, te lo imploro, no puedo más.

—Paco, mírame a los ojos...

—Jenny, yo ahora los tengo como tú dirías, chiguatos, ha sido una noche muy difícil, no estoy para esto.

—Paco, me estás volviendo loca, reconócelo.

—No, el que se está volviendo loco soy yo, pero no estoy por la labor, esta no es conversación para un momento así.

Tenía razón, yo quería pedir melón y que la tajada me la pusieran en la mano. La impaciencia me había podido de toda la vida y con Paco las cosas no funcionaban así.

Me había ganado a pulso que ahora fuera él quien quisiera ir despacio. Cuando yo lo conocí, lo apostó todo de golpe por mí, sin reticencias de ningún tipo, pero desde entonces había llovido mucho... No, llover no había llovido porque era verano, pero quiero decir que habían pasado muchas cosas; la peor de todas ellas, que yo le había fallado.

—¿Esta noche también te tienes que ir a trabajar? —le pregunté cuando nos despertamos, temiendo que así fuera.

—No, vuelvo a entrar mañana de servicio, me levantaré a las seis, pero al menos podré dormir en mi cama esta noche.

—En tu cama y conmigo, que es lo mejor, te lo recuerdo.

—En mi cama y contigo, sí —ya estaba más mansito y yo daba saltos sin parar. Algo estaba cambiando, lo estaba consiguiendo.

La tarde transcurrió entre risas, piscina, masajes y lo que no eran masajes... En ciertos momentos detectaba mucha alegría en su gesto y en otros muchos, miedo, pero eso no tenía nada de particular.

Sentí que me estaba ganando de nuevo su confianza y eso me llenó de orgullo y satisfacción, que es algo que todos los españoles conocemos.

Me acosté feliz, más feliz que en los días anteriores, pues Paco se mostraba cada vez más cercano y yo no podía sino agradecer a la vida que me diera esa nueva oportunidad con él.

Capítulo 33



A las seis de la mañana, cuando él se marchó, no escuché absolutamente nada, pero sí me despertó un ruido un par de horas más tarde. En pie, enfilé el pasillo y llegué a la cocina, a ponerme un cafelazo.

Vi entonces su nota encima de la mesa.

“Jenny, las cosas se están descontrolando. Lo siento muchísimo, pero he decidido que no puedo seguir así. Reúnete conmigo a las dos de la tarde. Coge un taxi, te envío ubicación”

Poquito duraba la alegría en la casa del pobre, aunque cualquiera que viera la casa en la que estaba, pensaría que eso era un chiste.

La mañana la pasé bastante regular, para qué decir otra cosa, porque me daba que Paco, que por fin se estaba acercando a mí, se había cagado de miedo. Tenía que convencerlo, porque yo lo quería de veras, pero también sentía miedo porque finalmente tomara la decisión de apartarse de mí.

Llegué a la dirección indicada, una zona un tanto apartada donde había un par de restaurantes, pero también un descampado. No es que me hubiese citado en el lugar más romántico del mundo, pero eso daba igual.

Tan pronto me bajé del coche, un ¡cuidado! por parte del taxista me alertó del peligro.

—¿Esto qué es? ¿La guerra? —le pregunté desconcertada, porque escuché un tiroteo.

—Señora, vuelva a entrar en el coche que nos vamos inmediatamente de aquí, es un tiroteo.

Me lo acababa de confirmar y era lo normal, porque ni eran fechas ni lugar para que aquello que sonaba fuera la mascletá de las Fallas valencianas.

—Yo no entro en ninguna parte, que mi Paco está aquí y no ha nacido el que me deje viuda antes de casarme —salí corriendo hacia el lugar en el que se escuchaban los tiros.

—Señora, usted está loca, vuelva....

—Loca estaría si dejara que le pasara algo, ¿qué sabrá usted?

Llegué corriendo y, efectivamente, vi que la situación tenía más peligro que una piraña en un bidé, y que mi Paco empuñaba el arma.

En esas que otro tío, con cara de mala leche, lo apuntó con la suya.

—Tira el arma o eres hombre muerto —le soltó, sin más.

Suerte que el criminal ese no me había visto, porque yo llegué por un lateral, por lo que me puse tras él y, sin más, le salté a la yugular....

Es una manera de hablar, que el pescuezo no se lo atrinqué, pero empecé a darle porrazos en la cabeza y lo dejé peor que un 600 después de dar 80 vueltas de campana.

—Ya, Jenny, ya...

—Paco, que te he salvado la vida, que te iba a matar... ¡Ay, Dios mío! Si te mueres tú, me

muerdo yo detrás, ¿me has oído? Me muerdo yo detrás... Pero a ver, alorado, ven a ponerle las esposas, que esas cosas se te dan a ti muy bien —le dije en alusión a los juegucitos que habíamos hecho más de una vez.

—Jenny, esto no es lo que crees, te presento a Juanfran, mi compañero —me dijo.

—¿Cómo te compañero? ¿Este es tu compañero? Pero si yo he visto que te apuntaba con un arma, tú tienes que estar de coña.

—De coña estará, pero la somanta de palos que me he llevado, esa sí que ha sido de verdad —se quejaba el otro en el suelo.

—Jenny, lo siento, yo solo quería...esto es un simulacro.

—¿Un simulacro? ¿De qué estás hablando?

—Yo solo quería que supieras...

—Explícate o palabrita del Niño Jesús que el siguiente que cobras eres tú...

—Jenny, yo te quiero —me confesó con lágrimas en los ojos.

—Y yo también te quiero, te quiero matar ahora mismo por el susto que acabas de darme.

—Necesitaba saber si tú también me querías, perdóname...

—¿Tú eres tonto? ¿Y eso no me lo podías preguntar en una cenita romántica bajo la luz de las velas?

—No, quien comparta su vida conmigo debe saber que no solo habrá cenitas románticas bajo la luz de las velas, sino situaciones así, pero reales. Quería que fueras consciente de eso. Yo he tratado de evitarlo, pero me he enamorado de ti y necesitaba saber cómo reaccionarías, si tú también me quieres de verdad o si solo soy una distracción más para ti. Y de paso, que sepas la que te espera si quieres compartir tu vida conmigo...

—Ahora sí que la has cagado, chaval, ahora sí que la has cagado.

Epílogo



3 años después...

—¡Jenny, cuidado! Yo te cubro...

—¿Tú qué eres, muy chulillo? Soy yo quien te está cubriendo a ti.

—Jenny, no te confíes, que esto no es ningún simulacro y tú y yo nos casamos este fin de semana.

—No me hables de simulacros, que todavía no se me ha pasado el cabreo.

—Jenny, por Dios, vamos a estar a lo que tenemos que estar, que nos estamos jugando el pellejo.

—Tranquilo que no va a pasar nada, que la Jenny se casa este fin de semana con la Susis de dama de honor así se caiga el mundo, eso te lo prometo.

Estábamos en una redada, otra más... Paco la cagó el día que me pegó aquel susto, ¿y por qué? Porque me metió el gusanillo en el cuerpo de hacerme policía.

Tengo que decir que no lo hubiera logrado a la primera como lo hice si él no me hubiera preparado, porque a mí, que odiaba los libros, el temario se me hizo un mundo, pero él tuvo santa paciencia y cuando quise darme cuenta tenía la plaza en la mano.

Desde entonces estaba bajo su mando y él siempre decía que yo no era valiente, sino temeraria, y que trabajar conmigo tenía su cara y su cruz; porque yo le cubría las espaldas como nadie, pero él moría de miedo cubriéndomelas a mí, por si me pasaba algo.

Yo también sabía que Paco daría su vida antes de dejar que me sucediera cualquier cosa mala, por lo que los dos hacíamos piña y ya nos habíamos llevado más de una condecoración en conjunto.

Aquel día estábamos desarticulando otra banda de narcotraficantes, en esa ocasión en Madrid y, tan pronto como todos aquellos maleantes estuvieran detenidos emprenderíamos viaje a mi pueblo para ultimar los detalles de un enlace que me hacía la mayor ilusión del mundo.

El día que, tres años atrás, Paco me citó en el descampado, fue su perdición. Lo digo en broma, porque él sabía que nadie lo iba a querer nunca como yo, pero es que vi la ocasión ideal para que me pidiera matrimonio allí mismo...

Bueno “que me pidiera matrimonio” igual exige alguna matización porque le di un nuevo ultimátum, de esos tan propios de mi persona.

—Ahora no solo te va a tocar aguantarme, sino que vas a pedirme matrimonio.

—¿Cómo que te voy a pedir matrimonio? —Sus lágrimas se confundieron con la risa, porque no daba crédito a mis palabras.

—Paco si quiere que le pidas matrimonio, pídeselo, porque como vuelva a liarse a mamporrazos, a mí me van a tener que ingresar —Juanfran fue el testigo de mi romántica pedida.

—Jenny, no es verdad, dime que no hablas en serio...

—Que hinqes rodilla, Paco.

—Venga ya, Jenny, que las cosas no se hacen así.

—Que hinqes rodilla te he dicho o no me ves más el pelo.

—Pero Jenny, que esto es una locura.

—¿Y ahora te enteras? Esto es una locura desde que empezó, así que asume las condiciones o piérdeme para siempre. Además, no solo perderás a la mujer de tu vida, sino también la posibilidad de ver cómo me convierto en la mejor policía de España.

—¿Tú quieres ser policía?

—Sí, y ni se te ocurra decir una palabra en contra, que la culpa es tuya y solo tuya, por haberme metido el gusanillo en el cuerpo.

—Yo no te he metido ningún gusanillo en el cuerpo, amor.

—No, tú me has metido otras cosas que no voy a relatar por respeto a tu compañero.

—Ojalá hubieras tenido ese respeto antes de liarle a puñetazos, que me has dejado morado — me soltó el otro.

—Tú te callas, que también tienes culpa por intervenir en esta patraña.

—Jenny, que todo esto tenía una justificación, no te pases...

—Y que nos casemos también la tiene; la de formalizar nuestra romántica historia de amor.

—Cariño, la nuestra puede haber sido cualquier cosa menos romántica...

—Porque tú lo digas, Paco...

No habría sido la más romántica, pero sí increíblemente intensa; una historia que comenzó el día que lo conocí en Ibiza y que no tenía visos de terminar, porque yo a Paco no lo soltaba ni con agua caliente. Y él a mí... él a mí me quiso desde el minuto cero.

RRSS:

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Facebook: [Marcos Álvarez Castro](#)

Instagram: @marcosalvarezcastro